Orígenes

HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE LUCAS

HOMILÍA I

Sobre el comienzo del Evangelio de san Lucas hasta el pasaje donde dice *escribir para ti, óptimo Teófilo* (Lc 1, 1-3).

1. Del mismo modo que antaño en el pueblo judío muchos se arrogaron el don de profecía y hubo algunos falsos profetas –uno de ellos fue Ananías, hijo de Azor[1]–, mientras que otros eran profetas auténticos, y el pueblo tenía la gracia del *discernimiento de espíritus*[2], gracias a la cual unos eran aceptados entre los profetas mientras que otros eran arrojados como «cambistas muy experimentados»[3], así también ahora en la Nueva Alianza «muchos intentaron» escribir Evangelios, pero no todos fueron aceptados[4].

Vuestro conocimiento de que no solo se escribieron cuatro Evangelios, sino muchos, de los que fueron seleccionados y entregados a las Iglesias los que actualmente tenemos, procede del mismo proemio de Lucas, que dice lo siguiente: «Puesto que ya muchos han intentado ordenar el relato»[5]. La expresión «han intentado» contiene una latente acusación a quienes, sin la inspiración del Espíritu Santo, se han aventurado a escribir evangelios.

Ciertamente, Mateo, Marcos, Juan y Lucas no «han intentado» escribir, sino que, llenos del Espíritu Santo, han escrito Evangelios. Por tanto, «muchos han intentado ordenar el relato de aquellos acontecimientos que hemos conocido de un modo claramente manifiesto»[6].

2. La Iglesia tiene cuatro Evangelios; la herejía, muchos[7]; uno de estos últimos está escrito «según los egipcios»[8], otro «según los doce apóstoles»[9]. También Basílides osó escribir un evangelio y titularlo con su nombre[10]. «Muchos han intentado» escribir, pero solo cuatro Evangelios han sido aprobados, de los cuales debemos extraer las verdades sobre la persona de nuestro Señor y Salvador.

Conozco también un evangelio que se llama «según Tomás»[11], y otro «según Matías»[12]. Y hemos leído también otros muchos, no vaya a ser que dé la impresión de que desconocemos algo de este tema a los ojos de quienes piensan que saben algo porque los conocen.

Mas entre todos estos escritos no reconocemos otra cosa que lo que reconoce la Iglesia, es decir: solo deben ser aceptados los cuatro Evangelios. Afirmo esto porque de entrada hemos leído: «Muchos han intentado ordenar el relato de todo lo que sucedió entre nosotros». Ellos se han es-

forzado y «han intentado» escribir sobre sucesos que están ante nuestros ojos con toda claridad.

3. Lucas expresa su más íntima convicción cuando afirma: «están ante nuestros ojos con toda claridad», esto es, πεπληροφορημένων, que el latín no es capaz de traducir con una sola palabra. Porque con fe cierta y gracias a la razón había reconocido y no dudaba en absoluto si eso era así o de otra manera. Lo mismo ocurre a todos aquellos que han creído firmemente, han conseguido lo que el profeta pide y ruegan: *confírmame con tu palabra*[13].

Por eso dice también el Apóstol, a propósito de aquellos que permanecían firmes y fuertes: *para que estéis arraigados y fundamentados en la fe*[14]. En efecto, si alguien está enraizado y apoyado en la fe, aunque se levante una tempestad, aunque soplen los vientos, aunque se derrame la lluvia, permanecerá inconmovible; no caerá, porque su casa está edificada *sobre piedra*[15], sobre una base sólida.

Mas no pensemos que a estos ojos carnales se les vaya a conceder la firmeza en la fe que proporcionan el espíritu y la razón[16]. Sea que quienes no tienen fe crean en señales y milagros que contemplan los sentidos humanos, pero el hombre fiel, prudente y fuerte debe seguir la razón y la Palabra para así distinguir lo verdadero de lo que es falso.

4. *Según nos lo han trasmitido quienes desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra*[17]. En el Éxodo está escrito: *El pueblo veía la palabra de Dios*[18]. Es verdad

que la voz se oye más que se ve, pero aquí está escrito así para mostrarnos que quienes merecen «ver la palabra de Dios» lo hacen con otros ojos. Es evidente que en el Evangelio no se contempla la voz, sino la palabra, que es más importante que la voz[19]. De ahí que aquí se diga: «Según nos lo han trasmitido quienes desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra».

Así pues, los apóstoles vieron a la Palabra, no porque habían contemplado el cuerpo del Señor, nuestro Salvador, sino porque habían visto al Verbo. Porque si la expresión haber visto a Jesús en su humanidad significara haber visto el Verbo de Dios, entonces Pilato –que condenó a Jesús– habría visto la palabra de Dios, y también habrían visto la palabra de Dios Judas, el traidor, y todos los que exclamaron: *¡Crucifícalo, crucifícalo, quita del mundo a semejante hombre!*[20].

¡No sea así, que un incrédulo haya visto la palabra de Dios! Ver la palabra de Dios es de tal trascendencia, que el Salvador dice: *El que me ve a mí, ve también al Padre que me ha enviado*[21].

5. «Según nos han trasmitido los que desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra». Implícitamente las palabras de Lucas nos enseñan que el fin de determinadas doctrinas son ellas mismas, mientras que el de otras consiste en sus efectos. Por ejemplo, la ciencia de la geometría tiene fin en sí misma y en su doctrina.

Pero hay también otro tipo de ciencia cuyo fin exige la acción: por ejemplo, la medicina[22]. Es necesario que yo co-

nozca la ciencia y las reglas de la medicina, pero no solo para saber lo que debo hacer, sino para hacerlo: esto es, para operar las heridas, prescribir un modo de vida moderado y exigente, detectar el calor de la fiebre en el pulso de las venas, o para, por medio de tratamientos periódicos, secar, mitigar y restringir un excesivo flujo de sangre.

Si uno se limitara a saberlo y no siguiera ninguna acción, su ciencia sería inútil. Análogo a lo que saber y actuar es en la medicina, es también el conocimiento y el ministerio de la palabra. Por tanto, está escrito «según nos lo han trasmitido quienes desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra» para que nosotros entendamos que en el «los que vieron» se designa la doctrina y la ciencia, y en el «quienes fueron ministros» se alude a la acción[23].

6. *Yo también me he decidido a investigar a partir del inicio*[24]. Insiste y repite que lo que va a escribir no lo conoce por rumores, sino que él en persona lo ha investigado desde el principio. Por eso lo alaba también con razón el Apóstol cuando dice: *Es elogiado en todas las iglesias por su Evangelio*[25]. De ningún otro, salvo de Lucas, se dice y se transmite por escrito una expresión semejante.

Yo también me he decidido a investigar a partir del inicio todo y a escribírtelo por orden, óptimo Teófilo[26]. Quizás piense alguno que Lucas ha escrito el Evangelio para un determinado «amigo de Dios» (Teófilo). En realidad, todos los que nos oís hablar, si sois personas tan buenas como para

ser amadas por Dios, sois «amigos de Dios» y para vosotros se escribe el Evangelio.

Y si uno es «amigo de Dios», es también «óptimo» y «fuerte en sumo grado», concepto que en griego se expresa de una manera más apropiada con el término κράτιστος. Ningún «amigo de Dios» es débil. Y del mismo modo que está escrito del pueblo de Israel, cuando salía de Egipto, que *en sus tribus no había nadie débil*[27], así también me atrevo yo a afirmar que todo aquel que es «amigo de Dios» es fuerte, porque tiene la fortaleza y el vigor tanto de Dios como de su palabra, para poder conocer la verdad de aquellas palabras con las que fue instruido y entender el sentido del Evangelio de Cristo, *a quien corresponde la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*[28].

HOMILÍA II

Sobre el pasaje: *Eran ambos justos en la presencia de Dios e irreprensibles caminaban en los preceptos y observancias del Señor* (Lc 1, 6).

1. Quienes quieren ocultar sus pecados tras una excusa, piensan que nadie está sin pecado y aportan el testimonio que está escrito en el libro de Job: *Nadie está limpio de inmundicia, ni siquiera si su vida sobre la tierra hubiera durado un solo día; sin embargo, es posible contar sus meses*[1]. Pronuncian tan solo el sonido de estas palabras, pero ignoran por completo lo que quieren decir.

Les replicaremos brevemente que «estar sin pecado» en las Escrituras se entiende de dos maneras: una, no haber pecado jamás en absoluto; y otra, haber dejado de pecar. Por tanto, si dicen que se llama impecable a quien nunca pecó, también nosotros afirmamos que nadie está sin pecado, porque todos nosotros hemos pecado alguna vez, aunque después hayamos perseguido la virtud.

Pero si entienden la afirmación de que ningún hombre está sin pecado de manera que niegan que ese tal sea capaz de volver a llevar una vida virtuosa tras haber cometido errores, hasta el punto de no volver más a pecar, su opinión

es falsa. En efecto, puede suceder que uno que antes ha pecado, deje de hacerlo, y se dice de él que está sin pecado[2].

2. En ese sentido, también nuestro Señor Jesucristo *se ha organizado una Iglesia gloriosa, que no tiene mancha*[3], no en el sentido de que un miembro de la Iglesia[4] jamás haya tenido una mancha, sino porque trata de no mancharse en lo sucesivo; *que no tiene arrugas*[5] no en el sentido de que en él no haya habido alguna vez las arrugas del *hombre viejo*[6], sino porque ha dejado de tenerlas.

De esa misma manera hay que entender también lo que sigue: *a fin de que sea santa e inmaculada*[7], no en el sentido de que haya sido «inmaculada» desde el principio –que su alma no haya estado nunca en pecado, eso ni siquiera se puede presumir de un hombre–, sino porque es tenida por pura y sincera aquella que ha cesado de ensuciarse más.

Decimos esto para explicar que un hombre puede ser calificado de «sin pecado» y «sin mancha» por el hecho de haber dejado de pecar. Por eso está escrito con toda claridad a propósito de Zacarías y de Isabel: *Eran ambos justos*

en la presencia de Dios e irreprensibles caminaban en los preceptos y observancias del Señor[8].

3. Contemplemos con más atención la alabanza a Zacarías e Isabel que san Lucas escribe en su historia, no tanto para saber que ambos eran dignos de alabanza, sino para que, al imbuirnos de un santo celo, también nosotros seamos dignos de ser alabados. El Evangelista podría haber escrito simplemente: «ambos eran justos y caminaban en todos los preceptos», pero en este punto siente la necesidad de añadir, «ambos eran justos en la presencia de Dios».

Ciertamente, puede ocurrir que uno sea justo a la vista de los hombres pero no lo sea «en la presencia de Dios». Por ejemplo, soy justo «en la presencia de los hombres» cuando nadie puede decir algo malo de mí y, tras considerar todo lo mío, no encuentra nada que reprocharme. Imagínate que todos tienen la misma opinión de mí y buscan qué podrían echarme en cara, pero no son capaces de encontrarlo y me alaban al unísono: entonces soy justo a los ojos de muchos hombres.

Pero los hombres no tienen un juicio seguro, porque no saben si en el fondo de mi corazón no he pecado alguna vez, si no he mirado a una mujer para desearla y he cometido adulterio en mi corazón[9].

4. Los hombres, aunque me hayan visto dar limosnas según mis posibilidades, no saben si lo hago por el mandamiento divino o para granjearme la alabanza y el aplauso de los hombres[10]. Cosa difícil es ser justo «en la presencia de Dios», de manera que se hace el bien por ningún otro motivo que por el bien en sí mismo, y que solo se busca a Dios, que es quien retribuye las buenas obras.

Algo análogo dice también el Apóstol al hablar de aquellos *cuya alabanza procede de Dios, no de los hombres*[11]. Dichoso el que es justo y digno de alabanza «en la presencia de Dios». Porque, a pesar de que los hombres parecen tener un juicio seguro, no son capaces de enjuiciar con certeza. Y sucede una y otra vez que alaban a quien no es digno de alabanza y denigran a quien no merece reproche de ningún tipo. Solo Dios es un juez justo en la alabanza y en la vituperación.

5. Por eso, con razón se añade también ahora en la alabanza a los dos justos: «ambos eran justos en la presencia de Dios». A semejante actitud nos exhorta también Salomón en los Proverbios cuando dice: *Guarda el bien en la presencia de Dios y de los hombres*[12].

A continuación sigue otra alabanza a Zacarías e Isabel: «Caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor»[13]. Cuando juzgamos sobre algo bueno y con rectitud, nos movemos «en las observancias del Señor»; cuando hacemos esto o aquello, andamos «en sus preceptos». Por eso, creo yo, también san Lucas, queriendo dirigirles una alabanza perfecta, ha escrito: «Ambos eran justos y caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor».

6. Quizás alguno me diga: si este elogio es perfecto, ¿qué significa el añadido «irreprensibles»? Porque habría bastado con decir «caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor», ya que es imposible que uno «camine en todos los preceptos y observancias del Señor», sin que ande «intachable». Pues ¿cómo puede suceder que, caminando «en todos los preceptos y observancias del Señor», un hombre sea reprensible?

A ese tal le responderé brevemente: si no fuera así, jamás encontraríamos dicho en otro lugar de la Escritura: *Sigue de un modo justo lo que es justo*[14]. Porque si hubiera algo justo a lo que pudiéramos aspirar de un modo injusto, jamás se nos mandaría que debemos seguir de un modo justo aquello que es justo.

7. En efecto, cuando cumplimos un mandamiento de Dios y nos manchamos en nuestra conciencia con la porquería de la vanagloria porque queremos complacer a los hombres, o cuando cualquier otro motivo que no complace a Dios precede nuestra buena obra, entonces, aunque cumplamos un precepto divino, no lo hacemos «de un modo irreprensible», y seguimos lo que es justo de un modo injusto.

Por tanto, es difícil andar «irreprensible en todos los preceptos y observancias del Señor» conforme al testimonio y la alabanza de Dios en Cristo Jesús. Ese elogio pronunciará, en el día del Juicio, Aquel *ante cuyo tribunal compareceremos todos abiertamente para recibir cada uno lo bueno o lo malo que ha realizado por medio de su cuerpo*[15]. *Porque todos compareceremos ante el tribunal divino*[16] para recibir lo que hayamos merecido en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*[17].

HOMILÍA III

Sobre el pasaje: *Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso* (Lc 1, 11).

1. Los seres que tienen cuerpo y son insensibles no hacen nada para ser captados por los demás, sino que, quieran o no, en cuanto estos últimos vuelven a ellos sus ojos, ven aquello a lo que se ha dirigido su mirada y su atención. Porque ¿qué puede hacer el hombre o cualquier otro objeto que se encuentra encerrado en un cuerpo voluminoso para no ser visto una vez que está presente?

Por el contrario, todos aquellos seres que son más elevados y divinos, aunque se encuentren presentes, no son vistos si ellos no quieren; y depende de su voluntad el ser o no ser vistos. La aparición a Abraham y a los demás profetas fue una gracia de Dios, no porque «el ojo del corazón» de Abraham fuera el único que estaba en condiciones de contemplar a Dios. Al revés, la gracia de Dios le fue brindada al varón justo para que este pudiera contemplarla[1].

2. Esto debe entenderse no solo a propósito de Dios Padre, sino que sirve también para nuestro Señor y Salvador

y para el Espíritu Santo, e incluso para llegar hasta seres inferiores, para los querubines y serafines.

En efecto, puede ocurrir que también a nosotros, mientras hablamos, nos asista un ángel, y que no seamos capaces de verlo porque no lo merecemos. En efecto, aunque tanto el ojo del alma como el del cuerpo se apliquen a ver, quien desea ver no verá a no ser que el ángel se le aparezca por propia iniciativa y se preste a ser visto.

Por tanto, doquiera que esté escrito «Dios se apareció» a este o a aquel, del mismo modo como también se dice ahora: «Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso», hay que entenderlo como he dicho.

Ya sea Dios o un ángel, ya se trate de Abraham o de Zacarías, será visto o no visto según Dios o el ángel quiera o no quiera.

3. Y esto no solo lo afirmamos para *el mundo presente*[2], sino también para el futuro, cuando hayamos salido de este mundo[3]: Dios y los ángeles no se aparecerán a todos, como si todo aquel que haya salido del cuerpo mereciera inmediatamente ver a los ángeles, al Espíritu Santo, al Señor nuestro Salvador e incluso a Dios Padre. No, solo verá aquel que haya tenido un corazón puro y se haya comportado de manera que merezca contemplar a Dios.

Y aunque el que tiene el corazón puro y el que todavía se encuentre mancillado con alguna suciedad estén en el mismo lugar, este lugar único ni puede perjudicar al uno ni puede ayudar al otro, porque el que tiene el corazón puro ve-

rá a Dios, pero el que no posee esa cualidad no verá lo que el otro contempla.

Algo análogo debo pensar también de Cristo cuando era visible en su cuerpo: no todos los que lo veían eran capaces de verlo realmente.

4. Es verdad que veían solo su cuerpo, pero no eran capaces de verlo en su calidad de Cristo. Por el contrario, los discípulos lo veían y contemplaban la grandeza de su divinidad. Por eso, pienso que también cuando Felipe le rogaba diciendo: *Muéstranos al Padre, y eso nos basta*, el Salvador le respondió: *¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre*[4].

Efectivamente, ni Pilato, que percibía a Jesús físicamente, veía al Padre, ni Judas, el traidor, porque ni uno ni otro veían a Cristo en cuanto tal; ni la multitud que lo acosaba. Solo veían a Jesús aquellos a quienes Él consideraba dignos de contemplarlo.

Esforcémonos por tanto, también nosotros, para que Dios se nos aparezca aquí abajo, ya que la palabra santa de las Escrituras nos ha prometido: *Dios quiere ser encontrado por aquellos que no lo tientan, y aparecerse a aquellos que tienen confianza en Él*[5]; y para que Dios no se oculte de nosotros en la vida futura, sino que lo veamos *cara a cara*[6]; y para que tengamos confianza en la vida bienaventurada y disfrutemos de la visión del Dios omnipotente en Cristo Jesús y en el Espíritu Santo, *para quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[7].

HOMILÍA IV

Desde el pasaje: *No temas, Zacarías*, hasta el lugar donde se dice de Juan: *Caminará delante de Él en el espíritu y el poder de Elías* (Lc 1, 13-17).

1. Zacarías se asustó cuando vio al ángel. Efectivamente, una nueva figura que se presenta a la mirada humana turba la mente y atribula el alma. De ahí que el ángel, que conoce la naturaleza del hombre, se adelante a remediar ese desconcierto, diciendo: «No temas, Zacarías», y hace que vuelva en sí a la vez que lo alegra con una nueva noticia, diciendo: *Tu oración ha sido escuchada y tu mujer Isabel dará a luz un hijo al que pondrás por nombre Juan; el te proporcionará gozo y regocijo*[1].

Cuando un hombre justo viene al mundo y entra en el curso de esta vida, se alegran quienes han contribuido a su nacimiento y se sienten arrebatados de gozo. Pero cuando nace uno que está predispuesto a llevar una mala vida y abocado, por así decir, a la pena del cadalso, el que ha ayudado se aflige y está consternado.

2. ¿Quieres que te cite un ejemplo de varón santo cuya descendencia ha obtenido la gloria en su totalidad? Mira, Jacob engendró a doce hijos varones que fueron patriarcas y caudillos del pueblo de Dios y de su heredad. Jacob, su pa-

dre, se alegraba sobre todos ellos, como ahora también se anuncia a todos una alegría por el nacimiento de Juan.

Y todo aquel que en algún momento se ha decidido a engendrar hijos para el servicio de los demás y se quiere rebajar a ese menester, ruegue a Dios que le nazca a esta vida un hijo tal que él pueda alegrarse con su nacimiento[2].

Así pues, está escrito de Juan que *será grande en la presencia del Señor*[3]. Esto que se dice: «será grande en la presencia del Señor», muestra la grandeza de alma de Juan, que es patente a los ojos de Dios. Existe también una cierta pequeñez, que hablando con propiedad se observa en cuanto a la virtud del alma.

3. Yo entiendo así también aquello que se dice en el Evangelio: *Guardaos de depreciar a uno de estos más pequeños*[4] que están en la Iglesia. «Más pequeño» se entiende allí a diferencia de «mayor». No se me manda que no desprecie a uno que es grande, porque uno que es grande no puede ser menospreciado, sino que se me dice: «no desprecies a uno de los más pequeños».

Pero para que veas que no se le llama por casualidad «pequeño» o «mínimo», sino por el motivo que hemos dicho, está escrito: *Todo aquel que escandalice a uno de estos pequeñuelos*[5]. Un «pequeñuelo» es escandalizado, un mayor no puede ser sometido a escándalo.

4. Sigue diciendo de Juan: *Y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre*[6]. También el nacimiento de Juan irá acompañado de milagros. Porque, como un arcángel anunció la llegada de nuestro Señor y Salvador, del mis-

mo modo también un arcángel anuncia el nacimiento de Juan. «Será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre».

El pueblo judío no veía a nuestro Señor cuando hacía «señales y portentos»[7] y curaba sus enfermedades. Juan, por el contrario, cuando aún se encontraba en el seno de su madre se alegra y no se puede contener, e incluso pugna por salir del vientre materno a la llegada de la madre de Jesús.

He aquí –dice Isabel– *que en cuanto sonó en mis oídos tu saludo, exultó de gozo el niño en mi seno*[8]. Juan estaba todavía en el seno de su madre y ya había recibido el Espíritu Santo. En realidad no era el Espíritu el principio de su esencia y su naturaleza[9].

5. A continuación la Escritura afirma que *convertirá al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel*[10]. Juan convierte a muchos; por su parte, el Señor no convierte a una gran cantidad, sino a todos. Esa es la tarea del Señor: convertir a todos a Dios Padre.

Y caminará delante del Señor en el espíritu y el poder de Elías[11]. No dice «en el alma de Elías», sino «en el espíritu y el poder de Elías». En Elías, como en todos los profetas, actuaban el poder y el espíritu, lo mismo que también en nuestro Señor y Salvador, según la economía de la Encarnación. Sobre Él se le dice poco después a María: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*[12].

Por tanto, vino sobre Juan el espíritu que había estado en Elías, y el poder que había estado en este apareció tam-

bién en aquel. Elías fue arrebatado al cielo; Juan, al contrario, fue el Precursor del Señor y murió antes que Él para bajar a los infiernos y anunciar su llegada.

6. Yo por mi parte pienso que el misterio[13] de Juan se cumple hasta el día de hoy en el mundo. Al alma de todo aquel que esté dispuesto a creer en Cristo Jesús, llega en primer lugar el espíritu y la fuerza de Juan y *prepara al Señor un pueblo perfecto*[14], allana las asperezas del corazón y endereza los caminos[15].

No fue solo en aquel tiempo cuando se prepararon los caminos y se enderezaron las sendas, sino que hasta hoy «el espíritu y la fuerza» de Juan preceden a la venida de nuestro Señor y Salvador.

¡Oh, grandes misterios del Señor y de sus designios! Ángeles preceden a Jesús y ángeles ascienden y descienden cada día sobre la salvación de los hombres en Cristo Jesús[16], *de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[17].

HOMILÍA V

Sobre el enmudecimiento de Zacarías (cf. Lc 1, 18-23).

1. Mientras el sacerdote Zacarías ofrece incienso en el templo, es condenado a guardar silencio y enmudece; mejor dicho, habla solo por medio de gestos y permanece mudo hasta que nace su hijo Juan.

¿A dónde conduce esta historia? El silencio de Zacarías significa el silencio de los profetas en el pueblo de Israel. Dios ya no les habla, pero a nosotros nos ha llegado *la Palabra que desde el principio estaba en Dios Padre*[1]; y a nosotros Cristo nos habla, cuando hasta hoy permanece mudo para ellos. Por ese motivo enmudeció también el profeta Zacarías.

Que era profeta a la vez que sacerdote se deduce con toda claridad de sus mismas palabras. Porque ¿qué quiere decir lo que sigue a continuación: «les hacía signos» y suplía con ellos su falta de voz?

En mi opinión, hay actuaciones que, por faltarles una explicación razonable, no se distinguen en nada de gesticulaciones. Al contrario, allí donde los actos son precedidos por el razonamiento y la palabra, no deben ser tenidos por simples gestos, ya que están dotados de explicaciones razonables.

2. Por tanto, si ves el comportamiento de los judíos, sin razonamiento ni palabra, de manera que no pueden justificar lo que hacen, date cuenta de que en ellos se cumple ahora lo que entonces sucedió a Zacarías de un modo simbólico[2].

Su circuncisión es análoga a los gestos. Porque, si no se explica el sentido de la circuncisión, esta es un simple gesto y una operación sin sentido. La Pascua y otras solemnidades son más bien gestos que verdad. Hasta el día de hoy el pueblo de Israel es sordo y mudo, pues no podía ser que no fuera sordo y mudo si previamente había rechazado la Palabra.

3. Es cierto que Moisés había dicho con anterioridad: *Pero yo soy un hombre sin facilidad de palabra*[3], lo cual se puede traducir –aunque en latín se exprese de otra manera– por «sin palabras o argumentos»; pero, después de haberlo dicho, recibió la razón o la palabra que antes había confesado no tener.

El pueblo de Israel, antes de haber recibido la Ley, estaba en Egipto sin palabra y sin razón, como si hubiera sido mudo; después recibió la palabra, cuyo símbolo era Moisés. Ahora, sin embargo, el pueblo no confiesa lo que entonces confesó Moisés, a saber, que es mudo y le falta la palabra, sino que con sus gestos y su silencio indica que no tiene la palabra, que no tiene la capacidad de razonar.

¿No te parece que es un reconocimiento de estupidez el hecho de que ninguno de ellos sea capaz de dar razón de los preceptos de su Ley y de sus vaticinios proféticos?

4. Cristo ha dejado de estar con ellos, la Palabra los ha abandonado, se ha cumplido aquello que está escrito en Isaías: *Será abandonada la hija de Sión como una cabaña*

de viñedo, como choza de melonar, como ciudad asolada[4]. Tras haberlos abandonado, la salvación se ha trasferido a los gentiles, a fin de que ellos –los judíos– sean incitados a emularlos.

Así pues, al contemplar la misteriosa economía de la salvación divina –cómo Israel ha sido expulsado para nuestra salvación–, debemos tener cuidado, no vaya a ser que ellos hayan sido rechazados para nuestra salud y nosotros seamos dignos de un suplicio mayor, nosotros, por cuya causa otros han sido rechazados. Cuidémonos de realizar obras dignas de la adopción divina y de su clemencia, por la que nos ha adoptado y nos ha considerado hijos suyos en Cristo Jesús, *de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[5].

HOMILÍA VI

Sobre el pasaje: *Y tras haber concebido Isabel, se ocultó*, hasta el punto en el que dice: *Este será grande* (Lc 1, 24-32).

1. Una vez que Isabel concibió, *se ocultó durante cinco meses, diciendo: He aquí lo que ha hecho conmigo el Señor, acordando quitar mi oprobio ante los hombres*[1]. Me pregunto por qué motivo evitaría aparecer en público al darse cuenta de que iba a dar a luz. Si no me equivoco, la explicación es esta: ni siquiera aquellos que están unidos en matrimonio tienen todo el tiempo a su disposición para el coito, sino que hay momentos en los que se abstienen del acto matrimonial.

Porque si el varón es anciano y la mujer ya entrada en años, es una gran vergüenza que se den al placer, que consumen el matrimonio; todo eso parece que ha desaparecido por la debilidad del cuerpo, la edad y la voluntad de Dios. En este caso, Isabel, que había vuelto a unirse con su esposo gracias a la palabra del ángel y a los planes de Dios, sentía vergüenza por haber vuelto a una acción propia de personas jóvenes, siendo ya anciana y casi decrépita.

2. De ahí que «se ocultó durante cinco meses»; no hasta el noveno mes, al llegar el tiempo de su parto, sino has-

ta el momento en que también María concibió. Porque cuando esta también concibió, vino a ella y su «saludo llegó a sus oídos», «exultó de gozo el niño en el seno» de Isabel, y profetizó; y, llena del «Espíritu Santo», pronunció las palabras que describe la narración evangélica.

Y se difundieron «estas palabras por toda la montaña». Porque cuando entre el pueblo se difundió el rumor de que llevaba en su seno un profeta y que lo que estaba gestando era mayor que cualquier hombre, entonces ya no se ocultó, sino que se mostró libremente y se llenó de alegría porque tenía en su seno al precursor del Salvador.

3. A continuación la Escritura recuerda que *en el sexto mes* del embarazo de Isabel *el arcángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, procedente de la casa de David; y el nombre de la virgen era María*[2].

De nuevo doy vueltas a esto en mi mente y me pregunto por qué Dios, una vez que había decidido que el Salvador naciera de «una virgen», no eligió una muchacha sin esposo, sino precisamente una que estaba ya «desposada». Y, si no me engaño, el motivo fue este: debía nacer de una virgen que no solo tuviera esposo, sino que –como escribe Mateo– había sido ya entregada a un varón, aunque este aún no la había conocido, a fin de que esta situación no diera pábulo al deshonor de la virgen cuando el embarazo fuera ostensible.

4. Por eso, encuentro dicho de un modo elegante en la carta de un mártir –me refiero a Ignacio, el segundo obispo de Antioquia después de Pedro, quien en la persecución en Roma luchó contra las bestias–: «la virginidad de María permaneció oculta para el príncipe de este mundo»[3]. Permaneció oculta gracias a José, permaneció oculta gracias a

los desposorios, permaneció oculta porque la gente creía que tenía esposo.

Si no hubiera tenido un prometido, y uno que era tenido por su esposo, de ninguna manera podría haberse mantenido oculta «ante el príncipe de este mundo». Pues inmediatamente se habría insinuado en el diablo la sospecha: «¿cómo es que esa está encinta sin haberse unido con un varón? Esta concepción debe de ser divina; debe de ser algo que está por encima de la naturaleza humana».

Por el contrario, el Salvador había dispuesto que el diablo ignorara sus planes de redención y su encarnación corporal. Por eso le ocultó su generación y más tarde ordenaba a los discípulos *que no lo dieran a conocer públicamente*[4].

5. Incluso cuando fue tentado por el diablo, jamás le confesó que era el Hijo de Dios, sino que solo le replicó: «no es conveniente que te adore ni que convierta estas piedras en panes, ni que me precipite desde la cumbre»[5]. Y al decir esto, silenció en todo momento que era Hijo de Dios. Busca asimismo otros pasajes de la Escritura y encontrarás que la voluntad de Cristo era que el diablo ignorara la llegada del Hijo de Dios.

Así, al afirmar que las fuerzas adversas[6] no habían reconocido la Pasión de Cristo, el Apóstol dice: *Anunciamos la sabiduría entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este siglo que son destruidos, sino que enseñamos una sabiduría divina misteriosa, escondida, que ninguno de los príncipes de este mundo ha conocido. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria*[7].

Así pues, el misterio del Salvador permaneció escondido ante los príncipes de este mundo.

6. Creo que debo resolver una objeción en contra antes de que algún otro me la proponga: ¿Por qué, lo que permaneció oculto a los príncipes de este mundo, no permaneció oculto al demonio, que en el Evangelio exclama: *¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos? Sabemos quién eres tú: el Hijo de Dios*[8].

Pero date cuenta de que reconoce al Salvador el que es menos malo; pero el que es peor por sus crímenes, sus astucias y su maldad, por eso mismo –por ser mayor en el mal– es incapaz de reconocer al Hijo de Dios.

Incluso nosotros mismos podemos acceder más fácilmente a la virtud si en nosotros hay menos mal. Pero si ha habido una mayor maldad, nos cuesta un gran esfuerzo liberarnos de esa maldad mayor.

Todo esto a propósito de que María estaba desposada.

7. También hay algo que decir respecto a que el ángel saludó a María con un apelativo que no he podido encontrar en toda la Escritura. En efecto, no recuerdo haber leído en otro lugar de los libros sagrados lo que dice: *Ave, llena de gracia*[9], que en griego se dice κεχαραριτωμένη. Tampoco a un hombre se le dirigió nunca un saludo semejante: «Salve, lleno de gracia».

Solo a María estaba reservado este saludo. Porque si María hubiera sabido que se habían dirigido palabras semejantes a algún otro –efectivamente conocía la Ley, era santa y había comprendido a través de sus meditaciones diarias los oráculos de los profetas–, nunca se habría asustado ante un saludo tan inusitado.

Por eso le dice el ángel: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo*[10].

8. También se dice de Juan que *será grande*[11], y el mismo ángel Gabriel da fe de ello. Pero cuando llegó Jesús, el verdaderamente grande, el realmente sublime, el que antes era grande, se hizo más pequeño. En efecto, dice Jesús: *Aquel era la lámpara que arde y alumbra, y vosotros habéis querido gozar por un instante de su luz*[12]. La magnitud de nuestro Salvador no se mostró en el momento de su nacimiento, sino que resplandece ahora, cuando parecía que había sido exterminada por sus adversarios.

9. Contempla la grandeza del Señor: *Sobre toda la tierra se ha extendido el eco de su doctrina y hasta los confines de la tierra sus palabras*[13]. Nuestro Señor Jesús se ha difundido por todo el mundo, porque es *la fuerza de Dios*[14] y en el presente se encuentra entre nosotros, según aquello que se lee en el Apóstol: *Os reunís y en espíritu estoy yo entre vosotros con la fuerza del Señor Jesús*[15].

La fuerza de nuestro Señor y Salvador está con aquellos que viven apartados de nuestras latitudes en Britania, con los que se encuentran en Mauritania y con todos los que bajo el sol han creído en su nombre. Considera, por tanto, la grandeza del Salvador, de qué manera se ha difundido por todo el mundo, y ten la certeza de que aún no he explicado su verdadera magnitud.

10. Asciende a los cielos[16] y mira cómo ha llenado la bóveda celeste: hasta *a los ángeles se ha aparecido*[17]. Desciende con el pensamiento hasta los abismos y verás que también Él ha bajado hasta allí. Porque *el mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo*[18], *a fin de que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos*[19].

Considera la fuerza del Señor, cómo ha llenado el orbe, es decir, los cielos, la tierra y los abismos, cómo Él mismo ha penetrado en el cielo y ha subido a las alturas. En efecto, leemos que el Hijo de Dios *atravesó los cielos*[20]. Si ves esto, al mismo tiempo captarás que no se ha dicho lo de «será grande» como de pasada, sino que esa palabra se ha cumplido en la realidad.

Grande es nuestro Señor Jesús, presente o ausente, y concede a nuestra comunidad y asamblea participación en su fortaleza. Pidamos al Señor Jesús que cada uno de nosotros merezca recibirla. *A Él pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[21].

HOMILÍA VII

Sobre el pasaje: *Y levantándose María fue con presteza a la montaña*, hasta el lugar donde dice: *se cumplirá lo que ha sido dicho* (Lc 1, 39-45).

1. Los mejores se llegan hasta los peores para proporcionarles algún beneficio con su llegada. Así, por una parte, el Salvador vino a Juan a fin de santificar su bautismo[1]; y por otra, en cuanto María oyó al ángel que le anunciaba que había concebido al Salvador y que su prima Isabel estaba encinta, *levantándose con presteza fue a la montaña y entró en la casa de Isabel*[2].

En realidad era Jesús, que estaba en su seno, quien se apresuraba a santificar a Juan, que se encontraba en el vientre de su madre. Porque «el niño no saltó en su seno» hasta que María llegó y saludó a Isabel; pero en cuanto María pronunció la palabra que el Hijo de Dios que se encontraba en su seno le inspiró, «el niño saltó lleno de gozo», y en ese preciso momento Jesús convirtió a su precursor en un profeta.

2. También era conveniente que María, dignísima merecedora de concebir al Hijo de Dios, subiera a la montaña tras el anuncio del ángel y habitara en las alturas[3]. Por eso

está escrito: «En aquellos días se puso María en camino y fue a la montaña». Y, puesto que no era perezosa en el cumplimiento de sus deberes, era su obligación apresurarse con solicitud y, llena del Espíritu Santo, dirigirse a las alturas y ser protegida por la fuerza de Dios, por cuya sombra había sido ya cubierta.

Por tanto, *llegó a una ciudad de Judá, a la casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Y ocurrió que, así que oyó Isabel el saludo de María, exultó el niño en su seno y se llenó del Espíritu Santo*[4].

3. Por consiguiente, no hay duda de que Isabel, quien en ese momento «fue llena del Espíritu Santo», se llenó a causa de su hijo. En efecto, no fue la madre la primera que mereció el Espíritu Santo, sino que una vez que Juan, aún encerrado en el seno de su madre, recibió el Espíritu Santo, entonces, tras la santificación del hijo, ella «fue llena del Espíritu Santo».

Esto podrás creerlo si tienes en cuenta que con el Salvador ocurre también algo similar. Se lee –así lo encontramos en algunos manuscritos– que santa María profetizó, aunque no ignoramos que, según otros códices, estas palabras las pronunció Isabel[5].

Por consiguiente, María fue llena del Espíritu Santo en el instante en que comenzó a tener al Salvador en su seno. Porque en cuanto recibió al Espíritu Santo, creador del cuerpo del Señor, y el Hijo de Dios comenzó a existir en su seno, también ella se llenó del Espíritu Santo.

4. Así pues, *exultó el niño en el seno de Isabel y se llenó del Espíritu Santo y clamó con fuerte voz: Bendita tú entre las mujeres*[6].

Para que los fieles sencillos no sean engañados[7], debemos en este punto rebatir las objeciones que suelen aducir los herejes. Ciertamente uno de ellos, no sé quién, ha llevado su locura hasta el punto de asegurar que el Salvador renegó de María porque esta, tras su nacimiento, se unió a José. Esto ha dicho, y el mismo que lo ha dicho sabrá lo que ha afirmado y por qué lo ha hecho[8].

Por tanto, si alguna vez los herejes os dirigen tales objeciones, respondedles y decidles: «Sin duda estaba Isabel llena del Espíritu Santo cuando dijo: Bendita tú entre las mujeres. Si María es proclamada bendita por el Espíritu Santo, ¿cómo es posible que el Salvador haya renegado de ella?».

Además, les faltan pruebas para esa afirmación de que se hubiera casado después del parto, porque los hijos que se atribuyen a José[9] no nacieron de María y no

existe ningún pasaje de la Escritura que dé testimonio de ello[10].

5. *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde me ocurre que la madre de mi Señor venga a mí?*[11]. Esta exclamación: «¿de dónde me ocurre esto?», no la pronuncia por ignorancia o como si ella, que estaba toda llena del Espíritu Santo, no supiera que la madre de su Señor venía a ella en cumplimiento de la voluntad de Dios. Al contrario, lo dice en este sentido: ¿Qué he hecho yo de bueno? ¿Qué obras mías son de tanta categoría como para que la madre del Señor venga hasta mí? ¿Gracias a qué justicia, gracias a qué obras buenas, gracias a qué fidelidad de espíritu he merecido que la madre de mi Señor venga a mí?

He aquí que en cuanto sonó la voz de tu saludo en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno[12]. Santa era el alma de san Juan y, aun estando encerrada en el vientre de su madre y por venir a este mundo, conocía a Aquel a quien Israel ignoraba; por eso «exultó», y no simplemente «exultó», sino «de gozo». Porque había sentido que su Señor había llegado para santificar a su siervo aun antes de que saliera del vientre de su madre.

Ojalá me suceda a mí que los infieles me llamen estúpido porque presto fe a tales historias. La verdad de este suceso en sí muestra que yo no he prestado fe a una ilusión,

sino a la sabiduría, dado que precisamente esto que ellos califican de necedad se convierte para mí en oportunidad de salvación.

6. La doctrina del Salvador no se habría extendido por todo el mundo si su nacimiento no hubiera sido una bendición del cielo, si no hubiera tenido algo de divino y que excede a la naturaleza humana. Si hubiera sido solo un hombre en el seno de María y no el Hijo de Dios, ¿cómo se podrían haber curado, tanto en aquel tiempo como ahora, múltiples enfermedades, no solo del cuerpo, sino del alma?

¿Quién de nosotros, que ahora, por la misericordia divina, tenemos el don de la inteligencia y conocemos a Dios, no fue antes un insensato? ¿Quién de nosotros, que ahora tenemos la justicia y la seguimos por Jesucristo, creía antes en la justicia? ¿Quién de nosotros, que ahora por la venida del Salvador no vacilamos ni nos turbamos, sino que estamos firmes en el camino[13] –es decir, en Aquel que dice: «Yo soy el camino»[14]–, no era antes un vagabundo errante?

7. Recopilando todo lo que está escrito sobre Él, podemos contemplar que se cuentan cosas divinas, dignas de admiración: que su nacimiento, su desarrollo, sus milagros, su pasión y resurrección no solo sucedieron en aquel tiempo, sino que también actúan ahora en nosotros.

A vosotros, catecúmenos, ¿quién os ha convocado en la Iglesia?, ¿quién os impulsó a dejar vuestras casas para acudir a esta reunión? Porque no somos nosotros quienes hemos recorrido uno por uno vuestros hogares, sino que el Padre omnipotente, con una fuerza invisible, suscita en el corazón este celo a quienes considera dignos. De ese modo llegáis a la fe, por así decir, contra vuestra voluntad y resistiéndoos, so-

bre todo al comienzo de la práctica religiosa, cuando temblando y temerosos recibís llenos de respeto la fe que salva.

8. Os ruego, catecúmenos, que no os echéis atrás, que ninguno de vosotros tenga miedo y se espante; por el contrario, seguid al Señor que va de camino. Él os lleva a la salvación, Él os reúne ahora ciertamente en esta Iglesia terrena, pero si dais frutos dignos os conduce a la *Iglesia de los primeros, cuyos nombres están escritos en los cielos*[15].

Dichosa la que ha creído, y dichoso el que cree, porque se cumplirá *lo que* le *ha sido dicho por el Señor*[16]. A este propósito María «ensalza la grandeza» del Señor Jesús. *Su alma ensalza al Señor, su espíritu alaba a Dios*[17].

¿Cómo hay que interpretar estas palabras? Si Dios lo permite, cuando nos volvamos a reunir en la Iglesia, cuando acudáis gozosos a la casa de Dios y prestéis vuestros oídos a la palabra divina, lo preguntaremos, lo expondremos y lo aclararemos en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[18].

HOMILÍA VIII

Sobre el pasaje: *Mi alma magnifica al Señor*, hasta el lugar en que dice: *se hizo poder para quienes lo temen* (Lc 1, 46-51).

1. Isabel profetiza antes que Juan, María profetiza antes del nacimiento de nuestro Señor y Salvador. Y así como el pecado comenzó por la mujer y después llegó hasta el varón, del mismo modo la salvación tuvo su inicio en mujeres, de modo que el resto de ellas superaran la debilidad de su sexo y tomaran como modelo la vida y el comportamiento de las santas mujeres, sobre todo las que son citadas en este pasaje del Evangelio.

Examinemos, pues, la profecía de la Virgen. *Mi alma* –dice– *engrandece al Señor y mi espíritu exulta de júbilo en Dios, mi Salvador*[1]. Ambas, alma y espíritu, tributan una doble alabanza. El alma alaba al Señor, el espíritu a Dios: no porque sea algo distinto la alabanza al Señor y la alabanza a Dios, sino porque quien es Dios es también Señor, y el que es Señor es asimismo Dios[2].

2. Uno se pregunta cómo «el alma puede engrandecer al Señor». Porque si el Señor no puede experimentar aumento ni disminución y es lo que es, ¿en qué sentido dice ahora María: «mi alma engrandece al Señor»?

Si considero que nuestro Señor y Salvador *es la imagen del Dios invisible*[3] y tengo ante mis ojos que mi alma ha sido creada *a imagen del Creador*[4], de manera que es imagen de la imagen –porque mi alma no es expresa e inmediata imagen de Dios, sino que ha sido hecha a semejanza de la primera imagen–, entonces comprenderé que cada uno de nosotros (a la manera de quienes suelen pintar retratos, toman para ello, por ejemplo, la efigie de un rey y aplican todo su arte a copiarla) configura su alma a imagen de Cristo, la dota de una mayor o menor semejanza, la convierte en una imagen pálida y deplorable o en una clara y brillante que corresponde a la fisonomía de la imagen principal.

Por lo tanto, si yo hago grande la imagen de la imagen, es decir, mi alma, y la engrandezco de obra, de pensamiento y de palabra, entonces también la imagen de Dios se engrandece, y el mismo Dios, de quien nuestra alma es figura, se engrandece en ella. Y así como de este modo crece el Señor en nuestra imagen, así también, si somos pecadores, disminuye y se empequeñece.

3. Dicho de otra manera: es verdad que el Señor ni disminuye ni se empequeñece, pero nosotros nos vestimos con otras imágenes distintas de la del Salvador: en vez de la pa-

labra, la sabiduría, la justicia y las demás virtudes[5], asumimos la forma del diablo, de manera que se nos puede llamar *serpientes, raza de víboras*[6].

También adoptamos la figura del león, del dragón y de los zorros cuando somos venenosos, crueles yastutos; sin olvidar la del macho cabrío cuando cedemos al placer[7]. Recuerdo, de cuando yo explicaba el Deuteronomio, que a propósito de aquel pasaje donde está escrito: *No os hagáis imagen alguna de hombre o de mujer, ni de animal alguno*[8], yo dije una vez que, dado que «la Ley tiene un sentido espiritual»[9], unos se construyen la imagen de un varón, otros la de una mujer, aquel se parece a un pájaro, este a un reptil y una serpiente, mientras otro finalmente se hace semejante a Dios[10].

El que lea aquella interpretación sabrá en qué sentido hay que entender esas palabras[11].

4. Así pues, ante todo «el alma de María magnifica al Señor» y a continuación «su espíritu exulta de júbilo en Dios». Porque si antes no nos hemos hecho más grandes, somos incapaces de exultar.

Porque –dice– *ha mirado la humildad de su sierva*[12]. ¿Qué clase de humildad de María ha contemplado el Señor? ¿Qué

tenía de pequeño y humilde aquella que estaba gestando en su seno al Hijo de Dios? Cuando dice «ha mirado la humildad de su sierva», es como si dijera «ha contemplado la justicia de su sierva, ha contemplado su templanza, ha contemplado su fortaleza y su prudencia»[13].

Es completamente adecuado que Dios contemple las virtudes. Pero quizás alguno replique: entiendo que Dios mire la justicia y la prudencia de su sierva, pero no acaba de estar claro cómo es que tiene en cuenta su humildad. Quien se plantea esos interrogantes debería considerar que en la Sagrada Escritura se habla expresamente de la humildad como una de las virtudes.

5. Así, por ejemplo, dice el Salvador: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis la paz para vuestras almas*[14]. Si quieres conocer el nombre que los filósofos dan a esta virtud, advierte que esa humildad que contempla Dios es la misma que ellos llaman ἀτυρία o también μετριότης, es decir «ausencia de orgullo» o «modestia».

Pero también nosotros estamos en condiciones de darle un nombre con una perífrasis: es humilde quien no es engreído, el que se rebaja a sí mismo. Porque el que se engríe, cae, según el Apóstol, «en la jurisdicción del diablo»: efectivamente, este comenzó por el engreimiento y la soberbia. San Pablo dice textualmente: *Para que en su engreimiento no vaya a incurrir en el juicio del diablo*[15].

«Ha mirado la humildad de su sierva». Dios me ha mirado, dice María, porque soy humilde y persigo la virtud de la mansedumbre y la abyección.

6. *Pues he aquí que a partir de ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*[16]. Si entiendo «todas las generaciones» en el sentido más simple, interpreto «los creyentes». Pero si quiero ir algo más a fondo, me percataré de que es preferible añadir *porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso*[17]. Pues, teniendo en cuenta que *quien se humilla será exaltado*[18], Dios ha puesto sus ojos en la humildad de santa María. Por eso «ha hecho cosas grandes en ella el que es poderoso y aquel cuyo nombre es santo».

Y su misericordia se derrama de generación en generación[19]. La misericordia de Dios no se derrama sobre una generación ni sobre dos, no sobre tres, ni siquiera sobre cinco, sino que se extiende «de generación en generación».

Sobre los que lo temen, desplegó el poder de su brazo[20]. Si a pesar de tu debilidad te acercas al Señor, si tienes temor de Dios, podrás escuchar la promesa que el Señor te hace en premio a tu temor.

7. ¿De qué promesa se trata? Dice María: «Desplegó su poder sobre los que lo temen». Fuerza o poder es una cualidad propia de reyes. En efecto, se dice que tiene κράτος –que nosotros podemos traducir por «imperio»– aquel que manda y lo domina todo.

Por tanto, si temes al Señor, Él te da fuerza y poder, te da el dominio para que, sometido al *rey de los reyes*[21],

poseas el reino de los cielos en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*[22].

HOMILÍA IX

Sobre el pasaje: *María permaneció con ella tres meses*, hasta el lugar donde se dice: *y Zacarías habló bendiciendo a Dios* (Lc 1, 56-64).

1. Tanto las palabras que se pronuncian como los hechos que se narran en la Sagrada Escritura deben ser dignos del Espíritu Santo y de la fe en Cristo, a la que los creyentes somos llamados. Por eso, ahora debemos preguntarnos el motivo por el que María, tras haber concebido, fue hasta Isabel y «permaneció con ella tres meses»; o también, la causa por la que Lucas, que escribió la historia del Evangelio, añadió también esto: *que permaneció con ella tres meses y después se volvió a su casa*[1].

Sin duda debe de haber una razón, que mostrará la explicación que sigue, si el Señor se digna abrir nuestro corazón. En efecto, si solo por el hecho de que María fue hasta Isabel y la saludó, «el niño exultó de gozo»; si, «llena del Espíritu Santo», Isabel profetizó lo que está escrito en el Evangelio y solo en una hora se produjeron tan grandes progresos, podemos imaginarnos cómo aprovecharía Juan los tres meses mientras María asistía a Isabel.

2. Ciertamente es inconcebible que, si en un segundo, al instante, exultó el niño e Isabel se alegró y fue llena del Es-

píritu Santo, la presencia durante tres meses de la madre del Señor y del mismo Salvador no haya aprovechado ni a Juan ni a Isabel. Por consiguiente, durante esos tres meses, Juan se entrenaba y se ungía con óleo como en un gimnasio atlético y se preparaba en el seno materno para, tras haber nacido milagrosamente, ser alimentado de una manera aún más admirable.

Porque fue alimentado de un modo inusual, la Escritura no dice nada de cómo su madre lo amamantó, de cómo se sentó en el regazo de su nodriza, sino que inmediatamente sigue: *Y moraba en regiones desérticas hasta el día de su manifestación a Israel*[2].

3. Luego leemos: *A Isabel le llegó el tiempo de dar a luz y parió un hijo*[3]. Muchos piensan que es superfluo decir: «A Isabel le llegó el tiempo de dar a luz y parió un hijo». Porque ¿qué mujer puede dar a luz sin haber cumplido antes el tiempo para el parto? Mas el que medita a fondo las Escrituras y escucha a Pablo, que dice: *Aplícate a la lectura*[4], al examinar si, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está escrito a propósito del nacimiento de un pecador «se cumplió el tiempo para dar a luz», no lo encontrará en ninguna parte.

Por el contrario, allí donde nace un justo, allí se cumplen los días, allí se cumple su llegada al mundo. El nacimiento del justo tiene que ver con plenitud, mientras que el nacimiento de un pecador equivale, por decir así, a vacío y futilidad.

Todo esto a propósito de «se cumplió el tiempo para que diera a luz».

4. A continuación viene que, tras el nacimiento de Juan, *los vecinos y parientes felicitaban*[5] a su madre y querían ponerle nombre en honor a su padre: que se llamara Zacarías. Pero Isabel decía, por inspiración del Espíritu Santo: *Juan es su nombre*[6]. Y al preguntarle los motivos que justificaban el que debiera llamarse precisamente Juan, a pesar de que en su estirpe nadie llevaba ese nombre, se dirigen al padre, que, al no poder responder, escribió de su puño y letra: «Juan es su nombre».

Y en cuanto el punzón quedó impreso en la cera, la lengua, que antes estaba atada, se soltó y se le concedió un modo de hablar que no era humano. Durante el tiempo en que su lengua estaba encadenada era una lengua humana, porque la había encadenado la incredulidad. En el instante en que se liberó, dejó de ser humana *y hablaba bendiciendo a Dios*[7].

Y profetizó lo que está escrito en el Evangelio, sobre lo que hablaremos cuando llegue el momento, si nuestro Señor Jesucristo nos lo concede: *a Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[8].

HOMILÍA X

Sobre el pasaje: *Profetizó lleno del Espíritu Santo*, hasta allí donde se dice: *Tú irás delante del Señor para preparar sus caminos* (Lc 1, 67-76).

1. Lleno del Espíritu Santo, Zacarías pronuncia dos profecías genéricas[1]: una sobre Cristo, otra sobre Juan. Esto se comprueba claramente a raíz de sus palabras, en las que habla del Salvador como si ya estuviera presente y se encontrara en el mundo, y después habla de Juan.

En efecto, *lleno del Espíritu Santo, profetizó diciendo: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo*[2]. Porque Dios visitó a su pueblo y quiso redimirlo, «María», tras haberle hablado el ángel, «permaneció durante tres meses» en la casa de Isabel con el fin de que, por una gracia inefable, la presencia del Salvador actuara no solo en Juan, como acabamos de decir, sino en Zacarías, como ahora explica el texto evangélico.

2. En efecto, también este último crecía poco a poco en el Espíritu Santo a lo largo de los tres meses, se formaba inconscientemente y acabó profetizando de Cristo: *Él ha redimido a su pueblo y levantó a favor nuestro un cuerno de*

salvación en la casa de David[3], porque Cristo nació *de la estirpe de David, según la carne*[4].

Y Él fue verdaderamente «el cuerno de salvación en la casa de David», porque esa profecía concuerda con esta otra: *Mi viña está situada en un cuerno*[5]. ¿De qué «cuerno» se trata? De Cristo Jesús, de aquel de quien ahora se dice: *Él ha redimido a su pueblo y levantó a favor nuestro un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo, como había prometido por boca de sus santos profetas*[6].

3. *Salvación frente a nuestros enemigos*[7]. No pensemos que aquí se habla de enemigos corporales, sino espirituales. Porque el Señor Jesús, *fuerte en la batalla*[8], ha venido para destruir a todos nuestros enemigos, para liberarnos de las insidias que proceden de la mano de todos nuestros enemigos *y de la mano de todos los que nos odian*[9].

Para hacer misericordia con nuestros padres[10]. Yo pienso que Abraham, Isaac y Jacob han gozado de la misericordia de Dios gracias a la venida de nuestro Señor y Salvador. Pues es inimaginable que quienes vieron y se alegraron con antelación de ese día, no hayan sacado provecho de él a su llegada y de su nacimiento virginal. Y ¿qué digo de los patriarcas? Apoyándome en la autoridad de las Escrituras, tendré la audacia de elevarme aún a más altura y diré que la

presencia del Señor Jesús y los planes de su Providencia no solo han sido de provecho para la tierra, sino también para el cielo.

Por eso dice el Apóstol: *Por su sangre en la cruz ha pacificado la tierra y el cielo*[11]. Así pues, si la presencia del Señor ha sido útil para el cielo y para la tierra, ¿por qué va a tener uno miedo de afirmar que su venida ha aprovechado también a nuestros antecesores, para que se cumpliera aquello que dice: *Para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su alianza santa, del juramento que hizo a nuestro padre Abraham*[12], con el fin de concedernos ser libres *del temor al poder de nuestros enemigos*[13]?

4. A menudo algunos hombres son liberados del poder de sus enemigos, pero no «sin temor». Porque cuando ha habido miedo y riesgo y con esos antecedentes uno es arrancado de las manos de sus enemigos, es verdad que ha sido liberado, pero no «sin temor». Ahora bien, la venida de nuestro Señor Jesús nos libera «de la mano de nuestros enemigos sin temor».

Porque no hemos advertido a nuestros enemigos ni los hemos visto luchando, sino que, sin sentirlo, hemos sido arrebatados de repente de sus fauces y de sus asechanzas. *En un instante y en un abrir y cerrar de ojos*[14] nos ha trasladado *a la participación en la herencia de los justos*[15]. Hemos sido liberados *de la mano de nuestros enemigos para que sirvamos al Señor en santidad y justicia, en su presencia, todos los días de nuestra vida*[16].

5. *Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo*[17]. Si me pregunto a mí mismo la razón por la que Zacarías no pro-

fetiza sobre Juan, sino que se dirige a él, diciéndole: «Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo», etc. –porque es superfluo dirigir la palabra a uno que no oye e interpelar a un pequeño lactante–, entonces pienso que puedo encontrar esta: que del mismo modo que Juan nació de una manera milagrosa, vino al mundo tras el anuncio del ángel y llegó a la tierra después de que María habitase durante tres meses en casa de Isabel, así también todo lo que sobre él se ha escrito, se narra como un acontecimiento maravilloso.

Y si dudas de que, apenas salido del vientre de su madre, sea capaz de oír y entender las palabras de su padre: «Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo», considera que fueron más maravillosos los acontecimientos que precedieron: *He aquí que en cuanto sonó en mis oídos tu saludo, exultó de gozo el niño en mi seno*[18].

6. Si el niño, aún encerrado dentro del vientre de la madre, oyó a Jesús y al oírlo exultó y se alegró, ¿por qué no vas a creer que, tras haber nacido, fuera capaz de oír y entender la profecía de su padre, que le decía: *Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque tú irás delante del Señor para preparar sus caminos*[19]?

Por tanto, pienso que Zacarías se apresuró a interpelar al niño porque sabía que poco después comenzaría a habitar en el desierto y no podría estar más en su presencia. En efecto, *el niño moraba en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel*[20].

7. También Moisés habitó en el desierto, pero después de haber huido de Egipto, al cumplir los cuarenta años, y allí cuidó el ganado de Jetró durante otros cuarenta años. Juan, por el contrario, inmediatamente después de nacer se trasladó al desierto, y aquel que *fue el mayor entre los nacidos*

de mujer[21] se mostró digno de recibir una educación más elevada. De él dice el profeta: *He aquí que envío a mi ángel ante tu faz*[22]. Con razón se llama ángel a aquel que fue enviado[23] delante del Señor y pudo oír y entender, en cuanto nació, la profecía de su propio padre.

Por eso, nosotros, que creemos en tantos milagros, creamos igualmente en la resurrección, creamos también en las promesas que han de venir del reino de los cielos, que el Espíritu Santo nos promete cada día. Todas esas maravillas, tal como están escritas, las recibiremos, más de lo que podemos imaginarnos, en Cristo Jesús, *de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[24].

HOMILÍA XI

Sobre el pasaje: *Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu*, hasta el lugar donde dice: *Este fue el primer empadronamiento que se hizo bajo el gobernador de Siria, Quirino* (Lc 1, 80 - 2, 2).

1. Para la Sagrada Escritura hay dos tipos de crecimiento: uno corporal, en el que la voluntad humana no tiene ningún poder, y otro espiritual, en el que el esfuerzo del hombre constituye la causa del crecimiento[1].

Pues bien, de este crecimiento que hemos citado en segundo lugar, del espiritual, habla el evangelista ahora: *Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu*[2]. Es así como lo afirma: «crecía en espíritu», y no permanecía en la misma medida en que había comenzado, sino que constantemente el espíritu crecía en él, y de hora en hora y de momento en momento, a la vez que crecía su espíritu, también progresaba el alma. Y no solo progresaba el alma, sino que también los sentidos y la inteligencia secundaban el crecimiento de su espíritu[3].

No sé cómo pueden explicar aquello que mandó el Señor: *Creced y multiplicaos*[4] quienes lo entienden en sentido físico y al pie de la letra. Porque admitamos que «multiplicaos» se refiere al número, y por eso, mientras se producen más de los que eran antes, tiene lugar esa multiplicación; pero lo que sigue: «creced», eso no está en nuestro poder[5].

2. Pues ¿qué ser humano no querría *añadir algo a su estatura*[6] para ser más alto? Ahora bien, si cualquier mandamiento puede ser cumplido –verdaderamente no tiene ningún sentido mandar algo a quien no puede cumplir la orden que le das– y si nos manda que crezcamos, es seguro que se nos manda algo que podemos hacer.

¿Quieres saber cómo hay que entender el «creced»? Escucha lo que hizo Isaac, de quien se dice: *Isaac progresaba y se hacía cada vez mayor, hasta que se hizo grande, incluso en exceso*[7]. Porque sin cesar, tendiendo hacia lo más perfecto, su voluntad hacía progresos, su mente contemplaba una realidad cada vez más divina y su memoria se ejercitaba de modo que guardaba un tesoro cada vez mayor y lo conservaba con firmeza.

Y de este modo ocurrió que el que había cultivado todas las virtudes en el campo de su alma, cumplió el mandamiento que le ordenaba: «creced».

3. Esta es la razón por la que Juan crecía y se multiplicaba cuando aún era un niño pequeño. Aunque es muy difícil que un niño pequeño crezca en espíritu, y rarísimo entre los mortales, sin embargo «el niño crecía y se fortalecía en espíritu». Una cosa es «crecía» y otra «se fortalecía».

La naturaleza humana es débil y para hacerse fuerte necesita el auxilio divino. Leemos: *La carne es flaca*[8]. Por consiguiente, ¿con qué auxilio debe ser fortalecida? Sin duda con el espíritu, «porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil». Quien quiera hacerse más fuerte, no debe fortalecerse sino con el espíritu.

Muchos se fortalecen físicamente, vigorizan su cuerpo; pero el atleta de Dios debe fortalecer su espíritu y, una vez vigorizado este, rechazará la sabiduría de la carne y, tras haberse convertido en un ser espiritual, someterá el cuerpo al imperio del espíritu.

No pensemos, pues, que las palabras «crecía y se fortalecía en el espíritu» describen simplemente la historia de Juan, que no tiene nada que ver con nosotros; al contrario, han sido escritas para que las imitemos, de modo que «multiplicados» espiritualmente, en el sentido que hemos dicho, realicemos progresos.

4. *Y habitaba en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel*[9]. He explicado hace un momento cuán extraordinaria fue la concepción de Juan, cuando «el niño exultó en el seno» y antes de nacer reconoció a su Señor. También he dicho que no fue menos milagroso su nacimiento, cuando las palabras proféticas de Zacarías se dirigieron a él, como si las entendiera, diciéndole: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo*[10].

Por tanto, después de semejante concepción y nacimiento, es lógico que no esperara ser alimentado por su padre y por su madre «hasta el día de su manifestación a Israel», sino que se retirara, huyendo del ruido de las aglomeraciones, de la afluencia del pueblo, de los vicios de las ciuda-

des, y se fuera al desierto, donde el aire es más puro, el cielo más abierto y Dios más familiar[11]; todo esto con el fin de, puesto que aún no había sido revelado el sacramento[12] del bautismo ni llegado el tiempo de su predicación, dedicarse a la oración y a conversar con los ángeles, hablar al Señor y que este la oyera a la vez que le respondía con estas palabras: *Aquí estoy*[13].

Porque del mismo modo que *Moisés hablaba y Dios le respondía*[14], así también pienso que Juan hablaría en el desierto y el Señor le respondería.

5. Y pienso esto movido por una razón decisiva, tomada de las Escrituras. Porque si *entre los nacidos de mujer no ha habido nadie mayor que Juan Bautista*[15] y Dios respondió a Moisés, lógicamente respondió también a Juan, que fue mayor que Moisés, que fue alimentado en el desierto, cuyo nacimiento fue anunciado por el mismo arcángel que anunció el del Señor y cuyo padre perdió el habla por no haber creído que nacería.

Así pues, Juan «estaba en el desierto» y se alimentaba de una manera nueva y fuera de lo habitual para un hombre. Mateo nos lo recuerda: *Se alimentaba con langostas y miel silvestre*[16]. Y dado que Juan fue el ministro de la primera venida del Salvador, puesto que hablaba exclusivamente de la economía de la Encarnación del Señor y su predicación profética cantaba a Aquel que había nacido de una Virgen,

no se alimentó de una miel familiar y elaborada por la mano del hombre, sino de una silvestre.

Y en cuanto al insecto que era su alimento, no era un ave grande que se eleva a las alturas, sino un insecto pequeño que apenas se remonta de la tierra y más bien salta en vez de volar[17].

¿Qué más? Se afirma con toda claridad que las langostas, un animal pequeño y puro, eran su alimento. Por tanto, considerad, hermanos queridísimos, que así como había nacido de una manera novedosa, así también se alimentó de un modo nuevo.

6. Después de esto, continúa la Escritura: *Ocurrió en aquellos días que se promulgó un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este fue el primer empadronamiento, cuando Cirino era gobernador de Siria*[18].

Alguien podría interpelar al Evangelista: «¿Para qué me sirve este relato que cuenta a la vez que este fue "el primer empadronamiento" de todo el mundo bajo el imperio de César Augusto, que José fue en medio de todo el mundo a inscribir su nombre en el censo *junto con María, su esposa, que estaba encinta*[19] y que allí, antes de que acabara el empadronamiento, tuvo lugar el nacimiento de Jesús?».

Para quien mira más de cerca, da la impresión de que esto simboliza un misterio[20]: fue oportuno que Cristo quedara registrado en este empadronamiento de todo el mundo a fin de que, estando inscrito con todos, pudiera santificar a todos y, empadronado con el mundo, pudiera ofrecer al or-

be entero vivir en comunión con Él; y también para, tras este empadronamiento, inscribir a todos los hombres junto a sí en *el libro de los vivos*[21], y después «inscribir» a todos aquellos que hayan creído en Él *en los cielos*[22], junto a los santos de Aquel *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[23].

HOMILÍA XII

Sobre el pasaje: *Un ángel viene del cielo y anuncia a los pastores el nacimiento del Señor* (cf. Lc 2, 8-12).

1. Mi Señor Jesús[1] ha nacido y un ángel desciende del cielo para anunciar su nacimiento. Veamos, pues, a quién ha ido a buscar para anunciar su llegada. No vino a Jerusalén, no fue a buscar a los escribas y fariseos, no entró en la sinagoga de los judíos, sino que encontró *a unos pastores que vigilaban por turno su rebaño*, y les dijo: *Hoy os ha nacido un Salvador que es el Cristo Señor*[2].

2. ¿Piensas acaso que las palabras de la Escritura no significan algo más divino, sino que dicen tan solo eso: que un ángel vino a los pastores y les habló?

Escuchad, pastores de las iglesias, pastores de Dios, que su ángel sigue bajando del cielo y anunciándoos que «hoy os ha nacido un Salvador que es el Cristo Señor». En efecto, si este Pastor no ha venido, los pastores de las iglesias no podrán por sí mismos guardar bien las ovejas: su custodia es débil si Cristo no apacienta y guarda las ovejas con ellos.

Acabamos de leer en el Apóstol: *Nosotros somos colaboradores de Dios*[3]. Un buen pastor, que imita al Buen Pastor,

es colaborador de Dios y de Cristo; y por eso es un buen pastor todo aquel que tiene consigo al mejor de los pastores apacentando la grey. Porque *Dios ha colocado en la Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, doctores, todo ello con vistas a la perfección de los santos*[4].

Sea dicho todo esto a propósito del sentido inmediato.

3. Pero si es necesario elevar nuestra mente a un nivel más profundo, diré que algunos de esos pastores eran ángeles encargados de gobernar los asuntos humanos[5]. Y como cada uno de ellos aseguraba la guardia y, a pesar de que vigilaba día y noche, ya no era capaz de soportar la tarea a la que se dedicaba celosamente –es decir, gobernar las naciones que le habían sido confiadas–, tuvo que venir un ángel del Señor y anunciar a esos pastores que el verdadero Pastor acababa de nacer.

Por poner un ejemplo histórico, había un pastor en Macedonia que necesitaba el auxilio del Señor. Por eso se apareció a Pablo en sueños un varón macedonio que le dijo: *Pasa a Macedonia, ayúdanos*[6]. Mas ¿por qué hablo de Pablo, cuando estas palabras no se dirigen a él, sino a Jesús que vivía en él?

Así pues, los pastores necesitan la presencia de Cristo. Por eso, un ángel desciende del cielo y dice: *No temáis, he aquí que os anuncio una gran alegría*[7].

4. Era una gran alegría, ciertamente, para aquellos a cuyo cargo estaban confiados hombres y provincias, que Cristo hubiera venido al mundo. Gran ayuda recibió también el ángel al que estaban confiados los asuntos de Egipto, con el fin de que una vez que el Señor descendió del cielo, los egipcios se hicieran cristianos. Sirvió de mucho a todos los

ángeles que se ocupaban de las diversas provincias, por ejemplo al guardián de Macedonia, al guardián de Acaya y a los de las demás regiones. En efecto, no es justo creer que los ángeles malos presiden los destinos de cada una de las provincias y que esas mismas provincias y regiones no tienen atribuidos ángeles buenos.

Pero pienso que lo mismo que se dice de cada provincia se debe también creer igualmente de todos y cada uno de los hombres. A cada uno le asisten dos ángeles, uno de justicia y otro de iniquidad. Si nuestro corazón lo ocupan buenos pensamientos y si la justicia ha producido abundantes frutos en nuestra alma, no cabe duda de que en nosotros habla el ángel del Señor.

Si, por el contrario, en nuestro corazón se agitan malos pensamientos, nos habla el ángel del diablo. Porque del mismo modo que para cada hombre hay dos ángeles, así también, a mi modo de ver, hay dos ángeles diferentes para cada provincia, de manera que los hay buenos y los hay malos.

5. Por ejemplo, eran guardianes de Éfeso ángeles de la peor especie, a causa de los pecadores que vivían en aquella ciudad. Pero también en razón de que en ella se encontraban muchos creyentes, había también un ángel de la iglesia de Éfeso que era realmente bueno. Y lo que hemos dicho de Éfeso, hay que reconocerlo para todas las provincias.

Antes de la venida de nuestro Señor y Salvador, esos ángeles podían aportar una pequeña ayuda a quienes les estaban encomendados y era imposible que sus esfuerzos tuvieran consecuencias.

¿Qué indicios hay de que pudieran ser de poco provecho a los que les estaban sometidos? Escucha atentamente lo que ahora decimos: cuando el ángel de los egipcios ayudaba a los egipcios, apenas había un prosélito que creyera en Dios: y eso ocurría a pesar de que un ángel se ocupaba de ellos.

6. Al final, dado que muchos prosélitos de Egipto y la Idumea[8] recibieron la fe en Dios, la Escritura dice: *No abominarás al egipcio, porque vosotros erais extranjeros en la tierra de Egipto, ni al idumeo porque es hermano tuyo. Si les nacen hijos, entrarán en la Iglesia de Dios a la tercera generación*[9]. Y así todas las naciones aportaban algunos prosélitos, precisamente gracias a los esfuerzos de los ángeles a los que esas gentes estaban sometidas.

Ahora, sin embargo, pueblos enteros de creyentes acceden a la fe en Jesús, y los ángeles a quienes han sido confiadas las iglesias, fortalecidos por la presencia del Salvador, aportan un gran número de prosélitos con el fin de congregar comunidades cristianas en todo el mundo.

Por eso, levantémonos[10] para alabar al Señor y hagamos del Israel carnal un Israel espiritual. Bendigamos al Dios omnipotente de pensamiento, palabra y obra en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[11].

HOMILÍA XIII

Sobre el texto: *Y apareció una muchedumbre de la milicia celestial*, hasta el lugar donde dice: *Encontraron a María y a Jesús reclinado en el pesebre* (Lc 2, 13-16).

1. Nuestro Señor y Salvador nace en Belén y «una multitud de la milicia celestial» da gloria a Dios y dice: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*[1]. La multitud de la milicia celestial habla así porque ya había cesado de prestar su ayuda a los hombres y veía su incapacidad de realizar la obra que le había sido confiada sin Aquel que verdaderamente podía salvar y ayudarlos también a ellos, que eran sus guías, para que el género humano se salvara.

Por eso el Evangelio describe de un modo analógico que unos hombres, fatigados de haber surcado el mar con sus remos en contra de los vientos, no podían alcanzar el puerto tras haber avanzado a duras penas de veinticinco a treinta estadios, hasta que el Señor se presentó e hizo que se calmaran las olas embravecidas, liberando así de un peligro inminente a la nave, cuyos flancos eran batidos por las aguas[2].

2. Comprende que así ocurre con los ángeles que querían ofrecer su ayuda a los hombres y sanarlos de sus enfermedades, porque *todos ellos son espíritus dispuestos a servir, enviados en ayuda de aquellos que conseguirán la salvación*[3]. Por tanto, ayudaban en la medida de sus fuerzas a los hombres, pero veían que sus remedios eran muy inferiores a lo que exigía su curación.

En fin, para que puedas comprender lo que digo, imagínate una ciudad en la que hay una multitud de enfermos y un gran número de médicos; supongamos que hay heridas de todo tipo y que cada día se extiende la serpiente de la putrefacción en las carnes ya muertas, mientras los médicos encargados de su cura no pueden encontrar remedios ni atajar la fuerza de la enfermedad con la ciencia de su arte.

Estando así las cosas, supongamos que llega un médico extraordinario que posee un gran conocimiento de su arte[4]. Aquellos que antes no podían curar, al ver que a manos de ese maestro se retira la gangrena de las heridas, no lo envidiarán, no se corroerán de celos, sino que prorrumpirán en alabanzas a ese médico y celebrarán a Dios que les ha enviado, a ellos y a los enfermos, un hombre de tanta ciencia.

3. Así pues, por una razón análoga, se oye a «una multitud del ejército» de los ángeles que dice: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Porque el Señor, una vez venido a la tierra, *ha pacificado por la sangre de su cruz a los seres que estaban en la tierra, tanto como a los que estaban en los cielos*[5]. Así

pues, los ángeles querían que los hombres se acordaran de su Creador: ellos, que habían hecho todo lo que estaba en su poder para curar a los hombres y estos no habían querido recibir la salud, ahora contemplan a Aquel que puede curar y lo glorifican, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz».

4. Un lector atento de la Escritura se preguntará cómo es que el Salvador dice: *No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada*[6], mientras que ahora los ángeles cantan en su nacimiento: «Paz en la tierra». Asimismo, cómo en otro lugar se dice sobre su persona: *Mi paz os doy, la paz os dejo; yo no doy la paz como este mundo la da*[7].

Vea ese lector si puede resolver la cuestión con la aportación que hacemos a continuación. Si estuviera escrito simplemente: «Paz en la tierra» y la frase se cortara ahí, surgiría la dificultad. Pero lo que se añade, lo que se dice después de «paz», es decir, «a los hombres de buena voluntad», resuelve la cuestión.

Es más, la paz que el Señor no trae «a la tierra» no es «la paz de la buena voluntad». En efecto, Él no dice simplemente: «no he venido a traer la paz», sino que añade «a la tierra». Y no ha dicho: «no he venido a traer la paz a la tierra de buena voluntad», porque eso sí sería una contradicción[8].

5. Los ángeles han dirigido a los pastores estas palabras, que no solo se pronunciaban para aquel momento. Pero, aún hoy día, si los ángeles no hubieran hablado a los pastores y no hubieran colaborado con ellos, estos últimos oi-

rían que se les dice: *Si el Señor no construye la casa, en vano han trabajado los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la custodia*[9].

Si se le permite un lenguaje audaz a uno que persigue el sentido de las Escrituras, yo diría que en todas las iglesias hay dos obispos: uno visible y otro invisible; el primero se manifiesta a los ojos de la carne, el segundo a los de la inteligencia[10].

Y si un hombre ha realizado bien la tarea que le ha sido encomendada, es alabado por el Señor; si la ha hecho mal, está sometido a la culpa y al vicio. Así ocurre también con los ángeles, porque está escrito en el Apocalipsis de Juan: *Pero tienes allí pocos nombres que no se han ensuciado*[11]; o esto otro, un poco más arriba: *Tienes allí a quienes enseñan la doctrina de los nicolaítas*[12]; y más tarde: «Tienes a los que cometen tal o cual pecado», y con esas palabras son acusados los ángeles que tienen encomendadas esas iglesias[13].

6. Por tanto, si los ángeles se preocupan del modo como gobiernan las iglesias, ¿es necesario hablar de los hombres y de cuánto temor han de tener con vistas a ser capaces de conseguir la salvación, trabajando en colaboración con los ángeles que se ocupan de ellas?

Yo pienso que es posible encontrar a la vez un ángel y un hombre que sean buenos obispos de la Iglesia y que de algún modo participen en una tarea común. Siendo esto así, pidamos al Dios todopoderoso que los obispos de las igle-

sias, ángeles y hombres, nos sirvan de ayuda y sepamos que los unos y los otros serán juzgados por el Señor según lo que hayan hecho por nosotros.

Y si, al ser juzgados, no se ha encontrado en ellos ni vicios ni pecados por una actitud de falta de celo, sino por negligencia de nuestra parte, nosotros seremos acusados y castigados. Puesto que ellos han puesto todo su esfuerzo y se han afanado por nuestra salvación, seremos nosotros quienes de ningún modo estaremos libres de culpa.

También ocurre muchas veces que nosotros nos esforzamos, mientras ellos no cumplen su tarea y son culpables[14].

7. *Y ocurrió* –dice la Escritura– *que, luego que los ángeles se apartaron de ellos hacia el cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Vayamos hasta Belén y veamos este hecho que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado. Y vinieron presurosos y encontraron a María, a José y al Niño*[15].

Porque habían venido presurosos y no lentos ni con paso cansino, encontraron a José, que había preparado el nacimiento del Señor[16], y a María, que había dado a luz a Jesús, y al mismo Salvador «que estaba reclinado en un pesebre».

Este es el pesebre que el profeta había anunciado, al decir: *El buey ha conocido a su propietario y el asno el pesebre de su dueño*[17]. El buey es un animal puro, el asno uno impuro[18]. «El asno conoció el pesebre de su dueño». No ha

sido el pueblo de Israel el que ha conocido el pesebre de su dueño, sino el animal impuro de los paganos. Dice la Escritura: *Pero Israel no me ha conocido y mi pueblo no me ha comprendido*[19].

Comprendiendo este pesebre, esforcémonos por conocer al Señor, ser dignos de ese conocimiento y asumir no solo el nacimiento y la resurrección de su carne, sino también la segunda llegada sublime de la majestad de Aquel *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[20].

HOMILÍA XIV

Sobre el texto: *Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo*, hasta el lugar donde dice: *Un par de tórtolas o dos pichones* (Lc 2, 21-24).

1. Cristo *al morir, ha muerto al pecado*[1]; no porque él en persona hubiera pecado, *porque ni cometió pecado ni en su boca ha habido lugar para la mentira*[2], sino que murió a fin de que, gracias a su muerte por los pecados, nosotros, que estábamos muertos, no viviéramos más para el pecado y los vicios.

Por eso está escrito: *Si hemos muerto con Él, también viviremos con Él*[3]. Por tanto, del mismo modo que «morimos con Él» el día de su muerte y resucitamos con Él el día de su resurrección, así también fuimos circuncidados con Él y después de la circuncisión hemos sido purificados con una purificación solemne.

Así pues, no tenemos en absoluto necesidad alguna de una circuncisión de la carne. Y para que sepas que Él fue circuncidado por nuestra causa, escucha lo que predica Pablo de un modo clarísimo: *En Él* –dice– *habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y vosotros estáis llenos de Aquel que es la cabeza de todo Principado y Potestad; también en Él habéis sido circuncidados con una circuncisión que*

no procede de la mano del hombre, al haberos despojado de vuestro cuerpo carnal en la circuncisión de Cristo y haber sido sepultados con Él en el bautismo: en ese bautismo también nosotros hemos resucitado[4] *con Él por la fe en el poder de Dios, que lo ha resucitado a Él de entre los muertos*[5].

Por tanto, su muerte, su resurrección y su circuncisión han tenido lugar por nosotros.

2. Dice la Escritura: *Cuando se cumplieron los días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido*[6]. El nombre glorioso de Jesús, dignísimo de toda adoración y culto, *un nombre que está por encima de todo nombre*[7], no fue oportuno que fuera pronunciado por primera vez por labios de hombre ni que fuera introducido en el mundo por ellos, sino por una naturaleza superior y más elevada[8].

Por eso el evangelista ha añadido expresamente las palabras, diciendo: «Le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno».

3. A continuación añade: *Cumplidos los días de la purificación de ellos*[9], *según la Ley de Moisés, lo llevaron a*

Jerusalén[10]. Dice, «a causa de la purificación de ellos». ¿Quiénes son ellos? Si estuviera escrito «a causa de la purificación de ella», es decir de María, que había dado a luz, no surgiría ninguna cuestión y con audacia podríamos decir que María, como todo ser humano, necesitaba purificación después del parto.

Ahora bien, puesto que dice: «los días de la purificación de ellos», parece que no se refiere solo a una persona, sino a dos e incluso a varias. ¿Significa esto que Jesús necesitó purificación y fue impuro o estuvo manchado por algún tipo de inmundicia? Puede parecer que hablo de manera temeraria, pero lo hago movido por la autoridad de las Escrituras.

Mira lo que está escrito en el libro de Job: *Nadie está exento de inmundicia, ni siquiera uno cuya vida haya durado un solo día*[11]. No dice: «nadie está exento de pecado», sino «nadie está exento de inmundicia». Porque «inmundicia» no es sinónimo de «pecado»; y para que sepas que «inmundicia» significa una cosa y «pecado» otra, Isaías lo enseña con toda claridad cuando dice: *El Señor lavará la inmundicia de los hijos y las hijas de Sión y purificará la sangre derramada en medio de ellos: lavará la inmundicia con el soplo de su justicia, y la sangre con el soplo de la destrucción*[12].

4. Toda alma revestida de un cuerpo humano tiene sus inmundicias[13]. Y para que sepas que incluso Jesús ha sido manchado por su propia voluntad, dado que había asumido un

cuerpo humano para nuestra salvación, escucha al profeta Zacarías, que dice: *Jesús estaba cubierto con vestidos manchados*[14].

Esta frase está dirigida contra quienes niegan que nuestro Señor haya tenido un cuerpo humano, sino que había sido formado de elementos celestiales y espirituales[15]. Porque si efectivamente su cuerpo estuvo compuesto de elementos celestiales y –según afirman esas personas erróneamente– siderales o de una naturaleza más sublime y espiritual, tienen que explicar por qué ese cuerpo suyo espiritual ha podido mancharse y cómo interpretan lo que hemos expuesto: que «Jesús estaba cubierto con vestidos manchados».

O, si se ven obligados por necesidad a entender «un cuerpo espiritual» en el sentido de «con vestidos manchados», deben admitir en consecuencia que, puesto que se ha cumplido el contenido de las promesas –es decir, que *se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual*[16]–, resucitaremos manchados y sucios. Solo pensar esto es impío, sobre todo cuando se sabe que está escrito: *Se siembra un cuerpo en la corrupción, resucitará en la incorrupción; se siembra en la ignominia, resucitará en la gloria; se siembra en la debilidad, resucitará en la fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucitará un cuerpo espiritual*[17].

5. Así pues, fue conveniente que lo que según la Ley era habitual que purificara las inmundicias, se ofreciera por nuestro Señor y Salvador, que se había «cubierto con vestidos manchados» y asumido un cuerpo terreno[18].

Aprovecho este pasaje para tratar de nuevo una cuestión que se plantea con frecuencia entre nuestros hermanos. Los niños reciben el bautismo *para la remisión de los pecados*[19]. ¿De qué pecados?, o ¿cuándo han pecado?, o ¿cómo se puede mantener este motivo para el bautismo de los niños si no se admite la interpretación que acabamos de dar al pasaje: *Nadie está exento de inmundicia, ni siquiera uno cuya vida haya durado un solo día*[20]?

Y, dado que por el sacramento del bautismo se abandonan las manchas de nacimiento, he aquí el motivo por el que se bautiza a los niños. En efecto, *si uno no nace del agua y del Espíritu, no podrá entrar en el reino de los cielos*[21].

6. «Cuando se cumplieron los días de su purificación», dice el evangelista. Se cumplen esos días también en un sentido espiritual. En efecto, el alma no está purificada desde el nacimiento, ni en ese mismo momento puede conseguir una pureza perfecta. Pero, como está escrito en la Ley: *Si da a luz un varón, la madre permanecerá siete días en la sangre impura, luego treinta días en la sangre pura y finalmente ella y el niño estarán en una sangre purísima*[22].

Así, dado que *la Ley es espiritual*[23] y *posee la sombra de los bienes futuros*[24], podemos comprender que nuestra verdadera purificación tiene lugar al cabo de un tiempo.

Yo pienso que incluso después de la resurrección de los muertos necesitaremos un sacramento que nos lave y nos purifique[25] –porque nadie podrá resucitar sin manchas–, y que es imposible encontrar un alma que en un instante esté exenta de todo tipo de vicios.

De ahí que en la regeneración del bautismo se realiza un misterio: que, del mismo modo que Jesús, según la economía de la Encarnación, fue purificado por una ofrenda, así también nosotros somos purificados por una regeneración espiritual.

7. *Lo llevaron, de acuerdo con la ley de Moisés, a Jerusalén, para ofrecerlo en la presencia del Señor*[26]. ¿Dónde están los que no reconocen al Dios de la Ley y afirman que no es Él, sino otro, el que ha sido revelado por Cristo en el Evangelio[27], según aquello de: *Dios ha enviado a su Hijo, formado de una mujer, sometido a la Ley*[28]?

¿Es, por tanto, necesario pensar que el Dios bueno ha sometido a su Hijo a la Ley del Creador y al poder de un enemigo, un poder que Él mismo no había dado? Más bien ha sido sometido a la Ley *a fin de que pudiera redimir a quienes estaban bajo la Ley*[29] y someterlos a otra ley de la que hace un momento hemos leído: *Escucha, pueblo mío, mi ley*... etc.[30].

Así pues, «lo llevaron, para ofrecerlo en la presencia del Señor». ¿Qué precepto de la Escritura están cumpliendo? Seguramente aquel que dice: *Como está escrito en la Ley de Moisés, que todo varón primogénito sea consagrado al*

Señor[31] y *tres veces al año comparecerá todo varón ante la presencia del Señor Dios*[32].

Los varones que eran consagrados porque habían abierto la vulva de la madre eran ofrecidos ante el altar del Señor. La Escritura dice: «Todo varón que abre la vulva» ¿suena aquí como algo sagrado?

Porque si bien es verdad que cualquier varón es expulsado del seno de su madre, no abre su vulva de la misma manera que Jesús nuestro Señor; porque a todas las mujeres les abre la vulva no el parto del hijo, sino el coito con su marido.

8. En verdad el seno de la madre del Señor se abrió en el momento en que dio a luz, porque antes del nacimiento de Cristo ningún varón había tocado aquel seno santo y digno de toda veneración. Me atrevo a hablar de este tema también porque en aquellas palabras que están escritas –*El Espíritu de Dios descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*[33]– se expresa dónde está el origen del semen y de la concepción, así como que el nuevo feto se desarrolló en el seno de María sin que la vulva hubiera sido abierta.

Por eso dice el mismo Salvador: *Yo soy un gusano y no un hombre, el oprobio del género humano y el rechazado por la plebe*[34]. Desde el seno materno veía la impureza de los cuerpos y sufría las angustias de los despojos de la tierra, rodeado como estaba por las entrañas de su madre. Por eso se compara con un gusano y dice: «yo soy un gusano, no un hombre».

De ordinario el ser humano nace ciertamente de la unión de un varón y una mujer, pero yo no he nacido de un hom-

bre y una mujer según las leyes de la naturaleza humana, sino a la manera de un gusano, cuyo origen no está en un semen ajeno, sino en los cuerpos mismos en los que se desarrolla[35].

9. Por eso, puesto que «todo varón primogénito será consagrado al Señor», fue llevado a Jerusalén, para ser presentado al Señor y para lo que viene a continuación: *Presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones, según lo mandado en la Ley del Señor*[36].

Vemos un par de tórtolas y dos pichones presentados por el Salvador. Yo pienso que son dichosas estas aves que fueron ofrecidas en sacrificio por el nacimiento del Señor; y si admiro a la burra de Balán y me la imagino llena de felicidad porque fue digna no solo de contemplar al ángel del Señor, sino de abrir la boca y expresarse en un lenguaje humano[37], mucho más celebro y ensalzo a estos pájaros que fueron ofrecidos en sacrificio ante el altar por nuestro Señor y Salvador. *Para presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones*[38].

10. Quizá pueda parecer que mi comentario encierra alguna novedad, pero que es poco digno de lo elevado del tema. Pero si el nacimiento del Salvador fue una novedad, dado que no se produjo del encuentro de un hombre y una mujer, sino solo de una virgen, del mismo modo este par de tórtolas o dos pichones no fueron tal como nosotros los contemplamos con los ojos de la carne, sino que representan al Espíritu Santo, que *descendió bajo la forma de una paloma y vino*[39] sobre el Salvador cuando fue bautizado en el Jordán.

Algo análogo sucedió con este par de tórtolas: aquellos pájaros no eran como estos que vuelan por los aires, sino que bajo la apariencia de la paloma y la tórtola se manifestaba una realidad divina por encima de cualquier percepción humana; de ese modo, el que nacía y había de sufrir por el mundo entero no era purificado ante los ojos del Señor por las mismas víctimas que los demás hombres, sino que, puesto que la economía divina lo renovaba todo, era necesario también que las víctimas fueran nuevas, de acuerdo con la voluntad del Dios omnipotente en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[40].

HOMILÍA XV

A propósito de Simeón y de su llegada al Templo, movido por el Espíritu Santo, hasta el pasaje: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo* (Lc 2, 25-29)

1. Debemos buscar el motivo por el que *Simeón, un hombre justo y agradable a Dios* –así lo describe el Evangelio– *que esperaba la consolación de Israel, recibió del Espíritu Santo la revelación de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor*[1].

¿De qué le sirvió ver a Cristo? ¿Estaba contenido en la promesa solo la visión de Cristo, sin que de esa visión fuera a conseguir algún provecho, o bien se oculta en ella algún don digno de Dios que el justo Simeón recibió por haberlo merecido?

Una mujer tocó el borde de la túnica de Jesús y fue curada[2]. Si aquella mujer tuvo una recompensa tan grande por alcanzar el extremo del borde del vestido, ¿qué pensar de Simeón, que «recibió en sus brazos» al niño y teniéndolo en ellos se alegraba y llenaba de gozo al ver que portaba al niño que había venido a liberar a los cautivos y que él mismo iba a ser liberado de las cadenas del cuerpo? Él sabía que nadie, fuera de aquel niño que tenía en sus brazos, era capaz de soltar a alguien de la prisión del cuerpo[3] con la esperanza de una vida futura.

2. Por eso, también se dirige a Él diciendo: «Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo». Porque durante todo el tiempo en que no tenía a Cristo, durante todo el tiempo en que no lo estrechaba entre mis brazos, estaba prisionero y era incapaz de soltarme de mis cadenas.

Estas palabras hay que entenderlas no solo a propósito de Simeón, sino de todo el género humano. Si alguien sale de este mundo, si alguien es liberado de una prisión y de un lugar de cautivos para dirigirse a reinar, que tome a Jesús en sus manos, que lo rodee con sus brazos, que lo guarde por entero en su corazón y entonces podrá ir adonde quiera lleno de alegría[4].

Considerad cuántas cosas han sido preparadas de antemano por la Providencia para que Simeón mereciera tener en sus brazos al Hijo de Dios. En primer lugar había recibido del Espíritu Santo la revelación de que *no moriría antes de ver al Cristo del Señor*[5].

3. Después, no fue simplemente por azar por lo que entró en el templo, sino que *vino al templo movido por el Espíritu de Dios; porque todos aquellos que son guiados por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*[6]. Así pues, el Espíritu Santo lo condujo al templo.

También tú, si quieres tener a Jesús, rodearlo con tus brazos y ser digno de salir de la cárcel, dirige todo tu esfuerzo a dejarte guiar por el Espíritu y venir al templo de Dios.

He aquí que ahora estás en el templo del Señor Jesús, esto es, en su Iglesia, el templo construido *con piedras vivas*[7]. Y tú te encuentras en el templo del Señor cuando tu vida y

tu comportamiento son verdaderamente dignos de ese nombre: «Iglesia».

4. Si vienes «al templo guiado por el Espíritu», encontrarás al niño Jesús, lo tomarás en tus brazos y dirás: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo, según tu palabra*[8]. Y al mismo tiempo observa que la paz se añade a la liberación y a la salida de este mundo. Porque no dice «quiero morir», sino que añade «en paz».

En efecto, también al bienaventurado Abraham se le prometió: *Tú te unirás con tus antepasados en paz, tras haber vivido una buena vejez*[9]. ¿Quién es el que muere en paz, sino quien posee la paz de Dios, que supera toda comprensión y guarda el corazón[10] de quien la posee? ¿Quién es el que sale en paz de este mundo, sino el que comprende que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo[11], y no se considera enemigo y adversario de Dios en nada, sino que, tras haber logrado por sus buenas obras la plenitud de la paz y la concordia, se va en paz para reunirse con los santos patriarcas a los que se unió Abraham?

5. ¿Para qué hablo de los patriarcas? Ahora se trata de irse hasta el príncipe y señor de los patriarcas, Jesús, del que se dice: *Es mejor morir y estar con Cristo*[12]. Posee a Jesús quien se atreve a decir: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*[13].

Por tanto, para que, por estar en el templo y tener entre nuestros brazos al Hijo de Dios, también nosotros seamos dignos de ser liberados y partir hacia una existencia mejor, roguemos al Dios omnipotente, roguemos también al Niño Jesús, a quien deseamos hablar y tener en nuestros brazos. *A Él pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[14].

HOMILÍA XVI

Sobre el texto: *Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían acerca de Él*, hasta el pasaje: *He aquí que ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel* (Lc 2, 33-34).

1. «Su padre y su madre –dice el evangelista– estaban admirados por las cosas que se decían acerca de Él». Resumamos todo lo que está escrito sobre Jesús, con ocasión de su nacimiento, y entonces podremos apreciar cuántos detalles son dignos de admiración.

Por eso se admiraba su padre –José recibe ese nombre porque fue su padre nutricio– y también se admiraba su madre por todo lo que «se decía de Él». ¿Cuáles son esas maravillas que la fama había difundido a propósito del niño Jesús?

«Había unos pastores en aquella región que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche». A la misma hora del nacimiento de Jesús vino un ángel y les dijo: «Os anuncio una gran alegría: id y encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre».

Apenas había pronunciado el ángel estas palabras y he aquí que «una muchedumbre de la milicia celestial» comenzó a alabar y bendecir a Dios. Tras haber contemplado los pastores temerosos ese espectáculo y «después de que el ángel se apartó de ellos, se decían unos a otros: Vayamos hasta Belén y veamos este hecho que el Señor nos ha manifestado».

Vinieron y encontraron al niño. Tanto ellos como los padres estaban admirados ante lo que había sucedido.

2. A este respecto, también de Simeón está escrito que contribuyó a esa fama y que en buena parte contribuyó a ese asombro[1]. Porque dijo, teniendo al niño en sus brazos: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación*[2]. Estas palabras de Simeón fueron el punto álgido y, por decirlo así, la cumbre de todo lo que se decía sobre Jesús y de todo aquello que provocaba la admiración de su padre y de su madre.

Porque no se contentó con tener en sus brazos al Niño y proclamar lo que estaba escrito sobre Él, sino que «bendijo» a su padre y a su madre y pronunció una profecía sobre el mismo niño, diciendo: *He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción. Y tu misma alma será traspasada por una espada a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones*[3].

3. ¿Qué significan estas palabras: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel?». He encontrado algo análogo en el Evangelio según san Juan: *Yo he venido a este mundo para un juicio, a fin de que vean los que no ven, y los que ven se vuelvan ciegos*[4].

Por tanto, del mismo modo que ha venido «para un juicio», a fin de que «los ciegos» de entre los gentiles «vean», y los de Israel que antes veían «se vuelvan ciegos», así también ha venido «para ruina y resurrección de muchos».

En efecto, con la venida de nuestro Señor y Salvador, quienes antes se mantenían en pie se desplomaron y los que habían caído resucitaron. Esta es la primera interpretación

de este texto: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel».

4. Pero hay un sentido más profundo que debe ser entendido, sobre todo en contra de aquellos que profieren gritos contra el Creador y que, recogiendo de aquí y de allá citas que no comprenden, *confunden las mentes de las personas sencillas*[5].

En efecto, afirman: «he aquí el Dios de la Ley y de los profetas, veamos qué clase de Dios es». *Yo* –dice Él– *daré muerte y yo devolveré a la vida; golpearé y sanaré y nadie hay que pueda escapar de mis manos*[6]. Oyen el «daré muerte» y no oyen el «devolveré a la vida»; oyen el «golpearé» y no se molestan en oír el «y yo sanaré».

Y aprovechan esas oportunidades para calumniar al Creador.

5. Por consiguiente, antes de interpretar el sentido de la frase: «yo daré muerte y devolveré a la vida, golpearé y sanaré», pondré ante ellos el testimonio del Evangelio y diré contra los herejes –porque hay un gran número de ellos que admiten el Evangelio según san Lucas– lo siguiente: si el Creador es sanguinario y solamente un juez cruel por el hecho de decir: «yo daré muerte y devolveré a la vida, golpearé y sanaré», es evidente que Jesús es su Hijo.

En efecto, eso mismo está escrito de Él: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel», no solo para «resurrección», sino también «para ruina». Si es malo dar muerte, será también malo venir «para la ruina».

¿Qué responderán? ¿Acaso dejarán de darle culto, o buscarán cualquier otra interpretación y recurrirán a las tropo-

logías[7], de modo que su venida «para la ruina» significaría bondad más que severidad[8]?

6. Y ¿cómo va a ser este un método correcto? Cuando se encuentra en el Evangelio una frase de este tenor se recurre a alegorías y a interpretaciones nuevas, mientras que cuando se trata del Antiguo Testamento, inmediatamente se acusa y no se admite ninguna explicación, aunque esta sea probable.

Pero también la frase que he citado a continuación: «Yo he venido a este mundo para un juicio, a fin de que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos», ya pueden intentar interpretarla, que no podrán encontrarle un sentido.

Por mi parte, yo que he optado por ser miembro de la Iglesia y no llevar el calificativo de algún hereje, sino el nombre de Cristo, que es bendecido en la tierra, y deseo ser llamado cristiano y serlo, busco el mismo tipo de interpretación tanto para la Antigua como para la Nueva Ley.

7. Dios dice: «Yo daré muerte». Acepto de buena gana que Dios dé muerte. Porque cuando está en mi el hombre viejo y vivo aún como hombre, deseo que Dios dé muerte en mí al hombre viejo y me resucite de entre los muertos. En efecto, dice el Apóstol: *El primer hombre salido de la tierra es terreno; el segundo, venido del cielo, es celestial. Lo mismo que hemos llevado en nosotros la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial*[9]. De acuerdo

con esta interpretación, se entiende también aquello de: «Yo he venido a este mundo para un juicio, a fin de que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos».

Todos los hombres tenemos en nosotros al mismo tiempo la capacidad de ver y la ceguera[10]. Adán veía y a la vez estaba ciego. También Eva, dice la Escritura, veía incluso antes de que se le abrieran los ojos: *La mujer vio que el árbol era apetitoso de comer y agradable a la vista y, tomando un fruto del árbol, lo comió y se lo dio a su marido, y ambos comieron*[11]. Por tanto, no eran ciegos, sino que veían.

8. El texto continúa: «y se abrieron sus ojos». Por tanto, eran ciegos y no veían, puesto que los ojos de su cuerpo se abrieron a continuación. Pero los de su alma, que antes habían visto bien, en cuanto traspasaron el mandamiento del Señor comenzaron a ver mal y, por culpa del pecado contra la obediencia, más tarde perdieron la vista. Yo interpreto así también aquello que dice el Señor: *¿Quién ha creado al mudo y al sordo, al que ve y al ciego?, ¿acaso no he sido Yo, el Señor Dios?*[12].

Existe el ojo del cuerpo, con el que contemplamos las realidades corporales, el ojo de acuerdo con la sensibilidad de la carne, del que la Escritura dice: *En vano avanza quien se envanece de sus pensamientos carnales*[13]. También tenemos otro ojo, opuesto a él y mejor, que entiende las cosas de Dios. Porque este ojo estaba ciego en nosotros, vino Je-

sús para darle la vista, a fin de que vieran los que no veían y se volvieran ciegos los que veían.

Por tanto, en este sentido preciso debemos interpretar el texto que ahora tenemos entre manos: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel».

9. Tengo en mí algo que a duras penas se mantiene y que se levanta con la soberbia del pecado: esto es lo que debe caer, esto lo que debe ser aniquilado; si esto llega a caer, lo que antes se había desintegrado, levantándose, se mantendrá en pie.

El «hombre interior» que hay en mí yacía postrado por tierra en otro tiempo, mientras que el «exterior» estaba erecto. Antes de creer en Jesús, el bien yacía postrado en mí, el mal se mantenía en pie. Después de la venida de Jesús, lo que antes era mal en mí cayó por los suelos y se cumplieron aquellas palabras: *Llevando siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús*[14], y aquellas otras: *Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la lujuria, la idolatría, la avaricia*[15], etc.

10. La ruina de todos estos vicios ha sido provechosa. Y de esta ruina se dice: *Allí donde esté el cadáver, allí se congregarán las águilas*[16]. Efectivamente, la palabra «cadáver» viene de «caída»[17].

Este tipo de caída es bueno. Jesús ha venido en primer lugar para eso, y no puede cumplirse la resurrección si no ha ido precedida de la ruina. Ojalá venga Él a destruir previamente lo malo que hubo en mí a fin de que, una vez destruido y muerto, resucite en mí y cobre vida lo que es bueno, de manera que consigamos el reino de los cielos en Aquel *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[18].

HOMILÍA XVII

De nuevo sobre el texto: *Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él*, hasta el pasaje donde se escribe sobre Ana (cf. Lc 2, 35-38).

1. El mismo Lucas escribe, por una parte: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios*[1]; y así nos trasmite con toda claridad que Jesús fue hijo de una virgen y no fue concebido por semen de varón. Por otra parte, da fe de que José es el padre de Jesús, al decir: *Y su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él*[2].

¿Cuál es la razón por la que el evangelista llama padre al que no lo fue? El que se contenta con una explicación simple, dirá: «el Espíritu Santo lo honró con el título de padre porque había alimentado al Salvador». Pero el que busca una interpretación más profunda puede decir lo siguiente: «puesto que se cita el árbol genealógico de David hasta José, este es llamado "padre" del Señor para no dar la impresión de que quien en realidad no había sido padre del Salvador había sido citado en vano, sino que tenía sentido aludir a la genealogía»[3].

Por tanto, «su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él», tanto por parte del ángel[4] y de la «multitud del ejército celestial»[5], como también de los pastores. Sí, se admiraban de un modo extraordinario al oír estas cosas.

2. Después dice la Escritura: *Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Mira, este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción. Y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones*[6].

Tenemos que meditar de qué modo el Salvador ha venido «para caída y levantamiento de muchos». El que da una explicación sencilla puede decir que ha venido para caída de los infieles y para resurrección de los fieles. Pero un exégeta concienzudo se da cuenta de que en ningún modo puede caer quien antes no ha estado en pie. Cítame, por tanto, a uno solo que estuviera de pie y para cuya ruina ha venido el Salvador. Y lo mismo vale para el que ha resucitado, porque es evidente que resucita aquel que antes había caído.

Hay que comprender, por tanto, que el Salvador no ha venido para ruina de unos y resurrección de otros, sino que ha venido «para ruina y salvación» de los mismos. *He venido* –dice– *para un juicio, para que los que no ven vean y los que veían se vuelvan ciegos*[7]. En efecto, en nosotros hay algo que antes veía y después dejó de ver, y algo distinto que no veía y después comenzó a ver.

Por ejemplo, yo quiero ver con aquellos ojos con los que antes no veía y que después se me abrieron, porque tras la desobediencia de Adán y Eva *se les abrieron los ojos*[8] de los que hemos tratado en mi anterior sermón.

3. Pero ahora debemos interpretar qué significa lo que dice: «Mira, este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel». Me conviene en primer lugar caer y, una vez que he caído, levantarme bien, de modo que el Salvador no sea para mí causa de una mala caída.

Mas me ha hecho caer para eso, para que resucite y la caída me resulte de más utilidad que aquel tiempo en que parecía que me mantenía en pie. Porque entonces estaba en pie por el pecado y gracias a él vivía; y puesto que era el pecado el que me sostenía, la primera ventaja para mí consistió en que caí y morí al pecado[9].

En definitiva, también los santos profetas caían sobre su rostro cuando contemplaban una visión más elevada; y caían por esta razón: para purgar sus pecados con más plenitud gracias a su caída.

El Salvador te concede en primer lugar esta gracia, la caída. Eras pagano, caiga en ti el pagano; eras amante de prostitutas, muera en ti en primer lugar ese amor; eras pecador, caiga en ti el pecador, a fin de que a partir de este momento puedas resurgir y decir: *Si hemos muerto* (con Él), *también* (con Él) *viviremos*[10], y *si hemos sido hechos iguales a su muerte, también seremos iguales a su resurrección*[11].

4. Por consiguiente, «este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel»[12], es decir, de aquellos que pueden entender plenamente con la agudeza de su razón, y «para signo de contradicción».

Todo lo que narra la historia a propósito del Salvador es objeto de contradicción. Una virgen es madre: he aquí una

señal que es objeto de contradicción. Los marcionitas[13] se oponen a esta señal y dicen que el Señor de ninguna manera ha nacido de una mujer; los ebionitas[14] se oponen a esta señal diciendo que ha nacido de un hombre y una mujer, como también nosotros nacemos.

Tuvo un cuerpo humano: y también esta es una señal objeto de contradicción, porque unos dicen que ha venido del cielo[15], otros que ha tenido un cuerpo como nosotros, para que en base a esa semejanza corporal también haya podido redimir nuestros cuerpos de sus pecados y darnos la esperanza de la resurrección.

Resucitó de entre los muertos: y también esta es una señal objeto de contradicción. ¿Cómo ha resucitado: tal como era cuando murió, o lo hizo con un cuerpo de una sustancia superior[16]?

5. Y hay una disputa sin fin, porque unos dicen: «Ha mostrado a Tomás la llaga de los clavos en sus manos», mientras que otros argumentan desde una dirección contraria: «si tenía el mismo cuerpo, ¿cómo es que *entró y se puso ante ellos con las puertas cerradas*[17]?».

Ves, pues, cómo con diversos argumentos, incluso su resurrección se convierte en un problema y «un signo de contradicción».

Yo, por mi parte, pienso que incluso el hecho de que su venida haya sido predicha por boca de los profetas es un signo de contradicción. En efecto, hay muchos herejes que aseguran que no fue anunciado en absoluto por los profetas[18].

Y ¿para qué es necesario que añada otros muchos ejemplos? Todo lo que la historia cuenta de Él es signo al que se contradice, no porque lo contradigan quienes creen en Él –nosotros sabemos con toda certeza que es verdadero todo lo que está escrito–, sino porque entre los incrédulos todo lo que está escrito sobre Él es una señal a la que se contradice.

6. Después dice Simeón: «y una espada atravesará tu alma». ¿Cuál es esta espada que no solo traspasará el corazón de los demás, sino también el de María? Se dice abiertamente que durante las horas de la pasión todos los apóstoles se escandalizaron. Incluso el Señor había dicho: *Todos vosotros os escandalizaréis esta noche*[19].

Así pues, todos se escandalizaron hasta tal punto, que también Pedro, el príncipe de los apóstoles, lo negó por tres veces. ¿Qué pensamos a propósito de que la Madre del Señor, a pesar de que los apóstoles se habían escandalizado,

permaneció inmune de escándalo? Si ella no sufrió escándalo ante la pasión del Señor, ¿no murió Jesús por sus pecados? Si, por el contrario, *todos han pecado y están privados de la gloria de Dios hasta que fueron justificados y redimidos por su gracia*[20], entonces María también se escandalizó durante ese tiempo[21].

7. Precisamente esto es lo que Simeón profetiza cuando dice: «a pesar de que tú sabes que siendo virgen has dado a luz sin intervención de varón, que has oído de labios de Gabriel que "el Espíritu Santo descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra", sin embargo "tu alma será traspasada por la espada" de la infidelidad, serás herida por el puñal de la incertidumbre y tus pensamientos te agitarán de un lado a otro cuando hayas visto que Aquel a quien habías oído llamar Hijo de Dios y sabías que había sido engendrado sin semen de varón, fue crucificado, muerto, sometido a tortura por los hombres y, finalmente, entre lágrimas y quejas, había dicho: *Padre, si es posible, pase de mi este cáliz*[22]».

En verdad, por tanto, «una espada traspasará también tu alma».

8. *Para que se descubran los pensamientos de muchos corazones*[23]. Malos eran los pensamientos en el interior de los hombres. Fueron puestos al descubierto con el fin de que, una vez sacados a la luz pública, perecieran y, muertos y aniquilados, dejaran de existir y acabara con ellos Aquel que murió por nosotros.

Porque durante todo el tiempo en que esos pensamientos estaban ocultos y no habían salido a la luz pública, era imposible su total destrucción. Por eso, también nosotros

debemos decir, si hemos pecado: *Te he dado a conocer mi pecado y no he escondido mi iniquidad. He dicho: quiero reconocer ante el Señor la injusticia que he cometido contra mí mismo*[24].

Por tanto, si actuamos así y confesamos nuestros pecados, no solo ante Dios, sino también ante aquellos que pueden curar nuestras heridas y pecados[25], serán borrados nuestros pecados por el que dice: *He aquí que destruiré como a una nube tus iniquidades y como a una niebla tus pecados*[26].

9. Tras la profecía de Simeón –puesto que también las mujeres deben ser salvadas–, llegó una profetisa de la que se escribe: «Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser».

¡Qué orden más hermoso! No llegó la mujer antes del varón, sino que primero llegó Simeón, que tomó al niño y lo tuvo en sus brazos, y después la mujer, cuyas palabras no son citadas, sino que se dice en general que *alabó también a Dios y habló de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén*[27].

Y es justo que esta santa mujer haya merecido recibir el don de la profecía, porque había ascendido a esa altura a través de una larga vida de castidad y de prolongados ayunos.

10. ¡Meditad, mujeres, el testimonio de Ana e imitadlo! Si un día os sucede que perdéis a vuestros maridos, considerad lo que está escrito de ella: *Desde su virginidad vivió siete años con su marido*[28], y todo lo demás. Por todo eso era profeta, porque el Espíritu Santo no habitaba en ella como por capricho o por azar.

Ante todo, es bueno si una puede mantener la gracia de la virginidad[29]; pero si esto no es posible y le ocurre que pierde a su esposo, entonces que permanezca viuda. Y eso no solo tras la muerte de su marido, sino también mientras vive, para así recibir la corona del Señor, aun cuando no llegue a realizar su voluntad y su propósito.

En esos casos debe decir: «Yo hago voto y prometo, si me ocurriera una desgracia –que no deseo–, que no haré otra cosa que perseverar como una viuda intacta». En nuestros días, sin embargo, se dan en la Iglesia segundas, terceras y hasta cuartas nupcias –por no citar las siguientes– y no ignoramos que semejantes uniones nos apartan del reino de Dios.

Porque así como no solo la fornicación, sino un segundo casamiento excluyen a uno de las dignidades eclesiásticas –efectivamente, ningún obispo, presbítero, diácono o viuda[30] puede contraer segundas nupcias–, así también es posible que el casado en segundas nupcias quede excluido del rebaño *de los primogénitos e inmaculados*[31], *de la Iglesia que no tiene mancha ni arruga*[32]; no en cuanto vaya a ser arrojado en el fuego eterno, sino en cuanto no tiene parte en el reino de los cielos[33].

11. Cuando comentaba aquel pasaje de la carta a los Corintios: *A la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los que le invocan*[34], recuerdo haber dicho que hay una di-

ferencia entre «la Iglesia» y aquellos «que invocan el nombre del Señor».

En efecto, pienso que el que se ha casado una sola vez, la virgen y el que persevera en la castidad, pertenecen a la Iglesia de Dios; el que se ha casado dos veces, aunque se haya comportado bien y sea fuerte en las demás virtudes, no obstante no es de «la Iglesia» ni pertenece al número de aquellos que «no tienen mancha ni arruga o cualquier cosa de ese estilo», sino a un segundo grado, el de «quienes invocan el nombre del Señor» y ciertamente se salvan en el nombre de Jesucristo, pero no reciben la corona de Aquel *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[35].

HOMILÍA XVIII

Sobre el pasaje: *El Niño crecía y se fortalecía*, hasta el lugar donde dice: *¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?* (Lc 2, 40-49).

1. Mi Señor Jesús nació y sus padres subieron a Jerusalén para cumplir lo que estaba mandado en la Ley y ofrecer por Él *un par de tórtolas o dos pichones*[1]. Simeón lo tuvo en sus brazos, como acabamos de leer, y profetizó lo que narra el Evangelio. Y los padres regresaron a su casa después de haber cumplido todo según la costumbre.

¿Cuántos años tenía entonces Jesús? En cualquier caso era todavía un niño pequeño, y sin embargo *crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría*[2] y de gracia. No había cumplido aún los cuarenta días de la purificación, no había llegado aún a Nazaret, y ya recibía toda la sabiduría.

La Escritura podía haber dicho: «crecía y se fortalecía y recibía el espíritu»; pero, como *se anonadó y tomó la forma de siervo*[3], en cuanto se ofreció el sacrificio presentado para su purificación, enseguida recibió de nuevo la plenitud de la que se había despojado. Y esto no en el sentido de que su cuerpo creció de repente, sino que al decir la Escritura: «el Niño crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría», expresaba algo más profundo.

2. Investiguemos si en algún otro lugar está escrito de un niño que «crecía y se fortalecía», para poder así entender –comparándole con otros muchos– lo extraordinario que se afirma de nuestro Señor.

Leemos a propósito de Juan Bautista que «crecía y se fortalecía», pero no se añade «y se llenaba de sabiduría», sino «se fortalecía en espíritu»[4]. Mas sobre nuestro Señor se dice: «crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba en Él». Todo esto se dijo de un niño que aún no había cumplido los doce años[5].

Sin embargo, cuando cumplió los doce años se quedó en Jerusalén. Sus padres, que no lo saben, lo buscan preocupados y no lo encuentran. Buscan «entre los parientes», buscan «en la comitiva», buscan «entre los conocidos» y entre todos ellos no lo encuentran. Por tanto, Jesús es buscado por sus padres; por su padre, que había sido padre nutricio y compañero de viaje cuando descendió a Egipto y que, sin embargo, no lo encuentra de inmediato cuando lo busca.

Porque a Jesús no se le encuentra entre parientes y allegados según la carne ni entre los que están unidos por vínculos de sangre. No se puede encontrar a mi Jesús en compañía de muchos.

3. Aprende cuándo lo encuentran al buscarlo, para que tú también lo encuentres cuando lo busques junto con José y María. Y buscándolo –dice-, *lo encontraron en el templo*[6]. No en cualquier otro lugar, sino «en el templo», y no simplemente «en el templo», sino «en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles».

Por tanto, busca también tú a Jesús «en el templo» de Dios, búscalo en la Iglesia, búscalo entre los maestros que están «en el templo» y no lo abandonan; porque si lo buscas así, lo encontrarás.

Es más, si uno se dice a sí mismo que es maestro y no tiene a Jesús, ese es maestro solo de nombre, y por consiguiente en él no se puede encontrar a Cristo, que es el Verbo de Dios y la sabiduría.

Fue encontrado –dice– «en medio de los doctores». Como está escrito en otro pasaje a propósito de los profetas, del mismo modo hay que entender aquí la expresión «en medio de los doctores». El Apóstol dice: *Si hablando uno, otro que está sentado tuviere una revelación, cállese el primero*[7]. Lo encuentran «sentado en medio de los doctores»; y no solo «sentado», sino «oyéndolos y preguntándoles». También ahora está Jesús presente, nos pregunta y nos oye hablar.

Y todos quedaban estupefactos[8], dice. ¿De qué se admiraban? No de sus preguntas, por más que estas fueran dignas de admiración, sino «de sus respuestas». Porque una cosa es preguntar y otra responder.

4. Preguntaba a los maestros y, al no ser estos capaces de responder, Él mismo respondía a las preguntas que les había hecho. Y la Sagrada Escritura te puede enseñar, a propósito de la Ley divina, que «respuesta» no significa un simple cambio de interlocutor, sino adoctrinamiento: *Moisés hablaba y Dios le respondía de viva voz*[9]. La respuesta consistía en que Dios instruía a Moisés sobre aquello que este ignoraba.

Unas veces Jesús interroga, otras responde y –como hemos dicho más arriba–, aunque sus preguntas sean dignas de admiración, mucho más lo son sus respuestas. Por tanto, para que lo podamos escuchar y nos plantee preguntas que Él mismo contestará, pidámosle y busquémoslo con esforzado trabajo y con fatiga; entonces podremos encontrar a quien buscamos. Porque no en vano está escrito: *Tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote*[10].

5. Quien busca a Jesús no debe buscarlo con negligencia, con frivolidad, con inconstancia, como lo buscan algunos, y por eso no lo encuentran. Al contrario, nosotros digamos: «te buscamos apenados». Y, una vez que hayamos dicho esto, Él responderá a nuestra alma, que lo busca con dolor, y le dirá: *¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre*[11]?

¿Dónde están los herejes, dónde los impíos y locos que afirman que la Ley y los Profetas no vienen del Padre de Jesucristo[12]? Con toda certeza Jesús estaba «en el templo» que había sido construido por Salomón y confiesa que ese templo es de su Padre, que Él nos ha revelado y del que se llama a sí mismo Hijo.

Ahora tienen que darnos una respuesta a cómo puede haber un Dios bueno y otro justo. Por tanto, puesto que el Salvador es el Hijo del Creador, alabemos al mismo tiempo al Padre y al Hijo, de quien proceden la Ley y el templo. *A Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[13].

HOMILÍA XIX

De nuevo sobre el texto: *El Niño crecía y se fortalecía*, hasta el lugar donde interroga a los ancianos en el Templo (Lc 2, 40-46)

1. Puesto que algunos que, al parecer, creen en la Sagrada Escritura, niegan sin embargo la divinidad del Salvador, para gloria del Dios omnipotente, me parece conveniente mostrarles con la autoridad de las mismas Escrituras que algo divino ha descendido a un cuerpo humano, y no solo a un cuerpo, sino también a un alma humana[1].

En efecto, si nos fijamos atentamente en el sentido de las Escrituras, aquella alma tuvo algo más que las otras almas humanas. Porque toda alma humana está mancillada por los vicios antes de acceder a la virtud. Por el contrario, el alma de Jesús jamás fue ensuciada con la mancha del pecado[2].

Es más, sobre el niño Jesús, que aún no había alcanzado la edad de doce años, escribe el Espíritu Santo en el Evangelio de Lucas: *Pero el niño crecía y se fortalecía lleno*

de sabiduría[3]. Que uno esté lleno de sabiduría antes de haber cumplido los doce años es algo que no permite la naturaleza humana. Una cosa es poseer una parte de la sabiduría y otra estar lleno de sabiduría.

2. No dudemos, por tanto, de que en la carne de Jesús apareció algo divino, algo que no solo está por encima de la naturaleza humana, sino sobre toda criatura dotada de razón. «Y crecía», dice. Efectivamente *se había humillado, tomando forma de siervo*[4], y crece con el mismo vigor con el «se había humillado».

Había aparecido débil porque había asumido un cuerpo débil, y precisamente por eso recupera la fuerza. El Hijo de Dios «se había vaciado», y por eso se llena de nuevo de ciencia.

Y la gracia de Dios estaba en Él[5]. Tenía la gracia de Dios no cuando llegó a la adolescencia, no cuando comenzó a enseñar públicamente, sino cuando todavía era un niño. Y del mismo modo que todo en Él había sido maravilloso, así también su infancia fue tan digna de admiración, que estaba lleno de la sabiduría de Dios.

3. Así pues, *sus padres acudían a Jerusalén según la costumbre para el día solemne de la Pascua. Y cuando tenía doce años*[6]. Observa bien que antes de que tuviera doce años estaba ya lleno de la sabiduría de Dios y de los demás dones que se le atribuyen en la Escritura.

Por tanto, cuando llegó a la edad de doce años –como decíamos–, según la costumbre se cumplieron los días de la solemnidad y sus padres se volvieron, *el niño se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran*[7].

También aquí hay que comprender algo que está por encima de la naturaleza humana. Porque no «se quedó» simplemente y sus padres ignoraban dónde estaba. No; como

en el Evangelio de Juan está escrito que cuando lo acosaban los judíos se escabulló de en medio de ellos y no volvió a aparecer[8], así pienso yo que se quedó el Niño en Jerusalén y sus padres no supieron dónde se había quedado.

Y no nos asombremos de que se los llame padres, porque merecieron el nombre de madre y padre: la una por el parto, el otro por la función que desempeñó.

4. Sigue el *apenados, andábamos buscándote*[9]. No creo que estuvieran apenados precisamente porque temieran que el Niño se hubiera perdido o hubiera perecido. No era posible que María, consciente de que había concebido por obra del Espíritu Santo, que había oído la embajada del ángel, el relato precipitado de los pastores, la profecía de Simeón, abrigara el temor de que el Niño perdido fuera a perecer.

Pero sobre todo hay que alejar esta sospecha de José, que había recibido del ángel la orden de tomar al niño y dirigirse a Egipto[10] y que había oído: *No temas tomar a María por tu esposa, porque lo concebido en Ella es obra del Espíritu Santo*[11]. Era imposible que José temiera por la pérdida de un niño que sabía que era divino. Así pues, el dolor y la perplejidad de los padres suenan de manera diferente a lo que un lector ingenuo puede interpretar.

5. Del mismo modo que tú, cuando lees las Sagradas Escrituras, buscas su sentido con cierto dolor y tortura –no porque pienses que se han equivocado o contienen algo falso, sino porque contienen palabras racionales y verdaderas que tú no eres capaz de comprender– así también ellos buscaban a Jesús: quizá se había apartado de ellos, quizá les había dejado y había ido a otro lugar, quizá –esto es lo que más me inclino a pensar– había vuelto al cielo para regresar de nuevo, cuando le pluguiera.

Lo cierto es que «apenados» buscaban al Hijo de Dios. Y en esa búsqueda, no lo encontraron «entre los parientes». Y es que, efectivamente, el parentesco humano es incapaz de retener al Hijo de Dios. No lo encontraron «entre los conocidos», porque la fuerza divina está por encima del conocimiento y la ciencia humana.

Por tanto, ¿dónde lo encuentran? «En el templo»; porque es allí donde se encuentra al Hijo de Dios. Si alguna vez buscas al Hijo de Dios, acude en primer lugar al templo, apresúrate hasta él; allí encontrarás a Cristo, la Palabra y la Sabiduría, es decir, al Hijo de Dios[12].

6. Porque ciertamente era un niño, se le encuentra «en medio de los doctores», santificándolos y enseñándoles. Porque era un niño, se le encuentra «en medio», no enseñándoles, sino «preguntándoles», como corresponde a su edad.

De ese modo nos muestra cómo conviene que los niños, por más que sean sabios y eruditos, deben desear escuchar a los maestros más que enseñarles, y así no se expondrán a una vana ostentación.

Preguntaba –insisto– a los maestros, no para aprender algo, sino para enseñarles a través de sus preguntas. Porque las preguntas y las respuestas sabias proceden de una única fuente de doctrina, y es una propiedad de la misma sabiduría lo que se debe preguntar y lo que se debe responder[13].

Fue oportuno que el Salvador aprendiera, en primer lugar, a plantear las preguntas correctas de manera que después pudiera contestar a las preguntas de acuerdo con la razón y la palabra de Dios, *al que corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[14]».

HOMILÍA XX

Sobre el pasaje: *¿Por qué me habéis buscado*, hasta el lugar donde se dice: *María conservaba todas estas palabras en su corazón* (Lc 2, 49-51).

1. María y José buscaban a Jesús «entre sus conocidos» y no lo encontraban; lo buscaban «en la comitiva» y no podían encontrarlo. Buscaron «en el templo», y no simplemente «en el templo», sino «entre los maestros», y lo encuentran «en medio de los doctores». Allí donde hay maestros, allí se encuentra Jesús «en medio de los doctores», con tal de que el doctor se siente «en el templo» y nunca salga de él.

Jesús sirvió de ayuda a sus maestros y enseñó a todos aquellos a los que parecía interrogar; les enseñó hablando «en medio de ellos» y de alguna manera los animó a que preguntaran lo que no sabían y a investigar los pasajes que hasta ese momento no podían saber si los conocían o los ignoraban.

2. Por tanto, Jesús fue encontrado «en medio de los doctores» y dijo a los que lo buscaban, cuando lo encontraron: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*[1]

Haciendo en primer lugar una interpretación sencilla, armémonos contra los impíos herejes que afirman que el Pa-

dre de Jesucristo no es ni el Creador, ni el Dios de la Ley y los profetas. En este pasaje, sin embargo, se asegura que el Padre de Cristo es el Dios del templo.

Llénense de vergüenza los valentinianos al oír a Jesús, que dice: «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre». Llénense de vergüenza todos los herejes que aceptan el Evangelio de Lucas y falsean lo que está escrito en él[2].

Esta, como he dicho, es la interpretación sencilla del pasaje.

3. Pero, puesto que se añade: *Mas ellos no entendieron lo que les decía*[3], tratemos de aclarar con más exactitud el sentido de la Escritura.

¿Eran sus padres tan estúpidos ignorantes que no entendían lo que les decía, es decir, que las palabras «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre» significaban «el templo», o alude con ellas a algo más profundo, que edificaría aún más a sus oyentes: que cada uno de nosotros, si es bueno y perfecto, es propiedad de Dios Padre?

Así pues, de un modo genérico enseñó el Salvador aquí que Él debía estar solamente en aquello que pertenece a su Padre[4]. Si uno de vosotros es de Dios Padre, tiene a Jesús en medio de él[5]. Creamos, pues, a Aquel que dice: «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre».

Y a mí me parece que este es un templo de Dios más razonable y más vivo y verdadero que la imagen típica, construida por manos humanas[6]. Por eso, del mismo modo que su presencia en el templo era un símbolo, también lo fue su salida de él. En efecto, «salió del templo» de esta tierra, diciendo: *He aquí que vuestra casa quedará desierta*[7]. Y al abandonar esa casa vino a la propiedad de Dios Padre, es decir a las iglesias extendidas por todo el mundo, y dice: «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre»[8].

Así pues, entonces ellos no entendieron lo que les decía[9].

4. A la vez, tened en cuenta también esto: durante el tiempo en que estuvo en la propiedad de su Padre, estaba en las alturas[10]. Y, porque José y María no tenían aún una fe perfecta[11], no podían permanecer con Él en las alturas; por el contrario, se dice que bajó con ellos.

A menudo descendió Jesús junto con sus discípulos, y ni siempre vivió en el monte, ni permaneció sin fin en las altu-

ras. Está en el monte con Pedro, con Santiago, con Juan y otra vez con el resto de sus discípulos en otro lugar. Es evidente que, puesto que quienes padecían diversas enfermedades no podían subir al monte, Él «descendió y vino» a los que estaban abajo[12].

Por eso está escrito a continuación: Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto[13].

5. ¡Hijos, aprendamos a estar sujetos a nuestros padres! El mayor se somete al menor. Porque Jesús veía a José mayor en edad, lo honró con el respeto que se le debe a un padre, dejando un ejemplo a todos los hijos para que se sometan a sus padres y, si estos faltan, a los que tienen la autoridad propia de los padres.

¿Para qué hablo de padres y de hijos? Si Jesús, el Hijo de Dios, se somete a José y a María, ¿no me voy yo a someter al obispo, que ha sido constituido por Dios en padre para mí?, ¿no me voy a someter al presbítero, que ha sido puesto por encima de mí por la gracia del Señor?

Pienso que José sabía perfectamente que Jesús, que le estaba sometido, era mayor que él y que, consciente de que el mayor se había sometido, ejercía su autoridad con respeto y moderación. Aprenda, por tanto, cada uno que muchas veces el inferior ha sido puesto al frente de los que son mejores y que a menudo ocurre que el que está sometido es mejor que aquel que aparece como superior a él.

Cuando el que está más arriba por su dignidad entiende esto, no se engreirá de soberbia por el hecho de ser mayor; al contrario, reconocerá que le está sujeto alguien que es mejor que él, como Jesús estuvo sometido a José.

6. Después sigue: *María por su parte conservaba todas estas palabras en su corazón*[14]. Se daba cuenta de que allí había algo más que un hombre. De ahí que «conservaba todas estas palabras en su corazón», no como si fueran las de un niño de doce años, sino las de uno que había sido concebido por obra del Espíritu Santo y al que veía *crecer en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres*[15].

Jesús «crecía en sabiduría» y parecía ser más sabio año tras año. ¿Acaso no era sabio, de modo que era capaz de hacerse más sabio? ¿Acaso, porque «*se había anonadado, tomando la forma de siervo*[16], volvía a tomar lo que había dejado y se llenaba de las virtudes que poco antes, al parecer, había abandonado, cuando asumió un cuerpo?

Así pues, «crecía» no solo en «sabiduría», sino en «edad». Creció también en edad. En la Sagrada Escritura se habla de dos tipos de edad: la del cuerpo, que no está en nuestro poder, sino en la ley de la naturaleza; y la del alma, que radica en nosotros y según la cual, si queremos, crecemos cada día.

7. Y llegamos a su plenitud, *de modo que ya no seamos niños que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina*[17], sino que, dejando de ser «niños», comencemos a ser «varones» y digamos: *Cuando llegué a ser hombre, destruí las cosas que eran propias de un niño*[18].

Como he dicho, la plenitud de esta edad, que consiste en el crecimiento del alma, está en nuestro poder[19]. Si no bas-

ta este testimonio, añadamos este otro ejemplo de Pablo, que dice: *Hasta que todos lleguemos a la madurez del varón perfecto, a la medida de la edad plena del cuerpo de Cristo*[20].

Por tanto, depende de nosotros «llegar a la medida de la edad plena del cuerpo de Cristo» y, si está en nuestras manos, intentemos con todas nuestras fuerzas dejar de ser niños, hacerlos desaparecer y alcanzar las otras etapas de la vida, de manera que también nosotros seamos capaces de escuchar: *Tú, por tu parte, irás a reunirte en paz con tus padres, cuando hayas llegado a una buena ancianidad*[21].

Se trata ciertamente de una ancianidad espiritual, que es la verdaderamente buena, en la que encaneces y alcanzas la meta en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[22].

HOMILÍA XXI

Sobre el pasaje: *El año décimo quinto del imperio de Tiberio*, hasta el lugar donde dice: *enderezad sus sendas* (Lc 3, 1-4).

1. Durante todo el tiempo en que se dirigieron exclusivamente a los judíos, las revelaciones proféticas se titulaban con el nombre de los reyes judíos: por ejemplo, *visión contra Judea y contra Jerusalén que contempló Isaías, hijo de Amós, bajo el reinado de Ozías, Jonatán, Ajaz y Ezequías*[1]. Fuera de los reyes de Judea, no veo citado a ningún otro en tiempos de Isaías. En algunos otros profetas encontramos también a los reyes de Israel, como en el pasaje de Amós: *Y en los días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel*[2].

Pero cuando hubo que predicar el misterio del Evangelio[3] y extender por todo el mundo la Buena Nueva –cuyo primer heraldo fue Juan en el desierto– y el mundo entero estaba bajo el dominio del emperador Tiberio, entonces se escribe que *en el año décimo quinto de su imperio fue dirigida la palabra de Dios a Juan*[4].

Y si la salvación hubiera debido ser anunciada solo a aquellos gentiles que habrían de creer, habría bastado con decir: «en el año décimo quinto del emperador Tiberio, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato».

2. Pero, puesto que muchos de Judea y Galilea llegarían a creer, por esa razón también son citados estos reinos y se dice: *Siendo Herodes tetrarca de Galilea y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto*[5].

Antiguamente se decía: *Llegó la palabra de Dios a Jeremías, hijo de Helcías, del linaje de los sacerdotes*[6] de tal tiempo, o de tal rey de Judea; en este momento, sin embargo, se dice: «Fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías», aquella palabra que nunca se había dirigido a los profetas «en el desierto».

Pero puesto que habrían de creer «más hijos de la estéril que de la que tiene un marido[7]», por esa razón «fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto»[8].

3. Considera también que tiene mucho más sentido si «desierto» se entiende en sentido espiritual más que simplemente al pie de la letra. En efecto, el que predica «en el desierto» no es necesario que levante la voz en un lugar donde nadie lo puede oír. Por eso, el precursor de Cristo y «la voz del que clama en el desierto» predica «en el desierto» del alma que no tiene paz.

Pero no solamente entonces, sino también hoy día viene Juan antes, «como una lámpara que arde y alumbra»[9] y *predi-*

ca un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados[10]. Solo después llega *la luz verdadera*[11], mientras que la misma «lámpara» reconoce: *Conviene que Él crezca y yo disminuya*[12].

La palabra de Dios se produce «en el desierto» y *llega a todos los alrededores del Jordán*[13]. En efecto, ¿qué otros lugares debió de recorrer el Bautista, sino los alrededores del Jordán, a fin de que todo aquel que quisiera hacer penitencia estuviera dispuesto para recibir el bautismo del agua?

4. Además, Jordán quiere decir «el que desciende»[14]. Pues un río divino que desciende[15] y discurre en amplio cauce es nuestro Salvador y Señor, en cuyo nombre somos bautizados con un agua verdadera, con un agua salvífica. Y el que Juan predica es un bautismo «para remisión de los pecados».

¡Venid, catecúmenos, haced penitencia para poder conseguir el bautismo «para la remisión» de los pecados! Recibe el bautismo «para la remisión de los pecados» aquel que deja de pecar. Porque si uno accede al bautismo y continúa pecando, ese no consigue la remisión de sus pecados[16].

Por eso, os ruego que no vengáis al bautismo sin respeto y sin una cuidadosa preparación, sino que deis primero muestras de haber logrado *dignos frutos de penitencia*[17]. Pa-

sad algún tiempo en un género de vida correcto, manteneos limpios de todo tipo de suciedad y vicios, y entonces se os concederá la remisión de vuestros pecados, una vez que hayáis comenzado a aborrecer vuestros propios pecados[18]. Desechad vuestras culpas y os serán perdonadas[19].

5. Por su parte, el pasaje que ahora cito del Antiguo Testamento está tomado del libro del profeta Isaías. Dice así: *Una voz grita en el desierto: preparad el camino al Señor; enderezad sus sendas*[20]. El Señor quiere encontrar un camino en vosotros para poder entrar en vuestras almas y avanzar en ellas. Preparadle la senda de la que se dice: «enderezad sus sendas».

«Voz del que clama en el desierto». «La voz» clama: «preparad el camino». «La voz» en primer lugar llega a los oídos; luego, tras «la voz» –mejor aún, junto con «la voz»–, «la palabra» penetra en el oído. En este sentido anuncia Juan a Jesús.

Veamos, por tanto, lo que dice «la voz» a propósito de la Palabra: «preparad el camino al Señor»[21]. ¿Qué «camino al Señor» vamos a preparar? ¿Acaso un camino visible, o es que la palabra del Señor puede avanzar por un camino de

ese tipo? ¿O más bien hay que preparar al Señor un camino en el interior del hombre y allanar y enderezar las sendas en nuestro corazón? Este es el camino por el que ha penetrado la palabra de Dios. Él se aposenta en el corazón del hombre que está preparado.

6. Pero el corazón del hombre es grande, espacioso y capaz de acoger la Palabra cuando está limpio. ¿Quieres medir su grandeza y su extensión? Observa la magnitud de sus conocimientos sobre Dios. Alguien ha dicho[22]: *Él me dio la ciencia verdadera de las cosas, el conocimiento de la constitución del mundo y la fuerza de los elementos, el principio, el fin y el medio de las épocas, el cambio de las estaciones y la sucesión de los meses, el ciclo de los años y la posición de las estrellas, la naturaleza de los animales y los instintos de las fieras, la fuerza violenta de los espíritus y los pensamientos de los hombres, la diversidad de las plantas y las virtudes de las raíces*[23].

Ves que el corazón del hombre, que tantas cosas puede captar, no es pequeño. Comprende que su grandeza no consiste en la corpulencia, sino en la fuerza del espíritu con la que es capaz de captar tanta ciencia sobre la verdad.

7. Pero para llevar también a la gente sencilla al convencimiento de la grandeza del corazón humano con ejemplos de la vida cotidiana, pensemos lo siguiente. Por más que hayamos atravesado muchas ciudades, las tenemos en la memoria y en nuestro corazón están presentes su aspecto y el lugar que ocupan sus plazas, sus murallas y sus edificios. Guardamos dibujado y trazado en el recuerdo el camino por el que accedimos a ellas. Recorremos en el silencio de nuestros pensamientos el mar que hemos surcado.

Como ya he dicho, el corazón del hombre, que puede captar tantas cosas, no es pequeño. Pero si, por captar tan-

tas cosas, no es pequeño, entonces se puede preparar en él el camino del Señor y enderezar su senda a fin de que pueda transitar por ella la palabra y la sabiduría de Dios.

Prepara el camino al Señor por medio de tu buen comportamiento, allana su senda con obras meritorias para que el Verbo de Dios pueda morar en ti sin ninguna ofensa y te regale el conocimiento de sus misterios y su venida: *A Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[24].

HOMILÍA XXII

Sobre el pasaje: *Todo barranco será rellenado*, hasta el lugar donde dice: *Dios puede sacar de estas piedras hijos para Abraham* (Lc 3, 5-8).

1. Veamos ahora lo que se anuncia en torno a la venida de Cristo. En primer lugar, se escribe a propósito de Juan: *Voz del que grita en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*[1]. Y lo que viene a continuación se refiere directamente a nuestro Señor y Salvador. Porque no es Juan quien «rellena todo valle», sino nuestro Señor y Salvador.

Examine cada uno quién era antes de llegar a la fe, y entonces se dará cuenta de que era un valle profundo, que caía a pico y estaba volcado hacia el abismo. Pero cuando vino nuestro Señor Jesús y envió al Espíritu Santo, su representante[2], «todo valle se rellenó». Y se rellenó de buenas obras y de los frutos del Espíritu Santo.

La caridad no permite que en ti continúe habiendo un valle, sino que, si mantienes la paz, la paciencia y la bondad, no solo dejarás de ser «valle», sino que comenzarás a ser «un monte» de Dios[3].

2. Constatamos que día a día sucede y se cumple esto de que «todo valle será rellenado», tanto entre los gentiles como en el pueblo de Israel, que ha sido rebajado de las alturas: *Todo monte y collado será humillado*[4].

Hace tiempo aquel pueblo era un «monte» y un «collado», que ahora ha sido depuesto y destruido. *Gracias a su trasgresión, ha sido concedida la salvación a los gentiles para su estimulación*[5].

Tú no te equivocarás si, en esos montes y collados que han sido allanados, ves también las fuerzas adversas que se levantan contra los mortales. Porque para que se allane este tipo de valles deben ser humilladas las fuerzas enemigas, los montes y los collados.

3. Pero planteémonos también la pregunta de si se ha cumplido lo que fue anunciado a propósito de la venida de Cristo. Porque a continuación viene: *Y lo que está torcido se enderezará*[6]. Todos y cada uno de nosotros éramos perversos –incluso no solamente lo era, sino que lo continúa siendo–, pero gracias a la venida de Cristo, que ha llegado hasta nuestra alma, todo lo que estaba torcido se ha enderezado.

¿Para qué te sirve que Cristo haya venido encarnado entonces, si no ha venido a tu alma? Pidamos que Él venga cada día a nosotros y podamos decir: *Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*[7]. Si, en efecto, Cristo vive en Pablo y no vive en mí, ¿de qué me sirve a mí? Pero si Cristo también viene a mí y saco fruto de Él, como sacó fruto Pablo, entonces podré decir como Pablo: «Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí».

4. Consideremos también el resto de lo que se anuncia a propósito de la venida de Cristo. No había nada más rudo que tú: piensa en tus reacciones primitivas, contempla tus

movimientos de ira y los demás vicios –si es que lo que antes estaba enraizado en ti ha desaparecido– y comprenderás que nada había más rudo, nada más «desequilibrado», para decirlo con más claridad. Tu comportamiento estaba desnivelado, tus palabras y tus obras eran desiguales[8].

Vino mi Señor Jesús y niveló tus desequilibrios, y todo lo que estaba sin allanar lo convirtió en «vías llanas», de modo que en ti hubiera un camino sin desniveles, cómodo y sin mancha y pudiera avanzar en ti Dios Padre, y Cristo nuestro Señor encontrar su mansión en ti y decir: *Yo y mi Padre vendremos y en él haremos morada*[9].

5. Continúa: *Y toda carne verá la salvación de Dios*[10]. Tú también eras en otro tiempo «carne», y tú, que eras «carne», incluso –para decir algo aún más admirable– tú que aún te encuentras en la carne, ves «la salvación de Dios»[11]. ¿Qué quiere decir la expresión «toda carne» y que, por tanto, no se exime a ninguna de contemplar la «salvación de Dios»? Dejo la interpretación a quienes son capaces de penetrar los arcanos y las profundidades de las Escrituras.

Pero tenemos que prestar atención también al hecho de que Juan habla *a las muchedumbres que acudían para ser bautizadas por él*[12]. Si alguno quiere recibir el bautismo, «que acuda»; porque si permanece en su situación primiti-

va y no abandona sus costumbres y sus hábitos, de ningún modo se acerca al bautismo de un modo correcto.

Pero para que entiendas lo que significa «acudir» al bautismo, acepta el testimonio y escucha las palabras que Dios dirige a Abraham: *Sal de tu tierra*[13], etc.

6. Así pues, Juan dice lo siguiente a las multitudes que se disponen a acudir al bautismo, es decir, a las que solo tienen la intención de acudir, no a las que han acudido ya. Porque si ya hubieran acudido, jamás las habría llamado *raza de víboras*[14].

Por tanto, lo que les dice a ellos, también os lo dice a vosotros, catecúmenos y catecúmenas que os preparáis para venir al bautismo. Pensad si acaso vosotros también tenéis alguna semejanza con las víboras que se captan con los sentidos o con las serpientes que no se ven y también se os puede llamar «raza de víboras». Si no expulsáis la perversidad y el veneno de las serpientes de vuestro corazón, se os dirá lo que sigue: *¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que está por venir?*[15].

7. Sobre está época pende una ira violenta, el mundo entero va a sufrir la ira de Dios. La cólera divina va a asolar los vastos espacios del cielo, la superficie de la tierra y las constelaciones de las estrellas, el esplendor del sol y la luz consoladora de la luna en la noche; y todo esto va a ocurrir por culpa de los pecados de los hombres.

En otros tiempos vino la ira de Dios solamente a la tie-

rra, *porque toda carne había corrompido su camino en la tierra*[16]; pero ahora la ira de Dios va a venir sobre el cielo y la tierra. A Dios se dirigen estas palabras: *Los cielos pasarán, pero tú permanecerás, mientras todo envejece como un vestido*[17].

Ved de qué tipo y cuán grande es esta ira que va a destruir todo el mundo, castigará a quienes merecen sufrir una pena y encontrará materia sobre la que recaer. Cada uno de nosotros, a través de lo que ha hecho, ha dado motivo a la ira de Dios: *Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón vas atesorándote ira para el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios*[18], se les dice a los Romanos.

8. Luego, sigue: *¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que llega? Haced, pues, dignos frutos de penitencia*[19]. También a vosotros, que acudís al bautismo, se os dice: «haced frutos dignos de penitencia».

¿Queréis saber cuáles son estos frutos dignos de penitencia? *La caridad es fruto del espíritu, la alegría es fruto del espíritu, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia*[20] y demás virtudes de este porte. Si estamos revestidos de todas ellas, hemos dado frutos dignos de penitencia.

Por otra parte, también se les dice a quienes acudían al bautismo de Juan: *Y no andéis diciéndoos: tenemos por padre a Abraham, porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham*[21].

Juan, el último de los profetas, anuncia la expulsión del pueblo inicial y la vocación de los gentiles. En efecto, a los que se glorían de Abraham les dice: «Y no andéis diciéndoos: tenemos por padre a Abraham». Y a propósito de los

gentiles dice igualmente: «porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham».

9. ¿De qué piedras habla? No se refiere ciertamente a piedras irracionales y materiales, sino a hombres que se habían vuelto insensibles y duros de corazón por adorar piedras o trozos de madera y que por eso se había cumplido en ellos lo que se cantaba en el salmo de los tales: *Semejantes a ellos sean los que los hacen y todos los que en ellos confían*[22].

En verdad, los que hacen ídolos y confían en ellos son semejantes a sus dioses: sin sensibilidad, sin razón de ningún tipo, se han convertido en piedra y en madera. Aunque contemplen el orden de las criaturas, su hermosura, su armonía, la sublime belleza del mundo, se niegan a reconocer al Creador a través de lo creado y no admiten la existencia de una Providencia, un conductor de semejante orden[23]. Por el contrario, están ciegos y ven este mundo solo con los ojos con los que lo ven los irracionales animales de carga y las bestias.

10. No se dan cuenta de que habita una razón en aquellas cosas que ostensiblemente son gobernadas por la razón[24]. Por eso uan había dicho: *Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham*[25].

Por tanto, pidamos también nosotros a Dios que, si alguna vez hemos sido piedras, seamos trasformados en hijos de Abraham en vez de en los hijos que han sido arrojados fuera y han perdido por su pecado la promesa y la adopción de hijos.

Aduciré aún otra alusión a las «piedras», ya que en el canto[26] del libro del Éxodo está escrito: *Quédense inmóviles como piedras mientras pase tu pueblo, Señor, mientras pase tu pueblo, del que has tomado posesión*[27].

Aquí, por tanto, se le ruega al Señor que por poco tiempo los gentiles se conviertan en piedras –en griego se dice de una manera más clara: ἀπολιθοόντωσαν–, «mientras pase» el pueblo de los judíos.

No hay ninguna duda de que, tras haber pasado ellos, dejarán de ser piedras los gentiles[28] y, en vez de un corazón duro, recibirán una naturaleza humana y racional en Cristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[29].

HOMILÍA XXIII

Sobre el pasaje: *Ved, el hacha está puesta a la raíz del árbol*, hasta el lugar donde dice: *Pero también vinieron publicanos para ser bautizados por él* (Lc 3, 9-12).

1. A partir de ese momento, Juan decía: *Mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol*[1]. Ciertamente, si la consumación hubiera estado ya a las puertas y si el fin de los tiempos hubiera sido inminente, este pasaje no me plantearía ninguna cuestión. Diría simplemente que lo que dice el texto sagrado: «Mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol», y «todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» era una profecía, porque se cumplió en aquel momento.

Pero, puesto que han pasado tantos siglos e innumerables años desde aquel momento hasta el día presente, debemos preguntarnos cómo es que el Espíritu Santo pudo decir por medio del profeta: «Mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol».

Yo pienso que aquí se le profetiza al pueblo de Israel que está cercano su cercenamiento. En efecto, «a aquellos que acudían a él para ser bautizados» les decía entre otras cosas: «haced frutos dignos de penitencia» y, por cuanto eran judíos, añadía: «y no andéis diciéndoos: tenemos por padre

a Abraham, porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham». Por tanto, las palabras: «mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol» están dirigidas a los judíos.

2. Esta interpretación concuerda con aquello del Apóstol de que este hacha ha quebrado y separado las ramas de la infidelidad con el fin de podar no ya la raíz del árbol, sino aquello que había surgido de la raíz, para que pudieran injertarse ramas silvestres de olivo en la raíz del árbol inicial. Por tanto, «todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego[2]». En efecto, acaba por ser consumido por el fuego.

Luego se habla de tres tipos de personas que interrogan a Juan a propósito de la salvación de su alma: uno es aquellos a quienes la Escritura llama «muchedumbres que acuden al bautismo»; otro, los que llama «publicanos»; y un tercero caracterizado con el nombre de «soldados».

Le preguntaban las muchedumbres: ¿Qué haremos?, y Juan les respondía diciendo: *El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo*[3]; lo que no sé es si es oportuno dar tales órdenes a la multitud.

3. En efecto, es más apropiado para los apóstoles que para la masa el que uno que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene. Y para que entiendas que esto es más propio de los apóstoles que de la masa, escucha lo que el Salvador dice a los primeros: *No toméis dos túnicas para el camino*[4].

Así pues, la palabra de las dos túnicas con las que cada uno se viste y se le manda que dé una de ellas a quien no tiene ninguna, admite una segunda interpretación. Porque el Salvador quiere que nosotros, así como no debemos *servir a dos señores*[5], tampoco tengamos dos túnicas ni nos revis-

tamos de un doble vestido, no vaya a ser que uno de ellos sea el del hombre viejo y otro el del nuevo.

Al contrario, Él quiere que *nos despojemos del hombre viejo y nos vistamos del nuevo*[6]. Hasta aquí, la interpretación es fácil.

4. Llegados a este punto, se plantea la pregunta: ¿en qué sentido se nos manda, según esa interpretación, dar un vestido «a quien no lo tiene»[7]? ¿Quién es el que no tiene ni siquiera una túnica sobre su carne, el que está desnudo, el que no está cubierto por ningún vestido?

Con esto no quiero decir que aquí no se fomente la liberalidad, la misericordia para con los pobres y una clemencia sin medida, hasta el punto de cubrir incluso con la segunda túnica a los pobres.

No, lo que digo es que este pasaje tiene un sentido aún más profundo y que nosotros debemos dar nuestra túnica al que no tiene. Así pues, ¿quién es el que no tiene túnica? Es ciertamente aquel que no tiene a Dios. Debemos, por tanto, privarnos de ella y dársela al que está desnudo. Unos tienen a Dios y otros no lo tienen: evidentemente, las fuerzas que se le oponen.

Y así como está escrito que *tenemos que arrojar al fondo del mar nuestros pecados*[8], así también conviene que arrojemos nuestros vicios y pecados sobre aquel que los ha provocado en nosotros.

«Y el que tiene alimentos –dice–, haga lo mismo». El que tiene alimentos, dé al que no tiene, a fin de que reciba de regalo no solo vestido, sino algo que pueda comer[9].

5. *Vinieron también publicanos para que los bautizara*[10]. En sentido literal, aquí se les advierte a los publicanos que no exijan «nada más» que lo prescrito en la ley, porque los que exijan más no chocan contra el mandamiento de Juan, sino contra el del Espíritu Santo, que habla por boca de Juan.

Pero no sé si, en un sentido espiritual, este pasaje no tiene un significado más arcano y si debo desvelar misterios tan profundos ante el presente auditorio, sobre todo ante quienes no han penetrado aún en la médula de las Escrituras, sino que se deleitan en la superficie. Es una tarea peligrosa, pero debo emprenderla estricta y brevemente.

Cuando salgamos de este mundo y esta vida nuestra se trasforme, habrá quienes se sienten en los confines de él y nos controlen con toda diligencia a la manera de los publicanos, por si encuentran en nosotros algo que les pertenece.

6. Me parece que el «príncipe de este mundo» es una especie de publicano, por lo que está escrito de él: *Viene el príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada*[11]. También tiene un significado profundo lo que leemos en el Apóstol: *Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien honor, honor; no estéis en deuda con nadie, sino amaos los unos a los otros*[12].

Por eso, consideremos a cuántos peligros estamos expuestos, no vaya a ser que por no poder pagar la aduana, seamos arrestados a causa de la deuda, como suele ocurrir con los impuestos de este mundo cuando uno es apresado por culpa de lo que debe para contribuir al bien público.

Cuántos de entre nosotros deben ser considerados publicanos de esta especie, ante quienes Jacob, aquel santo varón, no

sentía ningún miedo porque no temía que en él se encontrara algo que pudiera considerarse propiedad de los aduaneros.

7. Por eso osaba decir a Labán, aquel publicano: *Busca, si acaso hay entre mis cosas alguna que sea tuya*[13]. De eso da fe la Escritura, al decir: *Y Labán no encontró nada entre las cosas de Jacob*[14].

Por consiguiente, nuestro Salvador y el Espíritu Santo, que habló a través de los profetas, enseñan no solo a los hombres, sino también a los ángeles y a las virtudes invisibles[15]. ¿Por qué hablo del Salvador? También los profetas y los apóstoles anuncian lo que dicen no solo a los hombres, sino también a los ángeles.

Y para que sepas que esto es verdad, dice el texto sagrado: *Escucha, cielo, voy a hablar*[16], y también: *Te cantaré en presencia de los ángeles*[17], y *alabad al Señor, cielos de los cielos y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor*[18], y *vosotros, ángeles, alabadlo*[19], y *bendice, alma mía, al Señor en cualquier lugar de su imperio*[20].

En muchos lugares, y sobre todo en los Salmos, notarás que la palabra se dirige a los ángeles y que se le ha concedido a un hombre que posee el Espíritu Santo el poder de interpelar a los ángeles. En efecto, en el Apocalipsis de Juan está escrito: *Escribe al ángel de la iglesia de Éfeso: tengo algo contra ti*[21]. Y también: *Escribe al ángel de la iglesia de*

Pérgamo: tengo algo contra ti[22]. Se trata ciertamente de un hombre que escribe a los ángeles y les ordena algo.

8. Yo no tengo ninguna duda de que también en nuestra asamblea hay ángeles, no solo en general a cargo de toda la iglesia, sino también de cada uno[23]. Son esos ángeles de los que el Señor dice: *Sus ángeles contemplan siempre la faz de mi Padre que está en los cielos*[24]. Dos iglesias están aquí presentes, una de hombres y otra de ángeles.

Si decimos algo que es conforme a la razón y está de acuerdo con las Escrituras, los ángeles se alegran y oran con nosotros. Precisamente porque los ángeles están presentes en la Iglesia –al menos en aquella que lo merece y es de Cristo–, está prescrito a las mujeres que rezan *que se cubran con un velo la cabeza por respeto a los ángeles*[25].

¿A qué ángeles? A los que asisten a los santos y encuentran su alegría en la Iglesia. Nosotros no los vemos porque nuestros ojos están ofuscados por la sordidez de los pecados. Pero los ven los apóstoles, a quienes dice Jesús: *En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre*[26].

9. Si yo tuviera este don de ver a los ángeles, como los apóstoles y Pablo los vieron, entonces contemplaría ahora una multitud de aquellos que veía Eliseo y que Guejazi, que estaba con él, no veía. Guejazi tenía miedo de ser capturado por los enemigos, porque él solamente veía a Eliseo. Pero Eliseo, como profeta del Señor, ora y dice: *Oh Señor, abre los ojos a este muchacho para que vea que hay muchos más con nosotros que con ellos*[27]. Y al instante, ante los ruegos del santo varón, Guejazi contempló a los ángeles que antes no veía.

Hemos explicado todo esto para mostrar que Juan no solo instruyó a los publicanos que recaudaban los impuestos del estado, sino también a otros, concretamente a quienes acudían a él por la penitencia y no eran propiamente publicanos. Lo mismo ocurría con los soldados que acudían al bautismo de penitencia.

Porque no solo vinieron Juan y los profetas, sino también el mismo Salvador para predicar una penitencia saludable a los hombres, a los ángeles y a las demás potencias, a fin de que *en el nombre del Señor Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*[28]: *a Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[29].

HOMILÍA XXIV

Sobre el pasaje: *Yo os bautizo en agua*, hasta donde se dice: *Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego* (Lc 3, 16).

1. El pueblo aceptó a Juan, que era menor que Cristo, porque lo tenía por el Cristo y pensaba que posiblemente lo era; pero al que era mayor que Juan no lo aceptó cuando vino. ¿Quieres saber por qué? Toma nota de esto: porque el bautismo de Juan era visible y el de Cristo era invisible.

«Yo, en verdad –dice Juan–, os bautizo en agua, pero el que viene después de mí, que es mayor que yo, os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego». Mas ¿cuándo bautiza Jesús con el Espíritu Santo y cuándo con fuego? ¿Acaso tienen lugar al mismo tiempo uno y otro, o en distintos momentos[2]?

Pero vosotros –dice Él mismo– *seréis bautizados en el Espíritu Santo pasados no muchos días*[3]. Los apóstoles fueron bautizados «en el Espíritu Santo», después de su ascensión a los cielos; que fueran bautizados «en fuego», la Escritura no lo recuerda[4].

2. Pero así como Juan esperaba a los que acudían al bautismo junto al río Jordán y a unos los rechazaba con las palabras «raza de víboras» y demás y a otros los acogía porque confesaban sus vicios y pecados, así también nuestro Señor Jesucristo estará dentro del río de fuego blandiendo la *flameante espada*[5] para bautizar en ese río y dejar pasar hasta el lugar que desea a todo aquel que, tras su salida de esta vida, aspire a acceder al Paraíso y necesite una purificación[6].

Por el contrario, a quien no tiene el signo del primer bautismo no lo bautizará tampoco con el bautismo de fuego[7]. En efecto, es necesario que antes uno haya sido bautizado «en agua y Espíritu» para que, cuando llegue al río de fuego, pueda demostrar que ha mantenido el bautismo del agua y del Espíritu, y entonces merezca recibir también el bautismo de fuego en Jesucristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[8].

HOMILÍA XXV

Sobre la sospecha que el pueblo tenía de que Juan quizás fuese el Cristo (Lc 3, 15).

1. Incluso el amor es peligroso si va más allá de la moderación. Porque quien ama a alguien debe considerar la naturaleza y los motivos de ese amor y no amar a esa persona más de lo que merece. Pues si va más allá de la medida y la moderación de la caridad, tanto el que ama como el amado estarán en pecado. Para que esto quede más claro, pongamos a Juan como ejemplo.

El pueblo lo admiraba y lo amaba, y en verdad era digno de que se le tributara más admiración que a otros hombres, porque vivía de una manera diferente a los demás mortales. Todos nosotros no nos contentamos con una comida única, sino que disfrutamos con la variedad de los alimentos; no es suficiente beber un solo vino, sino que compramos vinos de diferente sabor.

2. Juan, por el contrario, siempre se alimentaba *con langostas*, siempre con *miel silvestre*[1], y se contentaba con una comida sencilla y ligera, no fuera a ser que su cuerpo engordara con guisos pesados y se cargara con platos exquisitos. Porque nuestros cuerpos son de una naturaleza tal que se vuelven pesados con alimentos superfluos y, una vez que

el cuerpo ha engordado, también el alma siente esa carga, ella que se encuentra difundida por todo el cuerpo y está sometida a sus sufrimientos. Por eso, con razón se les dice a quienes pueden observar esto: *Bueno es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que escandalice a tu hermano*[2].

Así pues, la vida de Juan era digna de admiración y muy diferente de la conducta de los demás hombres. No tenía bolsa ni criado, ni siquiera una modesta choza.

3. Vivía en el desierto, no solo *hasta el día de su manifestación a Israel*[3], sino también en el tiempo durante el cual predicaba al pueblo la penitencia. Vivía en una región solitaria de Judea y saciaba su sed con simple agua, para diferenciarse de los demás también en la bebida.

Nosotros, que vivimos en las ciudades, que estamos en medio del pueblo, buscamos vestidos y alimentos y viviendas más confortables. Por el contrario, mirad qué vestido llevaba él, que moraba en el desierto: se había hecho una túnica «de piel de camello» y se ceñía «con un cinturón de cuero»[4].

Todo en él era desacostumbrado, y precisamente por lo inusitado de su vida, todos los que lo veían lo admiraban, y al admirarlo, lo veneraban celosamente sobre todo lo demás, porque bautizaba a los que hacían penitencia «para la remisión de los pecados».

4. Tenían en verdad toda la razón para admirarlo por esos motivos, pero no guardaban una justa medida en la caridad porque *pensaban si no sería él el Cristo*[5]. Por temor a ese cariño desordenado e irracional, el apóstol Pablo decía de sí mismo: *Temo que alguien piense de mí algo por encima de lo que ve u oye de mí, y que la grandeza de las revelaciones me llene de orgullo*[6], etc.

Por miedo a caer en ese mismo peligro, Pablo no quería revelar todo lo que sabía, para que nadie lo tuviera por algo superior a lo que se veía y, excediendo la medida de la veneración, dijera lo que se había dicho de Juan: «que quizás fuera el Cristo».

Eso es ciertamente lo que algunos han dicho de Dositeo, el hereje samaritano[7]; y otros de Judas, el galileo[8]. En definitiva, algunos han incurrido en tal exceso de amor hacia Pablo, que han imaginado extravagancias nuevas e inauditas sobre él.

5. En efecto, algunos pretenden que las palabras de la Escritura: *Sentarse a la izquierda y a la derecha*[9] del Salvador, se refieren a Pablo y a Marción[10], porque Pablo se sentará a la derecha y Marción a la izquierda. Pues bien, otros, cuando leen *os enviaré un intercesor, el Espíritu de verdad*[11], no quieren entender que se trata de la tercera persona distinta del Padre y del Hijo y de la sublimidad de la naturaleza divina, sino del apóstol Pablo.

¿No te parece que todos estos han amado más de lo que conviene y, en su admiración por la virtud del uno o del otro, han perdido la mesura del amor?

6. También nosotros en la Iglesia sufrimos del mismo exceso. En efecto, muchos, al dispensarnos más amor del que merecemos, lanzan especies de este tipo, y mientras alaban nuestros sermones y nuestra doctrina, dicen cosas que nuestra conciencia no aprueba. Otros, por el contrario, calum-

nian nuestros escritos y nos echan en cara opiniones que no somos conscientes de haber enunciado jamás[12].

Mas ni los que nos aman demasiado ni los que nos odian guardan la mesura de la caridad, y mienten, los unos por caridad, los otros por odio. De ahí que sea necesario poner freno incluso al amor y no dejarlo en libertad para que oscile tanto de acá para allá, que caiga en el precipicio.

En el Eclesiastés está escrito: *No seas justo en exceso ni te pierdas en pensamientos tan amplios que te aturdas*[13]. Siguiendo este ejemplo, yo puedo decir algo semejante: no ames a un hombre «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»; no ames a un ángel «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas», sino guarda este precepto solo respecto a Dios, de acuerdo con la palabra de nuestro Salvador. Él dice, en efecto: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*[14].

7. Alguno puede responderme y decir: «el Salvador ha mandado "amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo". Yo quiero amar también a Cristo. Enséñame, por tanto, cómo amarlo. Porque si amo al prójimo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, actúo contra el mandamiento de Dios para querer de ese modo a otro que no es Él.

Pero si lo amo menos que al Padre omnipotente, temo ser hallado impío y profanador respecto al *primogénito de toda criatura*[15]. Enséñame y muéstrame el modo en que,

avanzando por en medio de ambos extremos, debo amar a Cristo».

¿Quieres saber con qué caridad debe ser amado Cristo?

8. ¡Escucha un momento! «Ama al Señor Dios tuyo» en Cristo y no pienses que es posible tener una caridad diferente al Padre y al Hijo. Ama al mismo tiempo a Dios y a Cristo; ama al Padre en el Hijo y al Hijo en el Padre «con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Y si alguien te interroga diciendo: «prueba lo que dices a partir de las Escrituras», que escuche al apóstol Pablo, quien amaba de un modo razonable cuando afirmaba: *Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor y Salvador nuestro*[16]: *a Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[17].

HOMILÍA XXVI

Sobre el pasaje: *Tiene el bieldo en su mano y limpiará su era*, hasta el lugar donde dice: *Y recogerá el trigo en su granero* (Lc 3, 17).

1. *Dios es espíritu, y los que lo adoran, conviene que lo adoren en espíritu y verdad*[1]. Nuestro Dios es también *un fuego devorador*[2]. Por tanto, Dios recibe dos nombres: «espíritu» y «fuego»; es espíritu para los justos, fuego para los pecadores. Mas también a los ángeles se los llama «espíritu» y «fuego». *Él* –dice la Escritura a propósito de Dios– *hace espíritus a sus ángeles y un fuego ardiente de sus servidores*[3].

Los ángeles son «espíritu» para todos los santos, pero someten a «fuego» y abrasan a aquellos que merecen castigo. En este sentido, también nuestro Señor y Salvador, siendo «espíritu», «vino a traer fuego a la tierra[4]». Es «espíritu» según aquello que dice la Escritura: *Cuando te hayas convertido al Señor, caerá el velo*[5], y *el Señor es espíritu*[6].

2. Por otra parte, «ha venido a traer fuego», no sobre el cielo, sino «sobre la tierra», como él mismo lo atestigua, al decir: «fuego he venido a traer sobre la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda ya?». Porque si «te conviertes al Señor»,

que es «espíritu», Cristo será espíritu para ti y para ti no habrá «venido a prender fuego a la tierra». Pero si no te conviertes a Él, sino que tienes en ti la tierra y sus frutos, «habrá venido a traer fuego a la tierra» que hay en ti.

A esto se añade algo semejante que está escrito a propósito de Dios: *El fuego de mi cólera ha ascendido* no solo hasta el cielo, sino *hasta el fondo del infierno*, y *devorará* no el cielo, sino *la tierra y sus gérmenes*[7].

3. ¿Con qué finalidad he recordado todo esto? Porque también el bautismo de Jesús es «en el Espíritu Santo» y «en el fuego». No olvido lo que he dicho anteriormente[8] ni pierdo de vista la explicación anterior, pero quiero añadir una nueva interpretación.

Si eres santo, serás bautizado en el Espíritu Santo; si eres pecador, serás sumergido en el fuego; uno y el mismo bautismo se convertirá en condena y fuego para los indignos y los pecadores, mientras que a los santos y a quienes se convierten al Señor con fe plena deberá atribuírseles la gracia del Espíritu Santo y la salvación[9].

Así pues, el que dice la Sagrada Escritura que bautiza «en el Espíritu Santo y en el fuego» tiene «el bieldo en su mano y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, mientras que quemará la paja en un fuego inextinguible».

Quiero encontrar la razón por la que nuestro Señor tiene el «bieldo» y por qué soplo de viento la paja ligera es llevada aquí y allá, mientras que el trigo, más pesado, es trasportado a un mismo lugar; porque sin viento no se pueden separar el trigo y la paja.

4. Pienso que hay que entender por viento las tentaciones que, en el montón confuso de los fieles creyentes, mues-

tran que unos son paja y otros trigo. Porque cuando tu alma ha sido vencida por una tentación, no es la tentación la que la ha convertido en paja, sino que a ti, que eras paja –es decir, ligero y sin fe–, la tentación te ha mostrado que eras lo que mantenías oculto.

Por el contrario, cuando te enfrentas con ánimo fuerte a la tentación, esta no te hace fiel y paciente, sino que revela las virtudes de la paciencia y de la fortaleza que estaban ya en ti, pero ocultas. *Porque* –dice el Señor– *¿piensas que te he hablado para otra cosa que para hacerte pasar por justo*?[10]. Y en otro lugar: *Te he afligido y hecho sufrir penuria a fin de que se manifestara lo que estaba en el interior de tu corazón*[11].

De este modo, además, la tempestad no permite que el edificio se construya sobre arena, sino que, si quieres edificar, tienes que hacerlo *sobre piedra*[12]. Entonces, cuando la tempestad se desencadene, no destruirá lo que está construido «sobre piedra», pero prueba sin duda que lo que se mueve «sobre la arena» no estaba bien fundamentado.

5. Por todo esto, antes de que la tempestad se levante, antes de que las ráfagas de viento soplen con fuerza, antes de que crezcan los ríos, cuando aún todo está en silencio[13], volquemos todo nuestro esfuerzo en poner los fundamentos de los edificios, edifiquemos nuestra casa con las piedras sólidas y variadas de los mandamientos divinos a fin de que, cuando la persecución arrecie y el torbellino de la calamidad se ensañe con los cristianos, demos pruebas de que

nuestro edificio está fundado «sobre la piedra» que es Jesucristo.

Pero si alguno reniega de Él –lejos de nosotros esa desgracia–, sepa ese tal que no ha negado a Cristo en el momento en que lo ha hecho visiblemente, sino que llevaba ya en sí mismo simientes y raíces antiguas de negación; entonces lo que tenía dentro se ha hecho notorio y ha aparecido a la luz del día.

Roguemos, pues, al Señor que seamos un edificio sólido, al que ningún huracán podrá destruir, «fundamentado sobre la piedra» de nuestro Señor Jesucristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[14].

HOMILÍA XXVII

Sobre el pasaje: *Por medio de sus exhortaciones anunciaba muchas otras cosas*, hasta el lugar donde dice: *El Espíritu Santo descendió sobre Él* (Lc 3, 18-22).

1. Quien enseña la palabra del Evangelio anuncia no una, sino múltiples verdades. Este es sin duda el sentido de la Escritura cuando afirma: «Por medio de sus exhortaciones anunciaba también otras muchas cosas». Por consiguiente, Juan predicaba al pueblo también cosas que no están escritas; mas considerad la importancia de las que han sido escritas.

Anunció a Cristo, lo señaló con el dedo, predicó el bautismo en el Espíritu Santo, enseñó la salvación a los publicanos, la disciplina a los soldados; dijo que se limpiara la era, que se talaran los árboles y todo lo demás que narra la historia evangélica. Pero, aparte de lo que está escrito, anunció otras cosas que no están escritas, como muestran las palabras: «por medio de sus exhortaciones anunciaba también al pueblo otras muchas cosas».

2. Y así como en el Evangelio según Juan se cuenta de Cristo que dijo aún otras muchas cosas *que no están escritas en este libro*[1] y *que, si se escribieran, creo que este mun-*

do no podría contener todos los libros que haría falta escribir[2], del mismo modo date cuenta de que en este pasaje posiblemente Lucas –dado que Juan Bautista anunciaba algunas verdades demasiado elevadas para ser confiadas a la escritura– no ha querido describirlas con palabras, sino que solo ha constatado que fueron dichas. Por eso escribe: «por medio de sus exhortaciones, anunciaba también al pueblo otras muchas cosas».

Admiremos a Juan también por lo que viene a continuación, sobre todo por aquello de que: *Entre los nacidos de mujer no hay nadie superior a Juan Bautista*[3] y porque alcanzó, gracias a sus virtudes, un grado tal de fama que muchos lo tenían por el Cristo[4].

3. Pero hay todavía algo mucho más admirable: Herodes, el tetrarca, tenía poderes reales y podía condenar a muerte a quien quisiera. Pero cuando hizo algo injusto y que iba contra la ley de Moisés –tomar como mujer a la de su hermano, que tenía una hija de su primer marido–, Juan no le temió ni hizo acepción de la persona, no pensó –como digo– en su poder real, no temió a la muerte –porque no necesitaba ser un profeta para saber que, si lo exasperaba, era capaz de matarlo–, sino que, consciente de todas esas circunstancias, corrigió a Herodes con la libertad propia de un profeta[5] y le reprochó su matrimonio incestuoso.

Encerrado en la cárcel por este motivo, no se preocupó de la muerte ni de un juicio de resultado incierto, sino que, en medio de sus cadenas, pensaba en Cristo, a quien había anunciado. Y, al no poder acudir a Él en persona, envía a

dos discípulos suyos para que lo interroguen: *¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?*[6].

4. Observa que Juan enseñaba incluso en la prisión. De ahí que, incluso en aquel lugar, tuviese discípulos. Y ¿por qué motivo tenía discípulos incluso allí y por qué causa estos perseveraban en aquel lugar, si no es porque también en la cárcel desempeñaba su oficio de maestro y los instruía con palabras divinas? En medio de esos coloquios, cuando se planteó la cuestión sobre Jesús, envía a algunos de sus discípulos y pregunta a Cristo: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?».

Los discípulos regresan y cuentan a su maestro lo que el Salvador les ha mandado que le anuncien. Armado con estas palabras, acude Juan seguro al combate y de buena gana se deja decapitar, confiado en la palabra del mismo Señor, que afirma ser el verdadero Hijo de Dios en el que él creía.

Esta fue la libertad de Juan Bautista y la locura de Herodes, quien a sus muchos crímenes añadió aún este: primero, encerrar a Juan en la cárcel y después degollarlo.

5. El Señor fue bautizado, los cielos se abrieron, el «Espíritu Santo descendió» sobre Él y una voz venida del cielo, como un trueno, dijo: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido».

Por todo eso, hay que decir que con ocasión del bautismo de Jesús el cielo se abrió, y que lo hizo para conceder la remisión de los pecados –no a Aquel *que no había cometido pecado, ni se halló en su boca dolo alguno*[7], sino a todo el mundo–, y que el Espíritu Santo descendió para que el Señor, después de *haber subido a las alturas, llevando cautiva a la cautividad*[8], nos comunicara el Espíritu que había venido a Él.

Este es ciertamente el Espíritu que nos dio, una vez resucitado, con las palabras: «Recibid al Espíritu Santo. A quien perdonéis los pecados le serán perdonados; a quien se los retuviereis, le serán retenidos[9]». Así pues, «descendió sobre el Salvador el Espíritu Santo en forma de paloma», el pájaro de la dulzura, inocente y sencillo.

De ahí que a nosotros también se nos mande que imitemos la inocencia de las palomas[10]. Así es el Espíritu Santo: puro, alado y elevándose al cielo.

6. Por eso decimos, al rezar: *¿Quién me dará alas como las de la paloma, y volaré y descansaré?* [11]. Es decir, ¿quién me dará las alas del Espíritu Santo? Y en otro lugar la palabra del profeta promete: *Si reposáis entre los muros del redil, las alas de la paloma son de plata y las plumas de su espalda adquieren el fulgor del oro*[12].

En efecto, si reposamos «entre los muros» del Antiguo y del Nuevo Testamento, se nos darán las «alas plateadas de la paloma», es decir, las palabras de Dios, «y las plumas de su espalda» radiantes por el «brillo» y el fulgor «del oro»[13]. De ese modo nuestra inteligencia encontrará su plenitud en la sabiduría del Espíritu Santo, es decir, nuestra palabra y nuestra mente se colmarán con la venida del Espíritu Santo y no hablaremos ni entenderemos otra cosa que lo que Él nos haya sugerido.

Y toda santidad, tanto en nuestro corazón como en nuestros labios y en nuestras obras, provendrá del Espíritu Santo en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[14].

HOMILÍA XXVIII

Sobre la genealogía del Salvador y las divergencias entre Mateo y Lucas a propósito de sus progenitores (Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-28).

1. A esta altura (del Evangelio) se describe que nuestro Señor y Salvador –que fue muy superior a Melquisedec, cuya genealogía no reveló la Escritura– nació según una línea de antepasados. Ahora bien, puesto que su divinidad no está sometida a un origen humano, es evidente que quiso nacer para ti, que has nacido de un origen carnal. Sin embargo, los evangelistas no describen del mismo modo esa genealogía, dificultad que ha perturbado no poco a muchos.

En efecto, Mateo comienza a relatar la serie de sus antepasados a partir de Abraham, hasta llegar al versículo en el que dice: *Por su parte, la generación de Jesucristo fue así*[1], y describe al que viene al mundo, no al que fue bautizado[2]. Por el contrario, Lucas, al describir su árbol genealógico, tras haber narrado su bautismo, no procede de los grados superiores a los inferiores, sino que se remonta hasta Dios mismo[3].

2. Además, en esa cadena, que se describe una vez en orden descendente y otra en orden ascendente, no se encuentran las mismas personas. Mateo, que lo muestra descendiendo de los cielos, introduce también a algunas mujeres –y no a unas cualesquiera, sino a unas pecadoras– que han sido reprobadas por la Escritura. Lucas, que habla de Cristo después de haber sido bautizado, no menciona a ninguna mujer.

Así pues, como hemos dicho, Mateo menciona a Tamar, que fue concubina de su suegro por medio de un engaño[4]; a Rut, la moabita, que no era ni siquiera de raza israelita[5]; a Rahab, que soy incapaz de saber de dónde procede[6]; y a la mujer de Urías, que profanó el lecho conyugal[7].

Mas como nuestro Señor y Salvador había venido a tomar sobre Él los pecados de los hombres y Dios *hizo pecado por nosotros al que no había cometido pecado*[8], por eso mismo al descender al mundo asumió el papel de los hombres pecadores y viciosos y quiso proceder de la estirpe de Salomón, cuyos pecados son narrados en la Escritura[9], y de Roboam, cuyas transgresiones son mencionadas[10], y de todos los demás, de entre los cuales muchos *hicieron el mal a los ojos de Dios*[11].

3. Pero cuando se incorpora tras el bautismo y por segunda vez se describe su origen[12], no procede del linaje de Salomón, sino del de Natán[13], que reprochó a su padre David la muerte de Urías y el nacimiento de Salomón.

Pero si en Mateo se emplea siempre la palabra «engendró», aquí se omite completamente. Mateo escribe: *Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos; Judá engendró a Farés y Zaram de Tamar*[14], y hasta el final siempre aparece la expresión «engendró».

Sin embargo, en Lucas, cuando Jesús se incorpora del bautismo, se dice de Él que *era tenido por hijo de José*[15], y en esa serie tan larga de nombres nunca se emplea la palabra «generación», si se exceptúa esta frase «era tenido por hijo de José».

4. En Mateo no está escrito que «comenzaba». Sin embargo, en Lucas, ahora cuando se incorpora tras el bautismo, leemos que «comenzaba», puesto que la Escritura dice textualmente: *Tenía Jesús al comenzar...*[16]. Pues cuando fue bautizado y asumió el misterio de un segundo nacimiento, a fin de que tú también destruyas tu primer nacimiento y nazcas a una segunda regeneración, entonces se dice que «comenzó».

Y así como el pueblo judío, cuando estaba en Egipto, no tenía ninguno que fuera el inicio de los meses y solo cuando salió de Egipto se le dijo: *Este mes, el inicio de los meses, será para vosotros el primero de los meses del año*[17], así también no se puede decir del que todavía no ha sido bautizado que «ha comenzado».

Por eso no podemos pensar que se ha añadido sin razón lo que se dice: «El mismo Jesús tenía...» –y lo que se añade– «al comenzar».

5. Debemos examinar también esta frase: «alrededor de treinta años». *José tenía treinta años*[18] cuando fue liberado de la prisión y, tras haber interpretado el sueño del faraón, fue nombrado intendente de Egipto y almacenó trigo en tiempos de abundancia para poder luego distribuirlo en tiempos de hambre.

Yo pienso que los treinta años de José preceden de una manera simbólica a los treinta años del Salvador[19]. Porque este segundo José, Jesús, almacena un trigo que no es como el de José en Egipto, sino un trigo auténtico y celestial, a fin de tener para distribuir un trigo almacenado en tiempos de prosperidad, cuando el hambre vuelva a aparecer en Egipto, *no un hambre de pan, ni una sed de agua, sino el hambre de escuchar la palabra de Dios*[20].

6. Por tanto, Jesús, en los profetas, en la Ley, en los apóstoles, recoge palabras del tiempo de la abundancia para que, cuando ya no se escriben libros ni se ratifican nuevas alianzas ni se envían nuevos apóstoles, entonces se puedan distribuir todas las palabras almacenadas por Jesús en el hórreo de los apóstoles –esto es, en sus almas y en las de todos los santos–, y se pueda alimentar a Egipto, amenazado de hambre, sobre todo a sus hermanos, de quienes está escrito: *Explicaré tu nombre a mis hermanos, te cantaré en medio de la asamblea*[21]».

Otros hombres tienen también palabras de paciencia, palabras de justicia y palabras de las demás virtudes: este es el

trigo que José distribuyó a los egipcios. Pero es otro el trigo que Jesús da a sus hermanos, es decir a sus discípulos, venidos de la tierra de Gesen[22], la que mira al oriente: el trigo evangélico, el trigo apostólico[23].

De este trigo debemos hacernos panes, pero de tal manera que no se mezclen con la *levadura vieja*[24] y tengamos un pan nuevo, molido a partir del trigo y la harina de las Escrituras en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[25].

HOMILÍA XXIX

Sobre el pasaje: *Y Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó*, así como de su primera tentación (Lc 4, 1-4)

1. Cuando lees en el Evangelio: «Jesús regresó lleno del Espíritu Santo», y en los Hechos de los Apóstoles –donde a propósito de estos últimos está escrito que estaban *llenos del Espíritu Santo*[1]– guárdate de pensar que los apóstoles son iguales que el Salvador, sino reconoce que Jesús, los apóstoles y cualquier otro de entre los santos están llenos del Espíritu Santo a la medida de su capacidad.

Y así como si tú quieres decir, por ejemplo, «estos recipientes están llenos de vino o de aceite», no por eso afirmas sin más que contienen la misma cantidad –ya que en uno puede caber un sextante, en otro una urna y en otro un ánfora[2]–, del mismo modo Jesús y Pablo estaban llenos del Espíritu Santo. Pero el vaso de Pablo era mucho más pequeño que el de Jesús, y sin embargo uno y otro estaban llenos según su capacidad.

2. Por tanto, una vez recibido el bautismo, el Salvador, «lleno del Espíritu Santo», que había descendido de los cielos sobre Él «en forma de paloma, era conducido por el Espíritu», *porque todos aquellos que son conducidos por el Espíritu son hijos de Dios*[3].

Ahora bien, propiamente hablando, Jesús era por encima de todos el Hijo de Dios, y por eso convenía que Él en persona fuera conducido por el Espíritu. Efectivamente está escrito: *Fue conducido al desierto por el Espíritu durante cuarenta días y tentado por el diablo*[4].

Jesús es tentado durante cuarenta días y no sabemos de qué tipo de tentaciones se trata. Quizá hayan sido silenciadas porque eran demasiado fuertes para ser confiadas a la Escritura. Y así como es oportuno decir que *el mundo no habría podido contener todos los libros*[5] si se hubieran consignado por escrito la doctrina y los hechos de Jesús, así también el mundo no habría podido soportar las tentaciones del diablo que tuvo que sufrir el Señor durante cuarenta días, si la Escritura las hubiera mostrado.

Nos basta con saber que «estuvo en el desierto cuarenta días, que fue tentado por el diablo y que no comió nada durante ese tiempo» porque mortificaba el deseo de la carne con un ayuno asiduo y continuo.

3. *Y cuando se cumplieron esos días, tuvo hambre. Entonces le dijo el diablo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan*[6]. «Di a esta piedra». Pero ¿a qué piedra? Seguramente a la que señalaba el diablo, a la que él quiere que se convierta en pan. ¿Qué tipo de tentación es esta que, mientras que un padre a quien un hijo ruega que le dé un pan no le da una piedra[7], aquí el enemigo, traicionero y falaz, da una piedra en lugar de pan?

¿Esto es todo lo que el diablo quería: que la piedra se convirtiera en pan y que los hombres no comieran pan, sino la piedra que él les había mostrado como si fuera pan? Yo pienso que todavía hoy el diablo señala una piedra e incita a cada uno a pronunciar esa palabra: «di que esta piedra se convierta en pan».

Todas las tentaciones que debían sufrir los hombres, el Señor las ha sufrido primero en la carne que Él ha asumido. Pero ha sido tentado para que nosotros podamos vencer, gracias a su victoria.

4. Quizá mis palabras quedan poco claras, a no ser que las ilustre con un ejemplo. Si ves que los herejes comen, en vez de pan, la mentira de sus doctrinas, has de saber que su manera de hablar es la piedra que señala el diablo. Pero no creas que este dispone de una sola piedra; tiene muchas, mencionadas por Mateo, cuando escribe: *Di que estas piedras se conviertan en panes*[8].

Marción ha pronunciado esas palabras y la piedra del diablo se ha convertido en pan para él[9]. Valentín[10] las ha pronunciado y otra piedra se ha convertido en pan para él. También Basílides[11] ha tenido un pan de este tipo, y todos los demás herejes. De ahí que sea necesario velar con solicitud, no vaya a ser que, mientras comemos una piedra del diablo, pensemos que nos alimentamos con el pan divino.

Si no es así, ¿en qué consistía la tentación de que el Salvador convirtiera una piedra en pan y la comiera? Imaginé-

monos, pues, que a propuesta del diablo el Señor hubiera convertido la piedra en pan, hubiera comido lo que él mismo había hecho con su poder y hubiera saciado su hambre, ¿dónde habría estado la tentación, dónde la victoria sobre el diablo si todo esto se hubiera escrito en su sentido literal[12]?

5. Como ya hemos dicho, si se analizan tanto las palabras como los hechos con profundidad, demuestran, por una parte, que fue real la tentación de que las palabras se cumplieran, y por otra, que se produjo la victoria, puesto que la propuesta fue rechazada.

Al mismo tiempo se demuestra que este pan, hecho de una piedra, no es la palabra de Dios que alimenta al hombre y de la cual está escrito: *No solo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios*[13].

Yo te contesto, ser taimado y perverso que no tienes ningún reparo en tentarme: hay otro pan, el de la palabra de Dios que vivifica al hombre. Y –considerémoslo al mismo tiempo–, no es el Hijo de Dios el que habla así, sino el hombre que el Hijo de Dios se ha dignado asumir[14]. En efecto,

responde en su calidad de hombre y dice: *Escrito está: no solo de pan vivirá el hombre*[15]. Lo cual demuestra que no fue tentado Dios, sino el hombre.

6. Al examinar con diligencia el sentido de la Escritura, creo descubrir la razón por la que Juan no ha descrito la tentación del Señor, sino solo Mateo, Lucas y Marcos. En efecto, puesto que Juan había comenzado por Dios, diciendo: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*[16] y no podía describir el modo en el que se ha producido la generación divina, sino que solamente había expresado que el Verbo procedía de Dios y estaba con Él, añadió: *Y el Verbo se hizo carne*[17]. Ahora bien, como Dios, de quien estaba hablando, no puede ser puesto a prueba, por eso no incluye la escena en la que es tentado por el diablo.

Por el contrario, en el Evangelio de Mateo, en el «libro de la generación de Jesucristo», se narra la genealogía de aquel hombre que había nacido de María; en el de Lucas se describe su generación humana, y en el de Marcos es un hombre el que es tentado. Por eso se registra una respuesta similar de Jesús: «no solo de pan vive el hombre». Por tanto, si el Hijo de Dios, que es Dios, se ha hecho hombre por ti y es tentado, tú, que eres hombre por naturaleza, no debes indignarte si acaso eres tentado.

7. Y si en la tentación imitas a aquel hombre que por ti fue tentado y si vences todo tipo de tentación, tendrás parte en la esperanza de quien entonces fue hombre pero ahora ha dejado de serlo. Porque el que en otro tiempo era hombre, después de haber sido tentado y *haberse apartado*

de Él el diablo hasta el momento[18] de su muerte, *ha resucitado de entre los muertos y no muere ya más*[19].

Todo hombre está sometido a la muerte; por tanto, este que jamás muere ya no es un hombre, sino Dios. Y si es Dios el que en otro tiempo fue hombre y si te conviene hacerte semejante a Él –*puesto que seremos semejantes a Él y lo veremos tal cual es*[20]–, tienes necesidad de convertirte en Dios[21], en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[22].

HOMILÍA XXX

Sobre la segunda tentación del Salvador (cf. Lc 4, 5-8)

1. Tanto el Hijo de Dios como el Anticristo aspiran a reinar. Pero el Anticristo desea reinar para matar a los que ha sometido[1]; Cristo reina para salvar. Sobre cada uno de nosotros, si es fiel, reina Cristo como Palabra, Sabiduría, Justicia y Verdad. Si, por el contrario, amamos más el placer que a Dios, sobre nosotros reina el pecado, del que el Apóstol dice: *Por tanto, que el pecado no reine en vuestro cuerpo mortal*[2].

Así pues, dos reyes se enfrentan presurosos con intención de reinar: el rey del pecado, el diablo, sobre los pecadores, y el rey de la justicia, Cristo, sobre los justos. El diablo sabía que Cristo había venido para eso: para quitarle su

reino y para que quienes estaban bajo su poder comenzaran a estar bajo el dominio de Cristo. Por eso «le mostró todos los reinos del mundo» y los hombres de este mundo: cómo unos están dominados por la lujuria y otros por la avaricia; aquellos se encuentran arrebatados por la brisa de la popularidad y estos, cautivados por la seducción de la belleza.

2. Pero no debe pensarse que, al mostrarle los reinos de este mundo, pusiera ante sus ojos, por ejemplo, el imperio de los persas o el de los indios, sino que «le mostró todos los reinos del mundo», es decir, su reino[3]; o sea, cómo él reinaba en el mundo, de modo que comprometiendo a Cristo a hacer lo que él quería, comenzara a tenerlo sometido también a Él.

«¿Quieres reinar sobre todos estos seres?», le dice. Le mostró multitudes innumerables de hombres que estaban sometidas a su imperio. Y, en verdad, si nosotros estamos dispuestos a confesar sencillamente nuestra miseria y nuestra infidelidad, el diablo es rey de casi todo el mundo; de ahí que el Salvador lo llame *príncipe de este mundo*[4].

Por tanto, lo que quiere decir es esto: «¿ves a estos hombres que están bajo mi dominio?». Y *se los muestra en un instante*[5], es decir, en el actual devenir del tiempo que, en comparación con la eternidad, tiene el valor de un punto instantáneo.

3. En realidad, el Salvador no necesitaba que le mostraran por más tiempo todos los asuntos de este mundo; en cuanto volvió sus ojos a este espectáculo, contempló tanto el reino del pecado como a quienes eran dominados por él,

y al mismo tiempo «al príncipe del mundo» en persona, es decir, al diablo ensoberbecido y gozándose en su obra de perdición por tener a tantos bajo su dominio.

Entonces el diablo dijo al Señor: ¿Has venido para esto, para luchar contra mí y para arrancar de mi poder a quienes tengo sometidos? No quiero que luches, no quiero que lo intentes ni que te expongas a las molestias de la lucha; una sola cosa te pido: *Postrándote, adórame*[6] y acepta todo el reino que está en mi poder.

En verdad nuestro Señor y Salvador quiere reinar y someter a su imperio a todas las gentes a fin de que sirvan a la justicia, a la verdad y al resto de las virtudes, pero quiere reinar como Justicia, para reinar sin pecado y no hacer nada infamante. Y no quiere ser coronado sin esfuerzo, sometido al diablo, ni reinar sobre los demás bajo la condición de estar sometido Él mismo al diablo.

4. Por eso le dice: *Está escrito: adorarás al Señor Dios tuyo y a Él solo servirás*[7].Quiero que todos estos hombres –dice– me estén sometidos con el fin de que adoren al Señor Dios y le sirvan a Él solo. Este es el ideal de mi reinado.

Pero tú quieres que comience por mí mismo el pecado que Yo he venido a quitar, que Yo deseo incluso desterrar de todos los hombres. Sábete y aprende que mantengo lo que ya he dicho: «sea adorado solo el Señor Dios y pondré a todos estos hombres bajo mi poder y los someteré a mi reinado».

Nosotros nos alegramos de estar sujetos a Él, y roguemos al Señor para que haga morir *al pecado que reina en nuestro cuerpo*[8] y que solo reine en nosotros Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[9].

HOMILÍA XXXI

Sobre la tercera tentación del Salvador (cf. Lc 4, 9-13).

1. Examinad las Escrituras a fin de descubrir grandes misterios, incluso en pasajes que aparentemente son sencillos[1]. Examinemos el inicio de la lectura del Evangelio que hoy hemos escuchado y pongamos de relieve lo que en ella se oculta.

Dice que el diablo «llevó a Jerusalén» a Jesús. Esto es increíble: que el diablo condujera al Hijo de Dios a Jerusalén y que este lo siguiera. Lo seguía, sin duda, como un atleta avanza voluntariamente hacia el combate. No temía al tentador ni recelaba las trampas de un enemigo especialmente astuto, sino que de algún modo le decía: «llévame adonde quieras, tiéntame como te plazca, me presto de buen grado a ser tentado, soporto tus sugestiones, me brindo a tentaciones de cualquier tipo; en todo, encontrarás que soy el más fuerte».

2. *Así pues, lo llevó a Jerusalén, lo colocó sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, arrójate abajo desde aquí*[2]. Lo llevó a la cima, hasta el pináculo del templo, y le exhorta a precipitarse desde allí. Pero como esta proposición era engañosa y, bajo capa de poner de manifies-

to la gloria de Cristo, perseguía otro objetivo, el Salvador contesta: *Escrito está: no tentarás al Señor, Dios tuyo*[3].

Considera al mismo tiempo con qué táctica tienta el diablo. No se atreve a tentar de otro modo, sino recurriendo al testimonio de los libros divinos y los salmos, que dicen: *Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Porque está escrito que dará órdenes a sus ángeles sobre ti, y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra*[4].

¿Cómo sabes tú, diablo, que estas palabras son de la Escritura? ¿Acaso has leído los profetas o conoces la palabra de Dios? Aunque tú calles, yo responderé por ti. Los has leído, pero no para hacerte mejor gracias a la lectura de esos libros santos, sino para matar por medio de una interpretación literal a quienes son amigos de la letra[5]. Sabes que, si quieres hablar a Cristo de otras obras, no lo engañarás, y que tus afirmaciones no podrán tener ninguna autoridad.

3. Así, como el diablo, lee las Escrituras Marción[6], así las lee Basílides[7], así Valentín[8], cuando, junto con el diablo, dicen al Salvador: «está escrito que dará órdenes a sus ángeles sobre ti, y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra».

Si alguna vez oyes invocar la Sagrada Escritura, guárdate de estar de acuerdo inmediatamente con el que habla. Más bien considera a tu interlocutor, su vida, sus opiniones y su

intención, no vaya a ser que simule ser santo –que no lo es– y bajo su piel de oveja esconda un lobo infectado del veneno de la herejía, no vaya a ser que en él hable el diablo a propósito de las Escrituras.

Pero así como el diablo habla a propósito de las Escrituras según las circunstancias del momento, así por el contrario, Pablo, para provecho de sus oyentes, no solo aduce el testimonio de las Escrituras, sino también el de libros profanos cuando dice: *Los habitantes de Creta son siempre mentirosos, bestias dañinas, vientres perezosos*[9], el de otro autor: *Porque nosotros también somos de esa raza*[10], o incluso el de un escritor de comedias: *malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*[11].

Mas ni el diablo citando las Escrituras podrá engañarme en esta ocasión, ni Pablo, al tomar algún ejemplo de autores profanos, me alejará de su doctrina. En efecto, Pablo ha tomado incluso las palabras de quienes no son nuestros para santificarlas.

4. Veamos, pues, el pasaje de las Escrituras que el diablo propone al Señor: «Porque está escrito que ha dado órdenes a sus ángeles sobre ti, y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra».

Observa cómo engaña incluso en la elección de las citas. En efecto, quiere disminuir la gloria del Salvador, como si éste necesitara la ayuda de los ángeles y fuera su pie a tropezar, a no ser que fuera levantado en sus manos. Toma un texto e interpreta, como si se refiriera a Cristo, un versículo que no ha sido escrito a propósito de Él, sino de los santos en general.

Con toda libertad y plena seguridad contradigo al diablo y afirmo que estas palabras no pueden aplicarse a la persona de Cristo[12]. En efecto, no necesita el socorro de los ángeles quien es mayor que ellos y posee en herencia un nombre muy superior al suyo. A ninguno de ellos ha dicho Dios alguna vez: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado yo*[13]. A ninguno de ellos ha hablado como a un hijo *el que hace espíritus a sus ángeles, y a sus siervos fuego ardiente*[14], sino solo a su Hijo, de quien habla en innumerables pasajes de los profetas.

5. Repito que el Hijo de Dios no tiene necesidad del auxilio de los ángeles. Sábete, diablo, más bien, que sin la ayuda de Jesús, los ángeles tropiezan. Y si alguno de aquellos de los que acabamos de escuchar *porque nosotros juzgaremos a los ángeles*[15] parece que ha tropezado, lo ha hecho porque no ha tendido su mano a Jesús para que, apoyado en Él, no tropezara.

En efecto, cuando uno, confiando en su propia virtud, no invoca la ayuda de Jesús, tropieza y cae. Y tú, diablo, si has caído *como un rayo del cielo*[16], ha sido porque no has querido creer en Jesucristo, el Hijo de Dios[17].

Pero para que reconozcas que las has interpretado erróneamente y que esas palabras deben entenderse como no referidas a Cristo, sino a los santos, escucha lo que viene a continuación. No es a Jesucristo, sino a los santos a quienes Dios libra *de la ruina y del demonio meridiano*[18]. Lee el salmo 90, cuyo inicio dice: *El que se cobija bajo la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del cielo*[19], y verás que esto se aplica más al hombre justo que al Hijo de Dios: *Caerán a tu costado mil y diez mil a tu derecha, pero a ti no te alcanzará; sin embargo, verás con tus ojos y contemplarás el premio de los pecadores*[20], y todo lo demás, que se refiere igualmente a la persona del hombre justo.

6. Pero, tomando los testimonios con una intención perversa, de modo que asegura que debe entenderse referido al Salvador lo que se dice de los justos, el diablo silencia y pasa por encima los versículos que están escritos contra él.

En efecto, después de haber dicho: «ha dado órdenes a sus ángeles sobre ti y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra», omitió lo que sigue:

Marcharás sobre el áspide y el basilisco y pisarás al león y al dragón[21].

¿Por qué guardas silencio sobre esto, sino porque tú eres «el basilisco», tú eres el reyezuelo[22] de todas las serpientes, tienes venenos más perniciosos que los demás, tú que causas inmediatamente la muerte de aquel a quien miras[23]? Sabes que existe otra fuerza perniciosa, aliada tuya, que se llama áspide y que está sometida al hombre justo, y es evidente que te callas todo eso.

7. Tú eres «el dragón», tú eres «el león», de los que está escrito: «marcharás sobre el áspide y el basilisco y pisarás al león y al dragón». Pero, aunque tú silencies todo esto, nosotros, que leemos la Escritura con más rectitud, sabemos que tenemos el poder de pisotearte y que este dominio se nos ha dado, no digo ya solo en el Antiguo Testamento –como se canta actualmente en el salmo–, sino en el Nuevo, cuando dice el Salvador: *He aquí que os doy poder para pisotear serpientes, escorpiones y toda clase de fuerzas del enemigo, y nada os dañará*[24].

Apoyados en tan gran poder, tomemos las armas y hagamos todo para pisotear al león y al dragón por medio de nuestra conducta. Es más, para saber cómo se pisotea al león y se machaca al dragón, lee la epístola de Pablo en la que afirma que el Hijo de Dios es pisoteado por el pecador[25].

Por tanto, si el que es pecador pisotea al Hijo de Dios, por el contrario el que es justo «pisotea al león y al dragón» y a «toda fuerza del enemigo» en el nombre de Jesucristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[26].

HOMILÍA XXXII

Sobre el pasaje: *Jesús se volvió con la fuerza del Espíritu Santo*, hasta el lugar donde dice: *Todos en la sinagoga tenían los ojos puestos en Él* (Lc 4, 14-20).

1. Al principio[1] se dice simplemente que Jesús, *lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto durante cuarenta días*[2]. Cuando fue tentado por el diablo, y dado que tendría que luchar aún contra él, se emplea por dos veces solo la palabra «Espíritu», sin otro añadido.

Pero una vez que ha superado, a base de luchar, las tres tentaciones de las que habla la Escritura, mira lo que se dice a propósito del Espíritu de un modo significativo e intencionado. Dice: «Jesús volvió con la fuerza del Espíritu». Se añade «la fuerza» porque había conculcado al dragón y derrotado a fondo al tentador. Por consiguiente, «Jesús volvió a la tierra de Galilea con la fuerza del Espíritu Santo y se extendió su fama por toda la región limítrofe. Y Él enseñaba en sus sinagogas y todos lo alababan».

2. Cuando lees: «enseñaba en sus sinagogas y todos lo alababan», guárdate de considerar dichosos solo a ellos y tenerte a ti mismo por alguien privado de sus enseñanzas. Si lo que está escrito es verdad, el Señor habla no solo entonces en las asambleas de los judíos, sino también ahora en nuestra asamblea; y no solo en esta, sino también en las demás, y en todo el mundo enseña Jesús y busca los instrumentos a través de los cuales pueda enseñar[3]. ¡Rogad para que también a mí me encuentre dispuesto y apto para cantar sus alabanzas!

Porque así como el Dios omnipotente, en aquel tiempo en que los mortales necesitaban la profecía, buscó profetas y encontró por ejemplo a Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, del mismo modo busca hoy Jesús instrumentos para trasmitir su palabra, enseñar a los pueblos en las sinagogas y ser glorificado por todos.

Hoy día Jesús «es glorificado por todos» mucho más que en aquel tiempo, cuando era conocido solo en una provincia.

3. Después «vino a Nazaret, donde había crecido, entró según su costumbre en la sinagoga el sábado y se levantó para hacer la lectura. Se le entregó el libro del profeta Isaías y, desenrollando el libro, encontró el pasaje donde estaba escrito: *el Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido*[4].

No desenrolló el libro y encontró en el texto el capítulo que profetizaba sobre Él mismo al azar, sino que también esto fue Providencia divina. Porque, así como está escrito que *no cae un pájaro en el lazo sin la voluntad del Padre* y que *todos los cabellos de la cabeza* de los apóstoles *están contados*[5], así también es muy posible que el he-

cho de que precisamente se haya leído el libro de Isaías y ningún otro capítulo, sino el que anuncia el misterio de Cristo –es Cristo mismo el que proclama: «el Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido»–, haya que considerarlo, no fruto del capricho o la casualidad, sino de la Providencia y disposición de Dios.

4. Por tanto, consideremos el sentido de las palabras del profeta y la aplicación que Jesús hace de ellas a sí mismo en la sinagoga. «Me ha enviado –dice– a evangelizar a los pobres». «Los pobres» significa los gentiles. En efecto, estos eran pobres porque no tenían absolutamente nada: ni a Dios, ni Ley, ni profetas, ni justicia, ni ninguna otra virtud.

¿Por qué motivo envió Dios a Jesús para que evangelizara a los pobres? «Para anunciar la liberación a los cautivos». Cautivos habíamos estado nosotros, a quienes durante tantos años Satanás había encadenado, mantenido cautivos y sometidos a su poder.

Jesús vino a «predicar a los cautivos la liberación y a los ciegos la recuperación de la vista». Efectivamente, los ciegos ven por medio de la palabra y la predicación de su doctrina. Por tanto, hay que entender que la predicación atañe «al común» de la humanidad, no solo «a los cautivos», sino también «a los ciegos».

5. Jesús vino a «dar la libertad a los oprimidos[6]». ¿Qué criatura estaba más oprimida y más aplastada que el hombre, que fue liberado y sanado por Jesús? *A proclamar un año de gracia del Señor*[7]. De acuerdo con una interpretación literal, se dice que el Salvador predicó el Evangelio en Judea durante un solo año, y ese es el sentido de la frase: «predicar un año de gracia del Señor y el día de la re-

tribución»[8]. Pero es posible que el modo de hablar divino encierre un misterio en la expresión «predicar un año del Señor».

En efecto, los días en el futuro serán diferentes, no tal como los vemos ahora en este mundo; también los meses serán diferentes, así como el orden del calendario[9]. Por tanto, si todos esos tiempos son diferentes, el año del Señor, que nos trae la gracia, lo será también.

Todo esto ha sido anunciado a fin de que nosotros, tras haber pasado de la ceguera a la vista, de las cadenas a la libertad, de las diversas heridas a la curación, lleguemos al «año de gracia del Señor».

6. Después de haber leído estas palabras, Jesús enrolló «el libro, lo entregó al ministro y se sentó; y todos en la sinagoga tenían los ojos puestos en Él». También ahora, si vosotros queréis, en esta sinagoga y asamblea podéis fijar vuestros ojos en el Salvador. Porque, cuando concentras tu atención en contemplar[10] la sabiduría y la verdad del Hijo unigénito de Dios, tus ojos contemplan a Jesús.

¡Dichosa la asamblea de la que la Escritura constata que «los ojos de todos estaban puestos en Él»! ¡Cuánto desearía que de esta asamblea constara lo mismo: que no los ojos del cuerpo, sino los del alma de todos, catecúmenos y fieles, mujeres, hombres y niños, contemplaran a Jesús!

Porque cuando lo miréis, su luz y su contemplación iluminarán vuestros rostros y podréis decir: *La luz de tu rostro nos ha marcado, Señor*[11]; *a Él le corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[12].

HOMILÍA XXXIII

Sobre el texto: *Seguramente me citaréis el dicho...*, hasta el pasaje, donde dice: *Pero ninguno de ellos fue sanado, salvo Naamán el sirio* (Lc 4, 23-27).

1. Si nos atenemos al relato de Lucas, Jesús no había habitado aún en Cafarnaún, ni se describe que hubiera realizado en ella prodigio alguno, porque no había estado allí. Pero antes de su venida a Cafarnaún, se señala que estuvo en su patria, es decir, en Nazaret, y que dijo a sus conciudadanos: «Seguramente me aplicaréis el dicho: Médico, cúrate a ti mismo. Lo que hemos oído que ha ocurrido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu patria[1]».

A partir de esa frase, yo pienso que en este pasaje se esconde un misterio, y que Cafarnaún, símbolo de los gentiles, precede a Nazaret, que simboliza a los judíos[2]. Por eso, sabiendo Jesús que no sería honrado en su patria, no quiso predicar allí, ni Él mismo, ni los profetas, ni los apóstoles,

sino que predicó a los gentiles a fin de que los hombres de su patria no le dijeran: «Seguramente me aplicaréis el dicho: Médico, cúrate a ti mismo».

2. En efecto, llegará un tiempo en que el pueblo judío dirá: «Lo que hemos oído que ha ocurrido en Cafarnaún», los milagros y prodigios que han ocurrido entre los gentiles, «hazlo también aquí en tu patria». Lo que has mostrado al mundo entero, muéstranoslo también a nosotros.

Predica tu doctrina a tu pueblo, Israel, a fin de que, al menos *cuando haya entrado la totalidad de los paganos, entonces sea salvado todo Israel*[3]. Por todo eso, me parece lógico y correcto que el Señor haya respondido a las propuestas de los nazarenos: «ningún profeta es bien recibido en su patria», y pienso que lo que aquí se dice es verdad, más en sentido oculto[4] que en el literal.

3. Aunque Jeremías no haya sido aceptado en su patria –Anatot[5]– ni Isaías en la suya –cualquiera que haya sido[6]– ni los demás profetas, sin embargo me parece que más bien hay que entender ese rechazo diciendo que la patria de todos los profetas fue el pueblo de la circuncisión, y que este no recibió ni a los profetas ni sus profecías. En cuanto a las naciones que habían estado lejos de los profetas y que no tenían ninguna noticia de ellos, acogieron las enseñanzas de Jesucristo.

Por tanto, «ningún profeta es bien recibido en su patria», esto es, en el pueblo judío. Pero nosotros, que no pertenecíamos a la alianza y, ajenos a las promesas, recibimos de

todo corazón a los profetas, participamos «de Moisés y los profetas» que anuncian a Cristo más que los judíos, quienes, precisamente por no haber acogido a Jesús, tampoco acogieron a quienes lo anunciaron.

4. Por eso, a lo que ya había dicho –«ningún profeta es bien recibido en su patria»–, Jesús añadió esto otro: «porque en verdad os digo que había muchas viudas en Israel en tiempos de Elías, cuando el cielo se cerró durante tres años y seis meses». Lo que dice es lo siguiente: Elías era un profeta y se encontraba en medio del pueblo judío; pero cuando iba a realizar un milagro, aun cuando había muchas viudas en Israel, las dejó y se llegó a *una viuda en Sarepta de Sidón*[7], a una pobre mujer pagana que despliega ante nuestros ojos la imagen de lo que habría de suceder en el futuro.

En efecto, cuando el pueblo de Israel *tenía hambre y sed, no de pan ni de agua, sino de escuchar la palabra de Dios*[8], el profeta vino a casa de una viuda, de la que da testimonio, diciendo: *Los hijos de la abandonada son muchos más que los de la esposa*[9], y multiplicó su pan y sus alimentos.

Tú eras la viuda de Sarepta de Sidón, de cuyo territorio también *sale la mujer cananea*[10], desea que su hija se cure y, gracias a su fe, mereció recibir lo que pedía. «Muchas viudas había en el pueblo de Israel, pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta».

5. Pero Cristo dice también algo que va en el mismo sentido: «Había muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo y ninguno de ellos fue curado, salvo Naamán el sirio», que, por cierto, no pertenecía al pueblo de Israel. Considera el gran número de leprosos *según la carne en Israel*[11] hasta el día presente.

Mira por el contrario al Eliseo espiritual, nuestro Señor y Salvador, que purifica por el sacramento del bautismo a los hombres cubiertos por la inmundicia de la lepra y que te dice: *Levántate, ve al Jordán, lávate y se te devolverá tu carne*[12].

Naamán se levantó, fue y al bañarse cumplió el misterio del bautismo, *y su carne se hizo semejante a la carne de un niño*[13]. ¿De qué niño? Del que *en el baño de la regeneración*[14] haya nacido en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[15].

HOMILÍA XXXIV

Sobre el texto: *Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?*, hasta el lugar que dice: *Ve, y haz tú lo mismo* (Lc 10, 25-37).

1. Habiendo muchos preceptos en la Ley, el Salvador recogió en el Evangelio solamente aquellos cuya observancia, a modo de compendio, conduce a la vida eterna. A esto hace referencia la pregunta de un doctor de la Ley que le dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?». A esta pregunta, según el relato de san Lucas que se os he leído hoy, Jesús respondió: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué es lo que lees? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente; y a tu prójimo, como a ti mismo*[1]. Y más adelante dice Jesús: «Bien has respondido; haz esto y vivirás».

No hay ninguna duda de que, actuando así, conseguirás la vida eterna por la que había preguntado el doctor de la Ley[2]. Al mismo tiempo, en el precepto de la Ley se nos enseña con toda claridad que amemos a Dios.

En el Deuteronomio dice: *Oye, Israel, el Señor Dios tuyo es el único, y amarás al Señor tu Dios con toda tu mente*, etc. *y al prójimo como a ti mismo*[3]. Y el Salvador ha dado testimonio sobre estos mandamientos al decir: *De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas*[4].

2. Pero el doctor de la Ley, «queriendo justificarse» y mostrar que nadie era su prójimo, replicó: «¿quién es mi prójimo?». Entonces el Señor pronuncia una parábola que comienza: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó»... Y enseña que este hombre que bajaba no fue prójimo para ningún otro, sino para quien había querido cumplir los mandamientos y prepararse para ser el prójimo de todo hombre que está necesitado de ayuda.

En efecto, esto es lo que se pone al final de la parábola: «¿Quién de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel que cayó en manos de ladrones?». Ni el sacerdote ni el levita fueron sus prójimos, sino –como el mismo doctor de la Ley respondió– «aquel que tuvo misericordia». Ese fue su prójimo. De ahí que el Salvador diga: «Ve y haz tú lo mismo».

3. Uno de los presbíteros, al querer interpretar esta parábola, ha dicho que el hombre que descendía es Adán; Jerusalén, el paraíso; Jericó, el mundo; los ladrones, las potencias del mal[5]; el sacerdote, la Ley; el levita, los profetas; el samaritano, Cristo[6].

Las heridas son la desobediencia, la montura, el cuerpo del Señor; el *pandóchium* –es decir, el albergue que acoge a todos los que quieren entrar– simboliza a la Iglesia. Además, los dos denarios representan al Padre y al Hijo[7]; el posadero, al que preside la Iglesia, cuya administración le ha sido encomendada. En cuanto a la promesa de que el samaritano volvería, prefiguraba la segunda venida del Salvador.

4. Aunque esta sea una interpretación razonable y hermosa, no se debe pensar que sea aplicable a todo hombre[8]. Porque no todos «descienden de Jerusalén a Jericó» ni todos viven en el mundo presente por el mismo motivo que Aquel que vino, porque *fue enviado a causa de las ovejas perdidas de la casa de Israel*[9].

Así pues, el hombre que «descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones» porque Él mismo quiso descender. Ahora bien, los ladrones no pueden ser otros que aquellos de los que el Salvador mismo dice: *Todos los que han venido antes de mí fueron salteadores y ladrones*[10]. Por lo demás, no cae en manos de salteadores, sino en manos de ladrones, mucho peores que los salteadores porque, al caer en sus manos el que descendía «de Jerusalén, le robaron y lo llenaron de heridas».

¿Qué tipo de llagas, qué tipo de heridas son estas con las que ese hombre es lacerado? Los vicios y los pecados.

5. Dado que, después, los ladrones que lo habían despojado de sus vestiduras y herido no asisten al desnudo, sino que lo abandonan tras haberlo cubierto de llagas, con razón

está escrito: «después de haberlo despojado y cubierto de llagas, se marcharon y lo abandonaron», no muerto, sino «medio muerto».

Y ocurrió que por aquel camino descendieron, primero, un «sacerdote», luego un «levita», que quizá habían hecho algún bien a otras personas, pero no a este que había descendido «de Jerusalén a Jericó». A este lo vio el sacerdote –que yo creo que es la Ley–, lo vio el levita –para mí, representante de los profetas–, y al verlo, pasaron de largo y lo abandonaron.

Pero la Providencia reservaba este hombre medio muerto a uno que era más fuerte que la Ley y los Profetas, esto es, al samaritano, cuyo nombre significa «custodio»[11]. Ese es el que *no se adormece ni duerme, velando por Israel*[12].

Este samaritano se puso en camino para socorrer al que estaba medio muerto. Él no desciende «de Jerusalén a Jericó», como el sacerdote y el levita; o si desciende, lo hace ciertamente para salvar y velar sobre el moribundo, a quien los judíos han dicho: *Eres un samaritano y un demonio te posee*[13].

Tras haber afirmado que no estaba poseído por un demonio, Jesús no quiso negar que fuera samaritano, porque sabía que Él era su custodio.

6. Así pues, tras haberse llegado hasta el hombre medio muerto y haberlo visto bañado en su propia sangre, compadecido, se acercó a él para convertirse en su prójimo, «le vendó las heridas, derramó sobre ellas aceite mezclado con vino» y no dijo lo que se lee en el profeta: *No hay ni alivio, ni óleo, ni vendas para aplicárselas*[14].

Este es el samaritano cuyos cuidados y ayuda necesitan todos los que están enfermos, y sobre todo aquel samaritano que, bajando «de Jerusalén, cayó en manos de ladrones» y había sido abandonado por ellos medio muerto.

Pero para que sepas que este samaritano bajó por Providencia divina con el fin de curar a aquel que «había caído en manos de ladrones», aprenderás manifiestamente de él que llevaba consigo vendas, aceite y vino. Yo pienso que el samaritano llevaba estos objetos, no por esta sola persona que estaba medio muerta, sino también por otros que, por distintas causas, habían sido heridos y tenían necesidad de vendas, aceite y vino.

7. Tenía aceite, del que está escrito *que el óleo haga resplandecer la cara*[15], referido sin ninguna duda a aquel que ha sido curado con él. Limpia las heridas con aceite para calmar la inflamación de las mismas, y también con vino, mezclándolo con alguna sustancia amarga. Luego «cargó al que estaba herido sobre su cabalgadura», es decir, sobre su propio cuerpo, según aquello de que Él se ha dignado asumir la humanidad[16].

Este samaritano *lleva nuestros pecados*[17] y sufre por nosotros, transporta al moribundo, lo conduce al albergue –es decir, a la Iglesia– que acoge a todos los hombres y a nadie niega su auxilio, porque Jesús abre sus puertas a todos al decir: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis fatigados, y yo os aliviaré*[18].

8. Y no desapareció inmediatamente después de haberlo introducido en la posada, sino que se queda en ella un día con el moribundo y cura sus heridas no solo de día, sino también durante la noche, consagrándole toda su solicitud

y sus cuidados. Y cuando de mañana se prepara para salir, «toma dos denarios» de su bien ganado dinero, de sus fondos, y gratifica al posadero –sin ninguna duda el ángel de la Iglesia–, a fin de que cuide con diligencia y lleve hasta la curación a aquel que él mismo había atendido durante un tiempo demasiado corto.

A mí me parece que los dos denarios representan al Padre y al Hijo[19], así como la manifestación de un misterio: que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre[20]. El posadero recibe una especie de donativo para que cuide con más diligencia al hombre que le ha sido encomendado y la promesa de que le será minuciosamente devuelto todo lo que invierta en la curación del moribundo.

9. En verdad, este guardián de las almas «que volcó su misericordia con aquel que había caído en manos de unos ladrones» estuvo más cercano que la Ley y los Profetas y se mostró como prójimo suyo, no tanto de palabra como de obra.

Por tanto, según aquello que está dicho: *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo*[21], nos es posible imitar a Cristo y compadecernos de quienes «han caído en manos de ladrones», llegarnos a ellos, vendar sus heridas, derramar aceite y vino, cargarlos sobre nuestra propia montura y llevar sus cargas.

Por eso el Hijo de Dios exhorta no solo al doctor de la Ley, sino que nos dice a todos nosotros: «ve y haz tú lo mismo». Si nosotros actuamos de ese modo, lograremos la vida eterna en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[22].

HOMILÍA XXXV

Sobre el texto: *Cuando vas con tu adversario...*, hasta el lugar donde dice: *Y pagarás hasta el último céntimo* (Lc 12, 57-59).

1. Si en nosotros no estuviera por naturaleza el instinto de discernir lo que es justo, el Salvador jamás habría dicho: «Mas ¿por qué no discernís por vosotros mismos lo que es justo?». Pero para no extendernos demasiado en el examen de este pensamiento –sobre todo teniendo en cuenta que hay cuestiones aún más difíciles en torno a este capítulo–, valga por ahora examinar el sentido de este pasaje.

Despleguemos hacia Dios las velas de nuestra alma y pidámosle[1] la llegada de su palabra, a fin de que Él mismo sea quien nos interprete la parábola descrita en los siguientes términos: *Cuando te dirijas con tu adversario a la presencia del príncipe, esfuérzate en ser absuelto por él*[2] *durante el camino, no vaya a ser que te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil y seas arrojado en prisión. En verdad te digo: de allí no saldrás hasta que hayas pagado el último céntimo*[3].

Yo veo que aquí intervienen cuatro personajes: el adversario, el príncipe, el juez y el alguacil. Y, teniendo en cuenta que, al parecer, el evangelista Mateo ha expresado un pensamiento semejante cuando dice: *ponte a bien con tu adversario mientras caminas con él*[4], me pregunto si ambos textos tienen el mismo sentido o son algo análogo, si bien en Mateo una persona es omitida y otra es cambiada.

2. Se omite la persona del «príncipe» y en vez del «alguacil» se introduce al «ministro»; sin embargo, el «adversario» y el «juez» son mencionados en ambos textos.

Por tanto, vamos «con nuestro adversario al príncipe» y, mientras estamos todavía «en camino», nos conviene esforzarnos con ahínco en ser liberados por él. ¿Por quién? La palabra ciertamente es ambigua y puede referirse tanto al príncipe como al adversario: «no vaya a ser que –el adversario o el príncipe– te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil» y «de allí no saldrás hasta que hayas pagado el último céntimo». En lugar de estas últimas palabras, Mateo dice: *Hasta que devuelvas el último cuarto de as*[5].

Ambos evangelistas han conservado la palabra «último», pero parecen estar en desacuerdo porque el uno pone «céntimo» y el otro «cuarto de as».

3. Debo aludir a algunas verdades más profundas[6] con el fin de que comprendamos que el adversario y las otras tres personas –esto es, el príncipe, el juez y el alguacil– son diferentes.

Leemos –al menos, quien está dispuesto a aceptar este tipo de escritos– que los ángeles de la justicia y los de la iniquidad se disputan la salvación y la perdición de Abraham, mientras que las dos tropas pretenden contar con él para su propio partido[7].

Si a alguien esto no le gusta, que abra el volumen que lleva por título *El Pastor*[8] y allí encontrará que a todos los hombres los asisten dos ángeles: uno malo, que incita a la perversidad, y otro bueno, que inclina hacia el bien.

Y en otro lugar está escrito que dos ángeles asisten a los hombres, uno de la parte del bien y otro de la parte del mal. También el Salvador menciona a los buenos cuando dice: *Sus ángeles ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos*[9].

Pregúntate al mismo tiempo si los ángeles de los pequeños que pertenecen a la Iglesia «ven siempre la faz del Pa-

dre», mientras que los ángeles de los otros no tienen la libertad de contemplar el rostro del Padre. De hecho, tampoco hay que esperar que los ángeles de todos vean siempre «la faz del Padre que está en los cielos».

Si pertenezco a la Iglesia, aunque sea el menor de todos, mi ángel tiene la libertad y la seguridad de contemplar sin cesar «la faz del Padre que está en los cielos».

4. Pero si estoy fuera y no pertenezco a la Iglesia *que no tiene mancha, ni arruga, ni nada de ese tipo*[10], y por esa razón demuestro que soy ajeno a esta asamblea, mi ángel no tiene ninguna seguridad de contemplar «el rostro del Padre que está en los cielos».

Por esta razón, los ángeles atienden a los buenos, sabiendo que, si nos dirigen bien y nos conducen hasta la salvación, ellos mismos tendrán la seguridad de contemplar «la faz del Padre». Porque del mismo modo que siempre contemplan «la faz del Padre», si los hombres logran la salvación gracias a sus cuidados y su buen gobierno, así tampoco ignoran que es peligroso para ellos si, por su negligencia, el hombre se descarría.

Y así como un buen obispo y excelente administrador de la Iglesia es consciente de que, si las ovejas del rebaño que le ha sido confiado están bien protegidas, es a consecuencia de sus méritos y su virtud, comprende que algo análogo ocurre con los ángeles.

Supone una ignominia para un ángel si el hombre que le ha sido confiado peca, así como, por el contrario, es un motivo de gloria para él si el que le ha sido confiado es, por más pequeño que sea, miembro de la Iglesia y hace progresos. Esos verán efectivamente, no ya alguna vez, sino «siempre, la faz del Padre que está en los cielos», mientras que otros no la verán nunca.

Porque según el mérito de aquellos cuyos custodios son, esos ángeles contemplarán la faz de Dios siempre o nunca, con poca o con más intensidad. Dios tiene un conocimiento claro de este misterio, y también, aunque ocurra rara vez, aquel hombre que en un caso dado haya sido instruido por Cristo.

5. Así pues, veamos en primer lugar quién es el «adversario» con el que estamos de camino. El adversario está siempre con nosotros, ¡desgraciados y miserables de nosotros! Cada vez que pecamos, nuestro adversario exulta: sabe que puede alegrarse y gloriarse ante el príncipe de este mundo, que lo ha enviado. Porque el adversario de este o de aquel, por poner un ejemplo, ha convertido a este hombre en un súbdito del príncipe de este mundo a causa de tantos y tales pecados, por este o por aquel delito.

Incluso ocurre a veces que, por más que uno esté equipado con la armadura de Dios y protegido por todas partes, sin embargo el adversario intenta herirlo, aunque no tenga el poder para matarlo. El adversario marcha siempre con nosotros, nunca nos abandona, busca la ocasión de ponernos trampas por si, de algún modo, nos puede derribar e insinuar un mal pensamiento en lo más profundo del corazón.

6. «Cuando te dirijas a la presencia del príncipe». ¿Quién es ese príncipe? *Cuando el Altísimo separaba a los pueblos, cuando repartía a los hijos de Adán, fijó los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios. Y su pueblo, la parte de Dios, fue Jacob, y el lote de su herencia, Israel*[11].

Por tanto, la tierra ha sido dividida desde los orígenes entre los príncipes, esto es, entre los ángeles. Y a este respecto el testimonio de Daniel es bien claro: llama «príncipes» a los que Moisés había llamado «ángeles» cuando di-

ce: «el príncipe del reino de los persas» y «el príncipe del reino de los griegos». Por tanto, hay príncipes de las naciones.

También cada uno de nosotros tiene consigo un adversario que está pegado a él y tiene por misión llevarlo a un príncipe y decirle: «¡Oh, príncipe! –por ejemplo, del reino de los persas– este, que era súbdito tuyo, te lo he guardado tal como era. Ninguno de los otros príncipes lo ha podido atraer, ni siquiera el que se vanagloriaba de haber venido a eso: a arrancar a los hombres de la dominación de los persas o los griegos y de todas las naciones y convertirlos en súbditos de la heredad de Dios».

7. Cristo, nuestro Señor, ha vencido a todos los príncipes y, tras franquear sus fronteras, se ha llevado cautivos a los pueblos para su salvación. Tú también pertenecías al partido de un príncipe; Jesús vino, te arrancó del poder del mal y te ofreció a Dios Padre.

Por tanto, nuestro adversario camina y nos dirige hacia su príncipe. De ahí que yo, que creo que todas las palabras de las Escrituras tienen su razón de ser, no piense que entre los griegos se haya escrito sin motivo «el juez», con artículo, lo cual señala a una persona singular, mientras que «príncipe» está escrito simplemente, sin artículo[12].

Dice la Escritura: «Cuando te diriges con tu adversario». Resalta la palabra «tu», porque no todos son adversarios de todos, sino que cada uno tiene el suyo, que lo sigue por doquier y es su compañero.

«Cuando te diriges con tu adversario al príncipe». «Príncipe» no está precedido de artículo –para no dar la impresión de indicar uno determinado–, sino sin él, para mostrar

que se trata de uno entre muchos, cosa que se entiende mejor entre los griegos.

8. En efecto, cada uno de nosotros no tiene un príncipe para él solo, sino que, si uno es egipcio, tiene al príncipe de Egipto; el sirio está sujeto al príncipe de los sirios, y cada uno es súbdito del príncipe de su país. Me basta con haber llegado hasta aquí y no es necesario pasar en esta discusión a un ulterior desarrollo hasta enumerar a todas las demás naciones.

De ahí que se diga: *Ved a Israel según la carne*[13]. Para el sabio, haber comenzado es haber dicho, aunque quizá haya sido ya temerario haber comenzado a tratar este tema en público.

El que quiere conducirte hasta el suyo y hacerte cambiar de príncipe, dice: «Cuando te dirijas con tu adversario a la presencia del príncipe, esfuérzate por ser puesto en libertad por él durante el camino». Si no pones todo tu esfuerzo «en ser puesto en libertad» mientras estás aún en camino, antes de ser introducido en presencia del príncipe, antes de que este te entregue al juez –situación a la que el adversario te ha preparado–, después lo intentarás en vano.

9. Por tanto, «esfuérzate por ser puesto en libertad», bien por tu adversario, bien por el príncipe al que te arrastra tu adversario. Esfuérzate por poseer la sabiduría, la justicia, la fortaleza, la templanza[14], y entonces se cumplirá la palabra: *He aquí que el hombre y sus obras están ante su rostro*[15]. Si no te esfuerzas, no podrás romper el pacto de tu adversario, *cuya amistad es enemistad con Dios*[16].

«Cuando te dirijas con tu adversario a la presencia del príncipe, esfuérzate durante el camino». En esta expresión: «es-

fuérzate durante el camino», hay un no sé qué de misterioso. El Salvador dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*[17]. Si te esfuerzas en ser puesto en libertad por tu adversario, permanece en el camino. Y si te mantienes en Aquel que dice: «Yo soy el camino», no basta con mantenerse, es necesario que «te esfuerces para ser liberado» por tu adversario.

Y si no te esfuerzas para ser liberado, escucha lo que te espera. El adversario «te entrega al juez»; o bien el príncipe, una vez que te ha recibido de manos del adversario, «te entrega al juez». ¡Qué elocuente es la palabra «te entrega» para mostrar de algún modo que quienes se resisten y no quieren, al fin son entregados y obligados a la condenación!

En efecto, ¿qué homicida se dirige al juez de buen grado? ¿Quién se apresura a ir alegre a su propia condena y no es arrastrado contra su voluntad y resistiéndose? Porque sabe que va para ser condenado a muerte.

10. «No vaya a ser que te entregue al juez». ¿Quién piensas que es este juez? Yo no conozco otro juez que nuestro Señor Jesucristo, de quien en otro lugar se dice: *Colocará a las ovejas a su derecha y a los cabritos a la izquierda*[18], y además *a aquel que me confiese ante los hombres, yo también lo confesaré ante mi Padre que está en los cielos; y a quien me negare ante los hombres, yo lo negaré ante mi Padre que está en los cielos*[19].

«No vaya a ser que te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil». Cada uno de nosotros sufre por cada pecado una pena, y la cantidad de esa pena se mide según la calidad y la naturaleza del pecado.

Debo aportar algún testimonio de las Escrituras a propósito de la pena y de la multa impuesta. Uno es condenado a pagar quinientos denarios y realmente los debe; otro es con-

denado a cincuenta denarios, suma que a ambos les es condonada por el acreedor. Luego, según la Escritura, *le fue presentado otro que debía diez mil talentos*[20] y es condenado a pagar diez mil talentos. Y ¿para qué es necesario continuar?

11. Cada uno es condenado a una multa diferente, según la calidad y la cantidad del pecado. Si pecas poco, serás castigado con la pena de un «céntimo», como escribe Lucas, o de «un cuarto de as», según Mateo[21]. Sin embargo, en todo caso es necesario pagar la suma exacta de la que te has hecho deudor, porque «no saldrás» de la cárcel antes de haber pagado hasta la más pequeña suma.

Mas quien es fiel no es afectado por ningún tipo de multa, sino que cada día se enriquece, *porque es suyo todo un mundo de riquezas, mientras que el infiel no posee ni siquiera un peso*[22]. Uno es condenado a pagar un denario, otro una mina, otro un talento[23]. Hay un juez para este asunto; uno que conoce la importancia de todos los pecados y dice: este delito es condenado a un talento, aquel pecado merece una multa de tal porte.

Porque está escrito: *Y cuando comenzó a hacer cuentas*[24]. Todos nosotros debemos rendir cuentas en el momento establecido. No hay otro tiempo para rendir cuentas que el día

del juicio, cuando se conocerá claramente qué dinero nos ha sido confiado y qué ganancia o pérdida hemos hecho, quién de nosotros ha recibido una mina, quién un talento, quién dos y quién cinco.

¿Para qué es preciso entrar en más detalles, cuando es suficiente haber dicho en general que rendiremos cuentas y que, si se nos halla deudores, seremos entregados al juez y este nos entregará al alguacil?

12. Cada uno tenemos nuestro propio alguacil, pero toda la multitud ha sido entregada en manos de varios alguaciles, según aquello que está escrito en Isaías: *Pueblo mío, los alguaciles os despojan y los poderosos os dominan*[25]. Los alguaciles nos dominan si debemos algo. Pero si tenemos confianza y podemos decir con la frente alta: «He guardado el mandamiento que prescribe: "devolved a todos lo que les debéis" –*a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien impuesto, impuesto; a quien honor, honor*[26]–, entonces, si he devuelto a todos lo que les debía, me llegaré hasta el alguacil y con ánimo valiente le diré: no te debo nada».

13. El alguacil viene a reclamar. Yo le planto cara porque sé que, si no le debo nada, no tiene poder sobre mí. Mas si soy deudor suyo, mi «alguacil me meterá en la cárcel» siguiendo el procedimiento ya descrito: en efecto, el adversario me lleva al príncipe, el príncipe al juez, el juez me entregará al alguacil y el alguacil me meterá en la cárcel.

¿Cuál es la ley de esa cárcel? No saldré de ella, y el alguacil no permitirá que salga hasta que haya saldado la deuda. El alguacil no tiene la facultad de perdonarme ni siquiera un «cuarto de as», ni «la más mínima» parte de la deuda. No hay más que uno que pueda agraciar a los deudores que no tienen con qué pagar.

Se acercó a él –dice la Escritura– *uno que debía quinientos denarios y otro cincuenta; y como no tenían con qué pagar, se lo perdonó a los dos*[27]. El que había hecho el don era el señor; por su parte, ese ejecutor no es el señor, sino quien ha sido puesto al frente por el señor para exigir las deudas.

14. Tú no fuiste digno de que se te perdonaran los quinientos o cincuenta talentos ni has merecido escuchar: *Te han sido perdonados tus pecados*[28]. Serás enviado a la cárcel y allí se te hará pagar a través de trabajos y tareas o de penas y suplicios, y no saldrás de allí hasta que hayas devuelto «el cuarto de as» o «el último céntimo», que en griego se puede traducir por «ligero».

Nuestros pecados son groseros –efectivamente está escrito: *El corazón de este pueblo se ha hecho grosero*[29]– o, en comparación con los más graves, leves y sutiles. Por eso, es bienaventurado en primer lugar el que no peca, y en segundo lugar, el que, si peca, tiene al menos, a la hora de sopesarlo, un pecado ligero[30].

15. Incluso entre estos mismos pecados leves y sutiles existen diferencias. En efecto, si entre estos pecados leves y sutiles no hubiera unos más sutiles que otros, jamás se habría dicho: «no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto de as».

Yo no puedo precisar con exactitud: ni de qué manera pagaremos la deuda, si nos atenemos a la expresión «último céntimo» –céntimo, ya sea de un denario, de un escudo, de un óbolo o de un estáter–, ni cuánto será, si debemos una

gran cantidad, como aquel de quien está escrito que debía diez mil talentos, ni cuánto tiempo permaneceremos encerrados en la cárcel hasta que paguemos la deuda.

Porque si el que debe poco no sale hasta que haya pagado «el último cuarto de as», es evidente que quien haya contraído una deuda grande deberá contar siglos sin fin para pagar la deuda. Por eso, «esforcémonos por ser puestos en libertad por el adversario» mientras estamos en camino y unámonos al Señor Jesús: *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[31].

HOMILÍA XXXVI

Sobre el texto: *Quien quiera salvar su alma, la perderá*, hasta el lugar donde dice: *El reino de Dios está en vosotros* (Lc 17, 33; 17, 21).

1. «Quien pretenda salvar su alma –dice Jesús– la perderá, y quien la pierda la salvará». Los mártires pretenden «salvar su alma»; por eso la pierden para salvarla. Pero los que quieren «salvar su alma» y no la «pierden», esos a la vez *pierden el cuerpo y el alma en el infierno*[1].

Por eso dice Jesús: «No temáis a aquellos que pueden matar el cuerpo, sino más bien temed a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno». A este respecto diríamos brevemente, de acuerdo con la capacidad de nuestro ingenio: *El hombre animal no acepta lo que es del espíritu*[2] y por eso no puede salvarse. *Se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual*[3]. Por último, *el que se une al Señor, se hace un espíritu con Él*[4].

Por tanto, si «el que se une al Señor», aun siendo animal, se encuentra por ello transformado en un hombre espiritual y «es un solo espíritu», perdamos también nosotros nuestra alma a fin de que, adhiriéndonos al Señor, nos hagamos un solo espíritu con Él[5].

2. Pero el Salvador, cuando los fariseos le preguntaron «cuándo llegaría» el Reino de Dios, respondió: *El Reino de Dios no viene con espectáculo, ni dirán: vedlo aquí o allí, porque el Reino de Dios está en vosotros*[6]. El Salvador no dice a todos: «el Reino de Dios está en vosotros», puesto que los pecadores viven en el reino del pecado y, sin ninguna ambigüedad, en nuestro corazón impera el Reino de Dios o el del pecado.

De ahí que debamos prestar más atención a lo que hacemos, a lo que decimos o a lo que pensamos, y entonces veremos si en nosotros domina el Reino de Dios o el reino del pecado.

Consciente de esta alternativa, el Apóstol advierte a algunos diciendo: *Que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal*[7].

3. Si alguno de nosotros ansía el Reino de Dios, está ya bajo él; si alguno es atormentado por el fuego de la avaricia, forma parte de ese reino. Pues bien, el que es justo, tiene por reina a la justicia; el que se sustenta de la ambición por la vanagloria, en él reina el aura voluble de la popularidad.

A quien está de duelo, a quien teme algo, a quien ama, a quien anhela, a ese lo dominan cada una de esas pasiones, según se encuentre bajo su poder. Sabiendo todo esto y conociendo la multiplicidad de los reinos que existen, levantémonos y roguemos a Dios que aparte de nosotros el reino del enemigo y podamos ponernos bajo el reino del Dios omnipotente, esto es, bajo el reino de la sabiduría, de la paz, de la justicia y de la verdad, virtudes todas que reconocemos en el Hijo unigénito de Dios, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[8].

HOMILÍA XXXVII

Sobre el pasaje donde se dice que los discípulos desataron el pollino de una asna (cf. Lc 19, 29-40).

1. Se ha leído en el Evangelio según Lucas que, al llegar el Salvador «a Betfagé y Betania, junto al Monte de los Olivos, envió a dos de sus discípulos» para que soltaran «al pollino de una asna», que estaba atado, «sobre el que ningún hombre había montado jamás[1]».

Todo eso, me parece, tiene un sentido más profundo que el que se refiere a una simple historia. El pollino estaba atado. ¿Dónde? Frente a Betfagé y Betania. Betania significa «casa de la obediencia»[2], y Betfagé es «casa de las mandíbulas»[3], un lugar sacerdotal, porque las mandíbulas se les daban a los sacerdotes, como prescribe la Ley[4].

Así pues, el Salvador envía a sus discípulos adonde está la «obediencia», adonde hay un «lugar reservado a los sacerdotes», para que desaten «al pollino de una asna, sobre el que ningún hombre había montado jamás».

2. En realidad, ¿qué otro puede montar sobre un asno, fuera de un hombre? Quiero aportar un pequeño ejemplo para que se pueda entender lo que pretendo decir. En Isaías está escrito: *Visión de animales en la tribulación y la angustia*..., etc., hasta el lugar donde dice: *No les aprovecharán las riquezas de las serpientes*[5].

Considere cada uno de nosotros cuántos bienes de serpientes, cuántas riquezas de bestias[6] ha transportado antes y cómo nunca han montado nuestro asno ni el hombre espiritual, ni la palabra de Moisés, ni la de Isaías, ni la de Jeremías o cualquiera de los demás profetas. Y entonces verá que la Palabra de Dios y el Verbo se han sentado sobre nosotros cuando vino el Señor Jesús y mandó a sus discípulos ir a desatar al pollino de la asna, que antes estaba atado, para que anduviera libremente.

Y así, una vez soltado, el pollino de la asna es conducido a Jesús, quien había dicho a los discípulos, cuando los envió a soltarlo: «si alguien os pregunta por qué soltáis al pollino, decidle que el Señor lo necesita».

3. Muchos eran los dueños de este pollino antes de que el Salvador lo necesitase; pero, desde el momento en que Él comenzó a ser su Señor, dejó de tener varios dueños, porque

nadie puede servir a Dios y a Mammón[7]. Cuando servimos al mal, estamos sometidos a múltiples pasiones y vicios.

Así pues, el pollino es soltado «porque el Señor lo necesita». Ahora el Señor también lo necesita. Vosotros sois el pollino de la asna. ¿Para qué os necesita el Hijo de Dios? ¿Qué os pide? Necesita vuestra salvación, quiere desataros de las cadenas de vuestros pecados.

4. A continuación, los discípulos colocan «sus vestidos sobre el asno» y hacen sentar al Señor. Toman la Palabra de Dios y la colocan sobre las almas de los oyentes. Se despojan de sus vestidos y los «extienden sobre el camino». Los vestidos de los apóstoles están sobre nosotros, sus buenas obras son nuestro ornato. Los apóstoles quieren que nosotros pisemos sobre sus vestiduras. Y verdaderamente el pollino, soltado por los discípulos y llevando a Jesús, pisa sobre los vestidos de los apóstoles cuando sigue la doctrina e imita la vida de estos.

¿Quién de nosotros tiene la dicha de que sobre él se siente Jesús, quien durante el tiempo que estuvo en el monte convivía solo con los apóstoles y a quien, cuando comenzó a descender, acudió la multitud del pueblo[8]?

Si Jesús no hubiera descendido, la multitud no habría podido acudir a Él. Bajó y se sentó sobre el pollino de una asna y todo el pueblo, al unísono, alababa a Dios[9].

5. Viendo esto, los fariseos decían al Señor: «¡Repréndelos!». Y Él les respondió: «si estos callaran, gritarán las piedras». Cuando nosotros hablamos, las piedras callan; cuando nosotros callamos, claman las piedras[10]. *Porque Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham*[11].

¿Cuándo nos callaremos? Cuando *se enfríe la caridad de muchos*[12], cuando se cumpla aquello que fue predicho por el Salvador: «¿Piensas que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe sobre la tierra?».

Por todo esto, imploremos la misericordia del Señor, de modo que las piedras no clamen mientras nosotros callamos; por el contrario, hablemos y alabemos a Dios en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[13].

HOMILÍA XXXVIII

Sobre el texto: *Y, al aproximarse, contempló la ciudad y lloró sobre ella*, hasta el lugar donde dice: *Expulsó a todos los que vendían palomas* (Lc 19, 41-45).

1. Al aproximarse a Jerusalén nuestro Señor y Salvador y contemplarla, lloró y dijo: «Si en este día tú también hubieras reconocido el mensaje de paz; pero ahora está escondido a tus ojos; porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te asediarán». Estas palabras encierran misterios, y abrigamos la esperanza de poder descubrir lo que está oculto si Dios nos lo desvela.

En primer lugar, hay que comprender el sentido de su llanto. Todas las bienaventuranzas de las que Jesús ha hablado en el Evangelio son confirmadas por su ejemplo y, con su propio testimonio, prueba lo que ha enseñado. Dice: *Bienaventurados los mansos*[1]. Semejante a esto es lo que dice de sí mismo: *Aprended de mí* –dice–, *que soy manso*[2]. *Dichosos los pacíficos*[3]. ¿Y quién es tan pacífico como mi Señor Jesús, que «es nuestra paz», que «ha disuelto la enemistad» y la ha destruido en su carne[4]? *Dichosos los que sufren persecución por la justicia*[5]. Nadie ha sufrido persecución por la justicia más que el Señor, que fue crucificado a causa de nuestros pecados.

2. Así pues, el Señor muestra todas las bienaventuranzas cumplidas en sí mismo. Incluso, a semejanza de lo que había dicho *–bienaventurados los que lloran*[6]–, lloró Él mismo con el fin de que también esta bienaventuranza tuviera un fundamento. Pues lloró sobre Jerusalén[7] diciendo: «si en este día tú hubieras reconocido el mensaje de paz; pero ahora está escondido a tus ojos»... etc., hasta el pasaje en que dice: «porque tú no has reconocido el tiempo en el que has sido visitada».

3. Alguno de los oyentes podría decir: «esas palabras son evidentes y se cumplieron de hecho en Jerusalén porque el ejército romano la asedió y destruyó hasta la exterminación[8], y llegará un tiempo en que no quedará de ella piedra sobre piedra».

Y yo no niego ciertamente que aquella Jerusalén fuera destruida por culpa de los crímenes de sus habitantes, pero me pregunto si quizá ese llanto no se deba achacar a esta Jerusalén nuestra. En efecto, nosotros somos la Jerusalén sobre la que Jesús ha llorado; nosotros, que al parecer contamos con una visión más profunda[9].

Y si, después de haber conocido los misterios de la verdad, después de haber oído la palabra del evangelio y la doctrina de la Iglesia, después de haber contemplado los misterios de Dios, alguno de nosotros llega a pecar, se le llorará y habrá lamentos sobre él. Porque no se llora a un pagano, sino a uno que estuvo en Jerusalén y dejó de estar allí.

4. Jesús llora, pues, sobre esta Jerusalén nuestra porque, tras sus pecados, la «asediarán los enemigos», a saber, las potestades adversas, los espíritus malignos; y construirán a su alrededor una «empalizada», la asediarán y «no dejarán piedra sobre piedra», sobre todo si después de una perfecta continencia, después de muchos años de castidad, uno es vencido y, seducido por los atractivos de la carne, pierde la serenidad de la pureza[10].

Si cometes pecados de impureza «no dejarán en ti piedra sobre piedra». Porque en otro pasaje dice: *No me acordaré de sus obras de justicia anteriores; lo juzgaré en su pecado, en ese mismo en el que ha sido pillado*[11]. Esta es, por tanto, la Jerusalén sobre la que Él llora.

5. A continuación se dice: «Entró en el templo» y, una vez dentro, «arrojó fuera a los que vendían palomas». No arrojó a los que compraban, porque el comprador es propietario de lo que ha comprado. Jesús expulsó del templo del Padre a los que venden y dilapidan lo que poseían[12], a

semejanza de aquel hijo amante del lujo que recibió la herencia de su padre y lo perdió todo por excesos en la bebida[13].

Por tanto, si uno se hace vendedor, es expulsado, sobre todo si vendía palomas. ¿Por qué no se menciona a otras aves, sino a las palomas? Porque este animal es sencillo y hermoso.

Me temo que también en mí se encuentre este vicio. En efecto, si lo que me ha sido revelado y confiado por el Espíritu Santo para que lo trasmita al pueblo, yo lo vendiere por dinero y no enseñara gratuitamente, ¿qué otra cosa hago sino vender palomas, es decir, vender al Espíritu Santo? Y si lo vendo, soy expulsado del templo de Dios.

6. Por eso, roguemos al Señor a fin de que todos compremos en vez de vender. Porque si no vendemos, conoce-

remos y entenderemos nuestra salvación; de otra suerte, los enemigos cercarán nuestra ciudad. Y si, aunque solo sea una sola vez, el ejército enemigo nos rodea, no mereceremos las lágrimas del Señor.

Levantémonos, pues, con la luz del día y roguemos al Señor que al menos seamos dignos de comer las migas que caen de su mesa[14]. La Escritura se admira de que la reina de Saba haya venido *desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón*[15], y, al ver el banquete, el mobiliario y el servicio del palacio real, se llenó de estupor y se maravilló.

Si nosotros no abrazamos de buen grado las enormes riquezas de nuestro Señor[16], el maravilloso mobiliario de su palabra y la abundancia de su doctrina; si no comemos el *pan de vida*[17]; si no nos alimentamos con la carne de Cristo y no bebemos su sangre; si despreciamos los manjares de nuestro Salvador, debemos ser conscientes de que en Dios hay *bondad y severidad*[18].

De entre ellas, debemos pedir para nosotros la bondad en Cristo Jesús, Señor nuestro, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[19].

HOMILÍA XXXIX

A propósito de la cuestión planteada por los fariseos al Señor sobre aquella mujer que tuvo siete maridos, así como sobre el denario que el Salvador mandó le fuera mostrado (Lc. 20, 27-40; 20, 21-26).

1. Hay una secta judía, llamada de los saduceos, que niega «la resurrección de los muertos» y sostiene que el alma muere con el cuerpo y que, después de la muerte, en el más allá, se apagan las facultades sensitivas[1]. Pues bien, estos saduceos, para plantear al Señor una pregunta, se inventaron la historia[2] de una mujer que había tenido siete esposos. Tras la muerte del primero, para darle descendencia, se casó con el segundo; muerto este, con el tercero, después con el cuarto y así sucesivamente hasta llegar al séptimo.

En consecuencia, se plantea la pregunta: «en la resurrección de los muertos», ¿quién de los siete hermanos la reclamará como esposa? Ahora bien, este problema lo plantearon para poner una trampa a las palabras del Salvador cuando vieron que instruía a los discípulos a propósito de la resurrección.

2. El Salvador les respondió diciendo: *Os equivocáis, porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección de los muertos no tomarán ni mujer ni marido, sino que serán como ángeles en los cielos*[3].

Los que serán como los ángeles serán con certeza ángeles. Y hay que saber igualmente que los ángeles no se casan. Pero aquí abajo, donde la muerte existe, son necesarios los matrimonios y los hijos, mientras que, donde reina la inmortalidad, no se necesitan ni el matrimonio ni los hijos.

Me voy a plantear una pregunta muy molesta y que no se resuelve fácilmente en opinión de quienes son muy versados en el estudio de las Escrituras y *día y noche meditan la Ley del Señor*[4]. Esos tales se preguntan: «¿Dónde está escrito que "no tomarán mujer ni marido"? Pasando revista con la memoria y la reflexión, tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, en ningún sitio recuerdo un pasaje semejante».

Y si acaso me equivoco, que una persona más instruida me enseñe, porque aprendo de buena gana lo que ignoro. Pero, a mi juicio, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento encontrará algo análogo.

3. Por tanto, todo el error de los saduceos procede de que no entienden los textos de los profetas –entre los que están el de Isaías: *Mis elegidos no tendrán hijos destinados a la perdición*[5], y este otro en el capítulo de las bendiciones del Deuteronomio: *Benditos sean los hijos de tu seno*[6]– y piensan que esto ocurrirá «en la resurrección», sin comprender que en esos textos se profetizan bendiciones espirituales.

Por eso, Pablo, «vaso de elección», que interpreta estas bendiciones que aparecen en la Ley en un sentido espiritual y sabe que no son carnales, dice a los efesios: *Bendito sea*

el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con todo tipo de bendiciones espirituales[7].

Por tanto, todas estas bendiciones serán de tipo espiritual cuando, al resucitar de entre los muertos, consigamos la felicidad eterna. Pero los saduceos, al encontrar un texto semejante en los Salmos, caen en el mismo error: *Tu mujer* –dice el salmista– *es como una viña fecunda en el interior de tu casa, tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa*, hasta el pasaje donde dice: *Que Dios te bendiga desde Sión y que veas los bienes que hay en Jerusalén*[8].

Así pues, cuando Jerusalén sea edificada y restaurada en su estado primitivo, entonces el santo verá los bienes mencionados en la Escritura.

4. Los que entienden lo que es la Jerusalén espiritual y saben que de ella es de la que se dice: *La que es celestial, la que está en las alturas, la que es madre nuestra*[9], esos verán sus bienes, de los que hemos hablado con frecuencia, y también aquello del salmo que ahora acabamos de citar: «tu mujer es como una viña fecunda en el interior de tu casa, tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa».

A los saduceos, que eran una fracción de los judíos que entendía todo esto de un modo carnal, les dice el Salvador: *No conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios*[10]. Sean dichas estas pocas palabras sobre la pregunta que los saduceos plantearon al Señor.

Mas, puesto que se añade algo a propósito de la efigie del César, debemos también tocar de paso algo sobre este tema. Algunos piensan que el Salvador dice simplemente: «Dad al César lo que es del César», es decir, «pagad el impuesto que debéis». Pero ¿quién de nosotros se opone a pa-

gar los tributos al César? Por consiguiente, este pasaje contiene un sentido misterioso y oculto.

5. En el hombre hay dos imágenes[11]: una que recibe de Dios en el momento de la creación, como está escrito en el Génesis: *A imagen y semejanza de Dios*[12]; y después otra *terrena*[13], que ha recibido a causa de su desobediencia y de su pecado, cuando fue expulsado del Paraíso, seducido por los halagos del *príncipe de este mundo*[14].

Y así como una moneda –o un denario– tiene la efigie de los emperadores del mundo, así también el que realiza las obras del «príncipe de las tinieblas» lleva la efigie de ese príncipe[15]. Esta es la que Jesús manda aquí que se devuelva y que sea arrancada de nuestro rostro a fin de tomar aquella según la cual fuimos creados al principio a imagen y semejanza de Dios.

Y así sucede que nosotros devolvemos «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». «Mostradme» –dice– «una moneda», o «un denario», como escribe Mateo[16]. Y, habiéndolo tomado, añade: «¿De quién es la inscripción que tiene?». Ellos le respondieron: «Del César». Y Él les re-

plicó: dad «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

6. En el mismo sentido ha hablado también Pablo diciendo: *Igual que hemos llevado la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial*[17]. Por tanto, las palabras «dad al César lo que es del César» significan: abandonad la figura del «hombre terreno», arrojad fuera la imagen terrena a fin de que podáis «dar a Dios lo que es de Dios» tras haber adoptado la figura del hombre celestial.

Dios nos dirige una petición. ¿Qué nos pide? Lee a Moisés: *Y ahora ¿qué te pide el Señor, Dios tuyo?*[18], etc. Por consiguiente, Dios nos dirige una petición y nos ruega, no porque tenga necesidad de que le demos algo, sino a fin de devolvernos, para nuestra salvación, lo que le hayamos entregado.

Y para que se entienda con más claridad, expondré la parábola de las minas. El que había recibido una sola y había ganado diez y se las ofreció al Señor, que le había dado a crédito la primera mina, recibió otra más que antes no tenía.

7. Porque el Señor ordena quitar la mina a aquel otro que no había hecho fructificar lo que había recibido, y dársela al que ya tenía otras: «quitadle la mina –dice– y dádsela al que tiene diez minas». También de este modo el Señor nos restituirá eso mismo que le hayamos dado, junto con aquello que no poseíamos antes.

Dios nos exige y nos pide para tener ocasión de concedernos sus dones, para que el que nos da sea el mismo que nos ha exigido. Porque por su gracia la mina se ha multiplicado y a todos los que lo merecen se les ha dado más de lo que esperaban[19]. Por eso, levantándonos, roguemos al Se-

ñor que seamos dignos de ofrecerle los dones que Él nos restituirá y, en lugar de bienes de la tierra, nos concederá los celestiales en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*[20].

Fin de las treinta y nueve homilías de Orígenes Adamante sobre el Evangelio de Lucas, traducidas del griego al latín por el presbítero san Jerónimo.

FRAGMENTOS

Lc 1, 1

a) Dado que el intento de poner por escrito la doctrina y las palabras de Dios es una empresa desmedida para un hombre, es normal que Lucas en su prólogo se justifique.

b) Lucas no ha hablado simplemente de «lo que se cree», sino de «lo que se ha cumplido», para resaltar el valor inviolable de lo que se dice.

c) Lucas habla de «realidades» porque Jesús no ha escenificado el drama de su Encarnación como si fuera una ficción, como dicen los herejes, sino que por ser Él «la Verdad»[1], ha realizado obras en verdad.

Lc 1, 2

Lucas dice claramente que ha recogido, como documentos, hechos vistos de verdad y relatos oídos de verdad: «conforme nos los transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra». Ciertamente, hay que confiar en él, como en Marcos, y creer que han recordado con exactitud lo que han oído decir; y asimismo que Juan y Mateo han descrito lo que han visto. Y hay que atribuir el mismo valor a los Evangelios legalmente reconocidos porque, para fundamentarlo, lo mismo vale el testimonio de

quienes han visto que el de quienes han oído. Verdaderos continuadores de realidades verdaderas, nos transmiten la luz que les fue comunicada, y merecen un justo elogio por nuestra parte.

Lc 1, 2

(Lucas se apoya) en testigos oculares y servidores de la Palabra, para que tú, sin dejarte llevar de un lado para otro[2], no te desvíes del camino recto; porque no has recibido una doctrina diferente de la que ahora te dará este texto, sino que recibirás «una certeza» más perfecta sobre aquello que ya habías conocido[3].

Lc 1, 2

Hay que mencionar igualmente que Juan, que vivía todavía en tiempos de Nerón, ha recogido los escritos evangélicos y, tras haber reflexionado, ha retenido los que estaban enteramente libres de la asechanza del diablo, mientras que ha rechazado y dejado de lado todo lo que estimó que estaba fuera de la verdad[4].

Lc 1, 6

a) Sí, ser justo «a los ojos de Dios» es un elogio perfecto, porque Él es verdaderamente *el único que conoce los corazones de los hombres*[5].

b) En verdad, los hombres no saben alabar de acuerdo con el mérito, porque no ven más que la apariencia e igno-

ran lo que está oculto. Entre ellos, una opinión falsa tiene a menudo tanto éxito como la verdad. Los hombres aprecian las vidas de un modo y la divinidad de otro: aquellos según lo que se ve, esta a partir de los pensamientos invisibles en el fondo del alma.

c) Solo Dios es capaz de alabar de una manera justa lo que es digno de alabanza y condenar justamente lo que es reprochable, porque Él *ve en lo secreto*[6], y no solamente las obras, sino incluso los pensamientos. Ante sus ojos aparece desnuda la naturaleza de las obras y las intenciones le son claramente conocidas.

Lc 1, 11

a) Por condescendencia «el ángel fue visto» por Zacarías, porque con los ojos del cuerpo corruptible no es posible ver un cuerpo incorruptible[7].

b) «De pie a la derecha del altar del incienso se apareció el ángel», porque iba a anunciarle la venturosa nueva[8].

c) «Del altar del incienso»[9], dice, porque había otro altar en bronce, el de los holocaustos[10].

Lc 1, 13-15

a) Dado que todos los que veían ángeles temían que vinieran a quitarles la vida[11], como dice también Manué[12], para poner fin a su angustia «dijo el ángel (a Zacarías): no te-

mas». No solamente no vas a morir –dice–, en medio de tristeza y lágrimas, sino que vas a vivir, engendrarás un hijo y «tendrás una gran alegría, porque Isabel te dará a luz un hijo»; y no ha habido *uno más grande que él entre los nacidos de mujer*[13].

b) A continuación dijo: «Muchos se alegrarán del nacimiento de este». En efecto, si no todos los judíos, «muchos» se alegraron de la aparición del precursor anunciando la venida del Salvador, que nos aporta todo tipo de bienes.

Lc 1, 16

La Escritura alude a todos los judíos que, por así decir, erraban fuera del camino de la Ley y vagaban en torno a *preceptos y doctrinas de hombres*[14]. La doctrina de Juan evangelizó a «muchos» de entre ellos a Cristo, «Dios y Señor» de todas las criaturas, que es el «camino» de la verdad[15].

Lc 1, 17

a) Se dice que Juan es un «Elías en cuanto a su poder» porque fue el Precursor de la primera venida de Cristo, así como el tesbita de la segunda[16].

b) Se dice que Juan tenía «el poder de Elías» porque era asceta y virgen, porque vivía la mayor parte del tiempo en el desierto y porque reprendía con decisión a los pecadores, ya fueran reyes o gentes sencillas.

c) Por tanto, se le llama con razón «Elías en potencia»[17], porque Juan evidentemente no era Elías, como pretendían

los partidarios de la trasmigración de las almas[18] cuando afirmaban que el alma de Elías había pasado a Juan.

d) De otra parte, Elías no había muerto aún, y no es posible, ni siquiera según la opinión de ellos, que un alma actúe en dos cuerpos al mismo tiempo.

e) El texto no permite ni siquiera a los partidarios de la metempsícosis violentar el sentido de las palabras, porque muchos han tenido la audacia de lanzar esta teoría apoyándose en la palabra del Señor[19]. Si Elías estuviera muerto, les estaría permitido llegar a esa conclusión.

f) Pero si fue arrebatado en cuanto a su cuerpo[20], ¿cómo un alma que está en un cuerpo puede pasar a otro? La expresión «en espíritu», según nuestra explicación, indica un carisma profético.

Lc 1, 20

En el momento en que Zacarías no creyó al ángel que le anunciaba el nacimiento de la voz que había de mostrar a la Palabra, pierde la voz; la recupera y cesa ese silencio penoso cuando nace el Precursor, la voz de la Palabra[21], y cuando escribe que *Juan es su nombre*[22]. Por tanto, es preciso escuchar una voz para que la inteligencia reciba la Palabra manifestada por la voz.

Lc 1, 26-27

a) El hipérbaton[23] tiene este sentido[24]: «El ángel fue enviado a una virgen de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María, desposada con un varón de nombre José». El ángel no fue enviado a José, porque José no tenía ninguna participación en el nacimiento del Señor.

b) No es por estar prometido por lo que es llamado esposo, sino porque Dios lo ha dispuesto por múltiples razones: primero, para que algunos pudieran creer que María estaba encinta de él y no fuera lapidada como si hubiera perdido su virginidad[25]; después, a causa del príncipe de este mundo, para que, engañado, creyera él también que Jesús era hijo de José y se enfrentara a Él como a un hombre, de modo que, tras haber sido vencido, el diablo cayera y en Cristo la humanidad fuera levantada de su caída y el diablo abatido[26].

Lc 1, 28

a) Puesto que Dios había dicho a Eva: *Darás a luz en medio de dolores*[27], por eso el ángel dice ahora: «alégrate, llena de gracia». En efecto, esta alegría sustituye a aquel dolor.

b) Porque si, a causa de la maldición a Eva, la maldición se trasmitió a todas las mujeres, es necesario suponer que,

gracias a la bendición a María, la alegría se extiende a toda alma virgen[28].

c) «El Señor está contigo». Efectivamente, está con la Virgen el que poco después (procede) de ella.

d) «El Señor está contigo». Hay que saber que, en el mismo instante de la buena nueva, la Virgen concibió de un modo milagroso.

Lc 1, 30

a) Como (María) «se turbó» al ver la desacostumbrada aparición del ángel, la aparta de su turbación y la reconforta, diciéndole: «no temas, María, porque has hallado gracia ante Dios».

b) La expresión «has hallado gracia» era habitual, porque, antes de ella, también otras habían hallado gracia. Pero decir «concebirás» no era común, sino que concernía solo a la Virgen.

Lc 1, 30

«Porque has hallado gracia delante de Dios, por eso no temas». En efecto, la venida del Señor disipa todo temor.

Lc 1, 32

«Él será grande», no como Juan, sino como Dominador, Creador y Señor de todo[29]. Grande porque penetra todas las cosas; grande, porque David ha dicho: *Nuestro Señor es grande y su fuerza inmensa*[30]. Sí, Él es verdaderamente grande.

Lc 1, 38

a) María dijo al ángel con toda su sensatez[31]: «he aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

b) El ángel, tras haber recibido la profesión de fe de la Virgen, se apartó de ella.

c) Ella a su vez partió hacia la casa de su prima, subiendo «deprisa a la montaña», a impulsos del Espíritu, que había descendido sobre ella con la fuerza del Altísimo.

d) Y puesto que el ángel le había dicho: «he aquí que tu prima ha concebido», partió para alegrarse con ella, puesto que ella misma también había concebido contra toda esperanza.

e) Convencida de todo lo que había oído a propósito de Isabel, exclama: «He aquí la esclava del Señor».

Lc 1, 38

«He aquí» –dice– «la esclava del Señor», como si dijera: «Soy una pizarra para escribir[32]: que el escritor escriba lo que quiera; que haga lo que quiera el Señor del Universo».

Lc 1, 40

Como la Virgen está llena de delicadeza, no solo se dirige a casa de Isabel sin enorgullecerse de las palabras del ángel, sino que toma la iniciativa en el saludo a Isabel, tributándole el respeto propio de su edad más avanzada y su

dignidad de madre. No fue Isabel la primera que saludó, sino María la que «saludó a Isabel»[33].

Lc 1, 41

a) A Juan le sucedió algo que no le había sucedido a ninguno de los profetas, porque estaba próximo a la venida de Cristo y él era su precursor.

b) No estuvo «lleno del espíritu Santo» antes de que se presentara delante de él la que llevaba a Cristo en su seno.

c) Primero «el niño se llenó del espíritu» y saltó y se lo comunicó a la madre y, a causa del niño que llevaba en ella, Isabel pronunció palabras proféticas y dijo a la Virgen: «dichosa tú entre las mujeres».

Lc 1, 43

a) Isabel le dice a la Virgen más o menos esto: ¿Por qué vienes a saludarme tú la primera? ¿Acaso soy yo la que va a dar a luz al Salvador? Más bien yo debería ir a ti.

b) En efecto, ninguna mujer ha tenido ni puede tener parte en una gracia similar.

c) El dar a luz hizo a Isabel digna de respeto, como el alumbramiento divino hizo a María digna de veneración y, a través de ella, a todo el sexo femenino, como dice Pablo, hablando en general de las mujeres: *La mujer se salvará a través de su maternidad*[34]. Es decir, porque una mujer ha dado a luz a Cristo.

Lc 1, 42

a) Isabel dice «el fruto de tus entrañas», según la promesa que Dios había hecho a David: *Pondré al fruto de tus entrañas sobre tu trono*[35].

b) Isabel utiliza una expresión muy adecuada cuando llama «fruto de tus entrañas» al niño que la Virgen lleva en ella, porque ningún varón ha intervenido en esta concepción, que viene solo de la Virgen, habitada por el Espíritu Santo y cubierta por la sombra del poder del Altísimo. Los hombres, nacidos del semen de sus padres, son fruto de esos padres.

c) Según aquello que le fue dicho a David: «del fruto de tus entrañas», es decir, los progenitores de la Virgen y la Virgen misma, que han nacido del semen de los hombres de tu familia.

Lc 1, 43

Las palabras de Isabel concuerdan con las de su hijo, porque este se declara indigno de comparecer ante Cristo, del mismo modo que ella se considera indigna de la visitación de la Virgen.

Lc 1, 43

a) (Isabel) llama madre a la que es todavía Virgen, enunciando con esa palabra profética el cumplimiento del misterio.

b) El designio de Dios condujo a María hasta Isabel, a fin de que desde el seno maternal se cumpliera el testimonio de Juan sobre el Señor a través de su propia madre[36].

Lc 1, 39.45

a) La Virgen se puso en camino con la prisa que le es propia. Porque ha acudido a ver a Isabel, a ver el fruto milagroso de su concepción, y a creer según la voz del ángel.

Con ello se creería en un nacimiento aún mayor, el suyo: quiero decir, el de una Virgen. Y las palabras que pronuncia Isabel tienden a confirmar esa misma fe: «Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que le ha sido dicho de parte del Señor».

b) La Virgen, más segura en su fe a partir de estas palabras, fue proclamada dichosa porque había creído en la embajada del ángel y en las profecías similares pronunciadas por su prima.

Lc 1, 46

a) Y a continuación: «mi alma glorifica al Señor mi Salvador». Porque Dios es mi Salvador, ya que, por mí, da un Salvador al mundo.

b) Algunos dicen que «espíritu» y «alma» son lo mismo[37].

Lc 1, 48

Ella expresa a continuación el motivo por el que es necesario «magnificar al Señor» y «exultar de alegría» en Él, cuando añade: «Porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava». ¿Quién soy yo, en efecto, para semejante obra? Es Él quien «ha puesto sus ojos», yo no me lo habría imaginado, porque era de baja condición y de ningún provecho. Ahora paso de la tierra al cielo y he sido elevada a una tarea inefable.

Lc 1, 51

«Ha desplegado su fuerza...», etc., porque es obra de la mano de Dios, no de un hombre. Y el Hijo es el brazo del

Padre, según aquello de: *Has rescatado a tu pueblo con tu brazo*[38].

Lc 1, 54

a) Este pasaje[39] corresponde también al *Israel según la carne*[40]. En efecto, miles de judíos se salvaron por haber creído en el Señor.

b) Pero también se puede entender como referido al Israel espiritual, es decir, a todo aquel que ve a Dios con la inteligencia –ese es el significado de la palabra «Israel»[41]– y esos somos nosotros, quienes hemos creído, procedentes de la gentilidad.

Lc 1, 56

Yo pienso que, según el Evangelista, «cuando le llegó a Isabel el tiempo del parto», María «se volvió a su casa». De hecho, si «en el sexto mes» (de embarazo) de Isabel «el ángel Gabriel fue enviado a la Virgen a Nazaret» para anunciarle la buena nueva, si la Virgen corrió entonces «hacia la montaña» a casa de su prima y «permaneció allí unos tres meses», es evidente que «volvió a su casa» cuando «se cumplió el tiempo» del embarazo de Isabel.

Lc 1, 56-57

a) ¿En virtud de qué «permaneció»? Quizás también para contemplar el cumplimiento del milagro, porque está en

la incertidumbre de lo que a ella misma se refiere, está estupefacta y se pregunta qué va a suceder[42].

b) Es una costumbre que las vírgenes se retiren cuando una madre va a dar a luz.

c) Por eso se fue cuando a Isabel le llegaron los días de «dar a luz», porque María era virgen, aunque estuviera encinta. Para quienes ignoraban el misterio, era una mujer que estaba encinta por obra de varón; en realidad era virgen y pura de todo contacto con un hombre, pero estaba encinta de acuerdo con la naturaleza y la verdad de una manera nueva, más allá de la naturaleza.

Lc 1, 59

Juan significa «gracia de Dios», Zacarías «memoria de Dios», e Isabel «juramento de mi Dios»[43].

Lc 1, 59

Puesto que Zacarías significa «memoria de Dios» pero Juan es «el que muestra» –porque se recuerda a una persona ausente y se muestra a una que está presente–, por eso los padres de este niño no consintieron en llamarlo Zacarías, sino que quisieron que se llamara Juan, ya que no tenía que recordar a un Dios ausente, sino mostrarlo presente, como con el dedo, y decir: *He aquí el cordero de Dios*[44].

Lc 1, 71-72

a) ¿De qué alianza se ha acordado y de qué promesa hecha a Abraham, si no es aquello de: *todas las naciones serán bendecidas en tu descendencia*[45]?

b) Aunque (la venida de Jesucristo) no ha tenido lugar más que ahora, había sido anunciada desde antiguo –porque eso es «acordarse de la alianza»[46]– y era imposible que a esas palabras no siguieran los hechos. Porque Dios había confirmado sus promesas con un juramento de que todo se cumpliría. Y ahora los creyentes son liberados de sus enemigos espirituales «sin temor a su poder»[47].

Lc 1, 76

¿Qué quiere decir «preparar las vías del Señor»? Dar a conocer a los hombres que ha venido Aquel que quita los pecados a los que creen en Él.

Porque Él llama «su pueblo» a los creyentes, ya que concede el conocimiento de la salvación a aquellos que están dispuestos a reconocerla, no *a causa de las obras de la Ley*[48], sino a través de su inefable misericordia.

Lc 1, 80

Su madre era *estéril y ambos* progenitores eran *ancianos*[49]. El Apóstol[50] dice que semejante alumbramiento es del Espíritu, a propósito del nacimiento de Isaac, que nació según el Espíritu, es decir, según la fuerza y la gracia del Espíritu. Ahora bien, el que ha nacido «en el Espíritu», también ha crecido «en el Espíritu». Esto mismo era necesario que ocurriera con el siervo del Señor, que sobrepasaba a todos los profetas.

Lc 2, 6-7

Es necesario saber también que a propósito de Juan está escrito: *A Isabel le llegó el tiempo del parto*[51], mientras que sobre el parto de María se dice: «se cumplieron los días[52]. Porque no es exactamente lo mismo «se cumplieron los días», que «llegó el tiempo del parto». El tiempo, en efecto, comprende también las noches y, cuando se trata de Jesús, no hay noches, sino que solo se cumplen los días para ese parto[53].

De otra parte, Isabel da a luz «un» hijo, María «el» Hijo, con artículo, con el fin de que la palabra muestre de una manera enfática que aquella ha dado a luz un hijo que es un simple hombre, mientras que esta ha dado a luz no un simple hombre, sino el Hijo de Dios hecho Hombre. Por eso, en un caso el artículo era necesario para designar a uno notable y distinto del resto de los hombres; en el otro no.

Lc 2, 8

Es que aquellos (los judíos) estaban corrompidos y la envidia les iba a hacer temblar de rabia, mientras que estos (los pastores) eran sencillos, trataban de imitar el modo de vida de los primitivos patriarcas y de Moisés; en efecto, estos eran también pastores[54].

Lc 2, 8-14

a) Los pastores son los primeros a los que se revela el misterio anunciado por los ángeles, porque ellos son imagen de los que serían pastores de las iglesias. Y eso es lo absolutamente correcto.

b) Ellos debieron ser los primeros en escuchar: «Paz en la tierra», porque iban a anunciar la paz a toda la multitud del pueblo de Dios[55]. El tratarse de pastores y el hecho de que se les comunique la noticia que trae alegría indican claramente que *el Buen Pastor*[56] ha venido para la *oveja descarriada*[57].

c) Porque nada regocija tanto a los pastores como encontrar a la oveja perdida[58]; encontrarla no era tarea de ningún otro sino de «Cristo, el soberano[59] de los pastores»[60].

Lc 2, 13ss.

a) Gracias a estas palabras pronunciadas con fuerza: «en lo más alto», los ángeles han mostrado que la gloria más elevada de todas es la que se tributa a Cristo.

b) Porque nadie «en la tierra» es capaz de hacer subir al cielo un himno de gloria que honre debidamente el descenso del Altísimo. Es difícil para las potencias «en las alturas», que precisamente se elevan más porque cantan un himno al Altísimo. Y en cuanto a todas las que están «en lo más alto de los cielos», esas pueden de alguna manera cantar un himno a Cristo.

c) Después de que las potencias de lo alto entonaron un himno en honor de quien, estando *en el seno del Padre*[61], se había hecho niño[62], eso mismo se produjo también «en la tierra». Por eso se dijo: «y paz en la tierra también a los hombres de la benevolencia (divina)», porque el cielo y la tierra se iban a unir y los hombres estaban a punto de dar gracias a quien les enviaba la paz y los libraba de la enemistad con Dios.

Lc 2, 15

a) ¡Oh, figura de un misterio digno de Dios! En efecto, Belén significa «casa del pan»[63]. ¿Hacia qué otro lugar podían apresurarse los pastores tras la embajada de paz sino a la casa espiritual del pan celeste que es Cristo, es decir, a la Iglesia?

b) ¿No es en ella donde místicamente cada día se distribuye *el pan bajado del cielo*[64], que da la vida al mundo, en el santo sacrificio? Cristo es, en efecto, «el pan vivo, descendido del cielo y entregado para la vida del mundo», como él mismo dice en los Evangelios[65].

Lc 2, 21

¿Por qué la señal no se encuentra en ningún otro lugar que en la circuncisión del sexo masculino? Puesto que debía ser el instrumento de una descendencia bendita, era necesario que a través de él se mostrara una marca visible de esa bendición.

Lc 2, 26ss.

a) Simeón «había recibido la revelación del Espíritu Santo» de que no acabaría su vida «antes de haber visto al Cristo». Esperaba por tanto ver al Ungido del Señor antes de morir, esperaba el cumplimiento de la promesa y permanecía en el interior del templo diciéndose a sí mismo: «cuando se produzca, sucederá con plena seguridad en este lugar».

b) Y habiendo tomado a Jesús «en sus brazos, bendijo al Señor» y dijo: «Ahora, Señor, puedes liberar a tu siervo». ¿Librarlo de qué? De este campo de batalla que es la vida, porque la vida es un rescate que hay que pagar y una prisión.

c) Estaba presente el que había de pacificar el mundo, el que une el cielo con la tierra, el que convierte la tierra en cielo por medio de las enseñanzas del Evangelio.

d) «Porque mis ojos han visto tu salvación». Porque antes –dice– yo creía gracias a la inteligencia, conocía por el raciocinio, pero ahora contemplo con mis ojos de carne, como quien ha alcanzado la meta[66]. «He visto tu salvación», que es Cristo. Lo que he visto no es solo la salvación para los judíos, sino para todo el mundo.

e) ¿Qué he visto? «Tu salvación», dice Simeón, «que has preparado ante la faz» no de un solo pueblo ni de Israel

ni de los judíos solamente, sino «ante la faz de todos los pueblos».

f) «Una luz que ilumine a las naciones». Cristo es la luz de las naciones, porque las naciones, sumidas en las tinieblas, habrían de recibir la luz gracias a su doctrina. Ahora, en efecto, el Padre ha acogido a los paganos y les ha concedido un tratado de paz: la salvación por la fe en Cristo.

g) «Y gloria de Israel, tu pueblo». Para uno (Israel) la gloria, para otro (el pagano) la Revelación. Porque para los paganos es el comienzo de la doctrina, mientras que para Israel es la continuación de su instrucción. Si uno conoce a Cristo, ese es un israelita; si no le conoce, no es un israelita, porque «Israel» significa «la inteligencia que ve a Dios»[67].

h) «Y gloria de Israel, tu pueblo». La gloria de los judíos consiste en creer al Cristo anunciado por los profetas. Porque la gloria de los que esperan es encontrar a aquel a quien esperan.

Lc 2, 35

«La espada designa la palabra que prueba y *penetra hasta la divisoria del alma y el espíritu, las articulaciones y la médula*[68], y juzga los pensamientos»[69].

Lc 2, 36-38

Como el evangelista ha prometido decirlo todo sin omitir nada, no ha pasado en silencio a la persona de Ana, estableciendo así, por medio de dos profetas, la verdad de lo que había sido dicho sobre Cristo. En efecto, ella como «profetisa» decía a todos que Él era el Ungido, el que de-

bía rescatar Jerusalén, es decir, la ciudad de los que viven en el temor de Dios y en el conocimiento de las Escrituras. En efecto, Jerusalén significa «visión del Altísimo»[70].

Lc 2, 48

a) La Virgen sabía que el Niño no era de José, pero acepta que su prometido pase por ser padre de Él a causa de la sospecha de los judíos[71], que podrían pensar que ese parto era el fruto de relaciones impuras. Por eso también Cristo dice: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?».

b) Después de que ella dijera: «Tu padre y yo te buscábamos angustiados», el Salvador respondió: «¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les dijo», es decir, que se refería al templo.

Lc 2, 46

No «le encontraron» al primer o al segundo día, sino al tercero, cuando Él consintió en mostrarse a quienes le buscaban. Esta palabra tiene un sentido enigmático. A los doce años se oculta durante tres días; antes de la Pasión, profetiza la Pasión como será vivida por los doce discípulos, cuando desapareció a sus ojos y, una vez resucitado, se les apareció: les anunció con antelación el plazo de tres días[72].

Lc 2, 48-49

Ella (la Virgen) había llamado a José padre de Aquel (Jesús) a causa de los judíos. Pero Él, destruyendo esa ficción, replica: «¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?», manifestando así que su Padre era Dios, no José. Dice «en las cosas de mi Padre» por el templo, en el que estaba y en el que fue encontrado cuando se le buscó.

Lc 2, 51

Y que (los niños) hagan todo lo que sus padres les mandan, excepto aquello que se opone a la gloria de Dios. Porque para eso «permaneció» en el templo, para anteponer la gloria de Dios, su verdadero Padre y Dios, a la de sus padres según la carne.

Lc 2, 51

Las palabras que la Virgen «conservaba» son las que el ángel le había dirigido, las de los pastores, las de Simeón y Ana y las que ahora le dirigía Jesús en persona. Y aunque no entendían (María y José) perfectamente sus palabras, la Madre de Dios[73] entendió que eran algo divino y sobrehumano.

Lc 2, 51

(La Virgen) no acogía nada de lo que se decía o ocurría tal cual, sino que lo guardaba todo en sí misma; comprendía una parte de un modo espiritual, buscaba el sentido del

resto, porque sabía que llegaría un tiempo en el que lo que estaba oculto se manifestaría en Cristo[74].

Lc 3, 3

¿Dónde iba a proclamar su predicación el Bautista sino en la «región próxima al Jordán», para que quien quisiera convertirse pudiera acercarse inmediatamente al río con el fin de ser bautizado? Tanto más cuanto que Jordán quiere decir «bajada»[75]. En efecto, aquí descendió el río de Dios, la verdadera bebida, el agua de la vida, el Cristo. ¿A quién anuncia Juan un «bautismo para la remisión de los pecados» sino al que no peca?

En efecto, el bautismo de Cristo contenía la remisión perfecta de los pecados por el solo hecho de recibirlo. El de Juan contenía la remisión de los pecados, pero por medio de la conversión, porque era imperfecto, a pesar de que era más perfecto que los bautismos de los judíos. Porque Juan era el precursor de otra Palabra, por eso se le llama «voz» y no «palabra»[76]. Cita a Isaías para dar testimonio de la Palabra, y dice como está escrito: (Yo soy) *la voz del que clama en el desierto*[77].

Lc 3, 7

Con razón llama a todos los infieles «raza de víboras». En efecto, el que no renuncia a los hábitos que lleva en sí mismo, no solo no recibe bien el bautismo, sino que es de la raza de la víbora, que conserva en su interior el veneno del mal.

Lc 3, 8

Los que hacen un bien proporcionado a la multitud y magnitud de sus faltas pasadas, dan «frutos» del Espíritu Santo «que son dignos de la conversión»[78]. Gracias a ellos, los que antes eran «de la raza de las víboras» se transforman y se convierten en *hijos del Padre que está en los cielos*[79].

Lc 3, 12

Comprende que la palabra «publicanos» designa los poderes enemigos que se asientan al final de nuestra vida: si descubren que uno tiene algo que les pertenece, es decir, algún pecado, lo retienen hasta que expíe todo lo que ha hecho[80].

Lc 3, 16

«Él os bautizará». El testimonio de Juan atribuye a Cristo una prerrogativa divina. Porque ¿quién es el que bautiza a los hombres en el Espíritu Santo? Y ¿quién bautizará como juez en el fuego de la *gehenna* a los que se hayan negado a creer en el Evangelio? ¿No es acaso Cristo en cuanto Dios?

Lc 4, 4

Marcos y Lucas dicen que *fue tentado durante cuarenta días*[81], lo cual prueba claramente que en ese tiempo el dia-

blo, al principio de lejos, lo puso a prueba por medio del sueño, el decaimiento[82], la pusilanimidad y otras cosas semejantes.

Pero después, cuando se dio cuenta de que tenía hambre, se puso cerca de Él y lo atacó abiertamente. Y mira lo que hace. Había oído de labios de Juan y por medio de la voz venida del cielo que *este es el hijo de Dios*[83], e ignorando que el Hijo de Dios se había encarnado –el misterio inefable de la Encarnación había quedado oculto al demonio–, sospechó que, como hombre, Jesús había agradado a Dios a causa de sus virtudes[84].

Por otra parte, le daba envidia tal honor, como había envidiado al viejo Adán, y se esforzó, como había hecho con el primer hombre, para que cayera como aquel[85]. Por eso, acercándose a Él, le presenta la primera tentación, la de la gula, que había seducido al primer Adán.

Y como en ningún sitio había nada de comer –porque era el desierto completo y el diablo sabía que para aplacar el hambre el pan era el alimento adecuado–, él mismo no se lo presenta, dado que Cristo no podía aceptar nada de su adversario, sino que le ordena convertir en pan las piedras que le muestra. Y para que Cristo no descubriera la insidia, he aquí el engaño que escoge y el colmo de la perversión:

no dice simplemente que convierta las piedras en panes, sino que añade «si eres Hijo de Dios», para indicar que debía intentar que se realizara ese prodigio como prueba de que era Hijo de Dios.

Porque él contaba con que Jesús se picaría con esas palabras que lo injuriaban poniendo en duda su ser de Hijo de Dios; que, ignorando la trampa, iba a cambiar las piedras en panes, ya que poseía una fuerza procedente de Dios; y que, a la vista de los panes, hambriento como estaba, se dejaría vencer por el apetito.

Pero todo eso no se ocultaba *al que agarra a los sabios en su propia astucia*[86]. El interpelado dijo: «Está escrito: no solo de pan vive el hombre», etc., captando su astucia. No realizó el milagro que se le pedía, porque tenía costumbre de realizar milagros a favor de quienes lo veían, pero el diablo no podía sacar ningún provecho. En efecto, después de haber visto todo lo que había hecho Cristo, no cambió.

Cristo se defiende del designio secreto del diablo y le cierra la boca a partir del texto del Deuteronomio, diciéndole en cierto modo: ¿Para qué me ordenas convertir las piedras en pan? Es seguramente a causa del hambre que me aflige, para que me deje seducir por lo sensible, *pero no solo de pan vive el hombre*[87], sino que existe otro tipo de alimento. En efecto, «toda palabra que sale de la boca de Dios» va hacia aquel que tiene hambre, sostiene su vida a la manera de un alimento y es suficiente para él.

De ese modo, con paciencia, rechazó la argucia de la gula.

Lc 4, 5

a) El Evangelista dice que «le mostró todos los reinos de la tierra en un instante», lo cual quiere decir que le hizo de

palabra una descripción del universo y en cierto modo se la mostró a la inteligencia tal y como él la concebía. Pero el Creador de todo no ignoraba nada.

b) Porque si no es así, ¿cómo habría podido él reunir en un solo lugar otros lugares que están situados en los extremos de la tierra para hacerlos contemplar a unos ojos corporales[88]?

Lc 4, 10

Pienso que creer que Jesús necesita ángeles de Dios «que lo lleven en sus manos para que su pie no tropiece con las piedras» suprime su gloria más que afirma su divinidad.

Lc 4, 10

A la puesta del sol, o al caer del día, traían (a los enfermos). Se avergonzaban, o tenían miedo de los fariseos, o estaban ocupados en otros quehaceres, o quizá pensaban que no estaba permitido curar en sábado. El evangelista había anotado que *les enseñaba durante el sábado*[89] y que a la caída del sol los padres traían a los enfermos y «Él los curaba».

Lc 7, 37

Un alma con cierto grado de perfección, tras haber servido fielmente al Verbo de Dios, tiene la seguridad[90] de acercarse a la misma cabeza –*la cabeza de Cristo es Dios*[91]– para derramar su perfume y difundir su buen olor para la

gloria de Dios[92]. En efecto, Dios es glorificado por el buen olor de la vida de los justos. Por el contrario, una mujer, es decir un alma menos perfecta, se dirige a los pies de Cristo y a los miembros más humildes. Nosotros estamos próximos a esta segunda actitud porque no nos hemos arrepentido de nuestras faltas.

¿Dónde están nuestras lágrimas, dónde nuestros gemidos para poder al menos acercarnos a los pies de Jesús? Todavía no podemos acercarnos a su cabeza. Después de todos nuestros pecados debemos considerarnos dichosos de aportar un perfume de conversión para poder adoptar la segunda actitud: la de ungir los pies pero no la cabeza, es decir, la que no alcanza la cima de la perfección sino que toma el último puesto y el más alejado[93].

Lc 8, 16

Cristo no habla aquí de una lámpara material, sino de una espiritual. En efecto, «después de haber encendido» esta lámpara, nadie la ocultará poniéndola «en un vaso o bajo una cama», sino que la pondrá «sobre el candelero» que se encuentra en su interior. Los vasos de una casa simbolizan las potencias del alma; la cama, el cuerpo. «Los que entran» son los que entienden al que se comunica con ellos. El candelero es la razón[94], la sede de la Palabra, o la boca cuando se abre para la palabra de Dios. En ambos casos los hombres que se han acercado a Dios verán «la luz», luz que representa el conocimiento con el que uno se ha iluminado a sí mismo.

Lc 8, 39ss.

(Jesús) envió «a su casa» (al poseso) porque este hombre no tenía fuerza suficiente como para sentarse «vestido a los pies de Jesús y quedarse con Él». Es verdad que los hombres de aquellos alrededores no podían soportar la presencia física de Jesús, pero Él se preocupó de la salvación de los que eran capaces de escucharlo en aquella región, puesto que envió al hombre que por propia iniciativa «se había sentado a sus pies» con el fin de que les mostrara «lo que Dios había hecho por él». Habría algunos oyentes y discípulos de este hombre que, aunque no había comprendido muchas cosas, anunciaría lo poco que había comprendido.

Se podría aplicar el sentido de este pasaje también a la naturaleza del hombre de fuera de Israel, para quien Jesús descendió hasta la región de los Gerasenos[95] y para el que había venido a la tierra. Ese hombre, dice la Escritura, «no llevaba vestido» porque no tenía ninguna prenda con la que cubrir su vergüenza. «Y no habitaba en una casa» porque no era como Jacob, un *hombre sencillo, que vivía en una casa*[96]. Por eso «lo despidió diciendo: vuelve a tu casa».

La hemorroísa, que estaba en el camino llena de impureza, que perdía sangre *no solo en el tiempo de sus reglas*[98], sino siempre, y que estaba enferma de su pecado «fenicio»[99], era la Iglesia de los gentiles, la que cree en el Hijo de Dios antes que la sinagoga. Y mientras Cristo avanza, ella le sigue y trata de tocar al menos «el borde de su manto».

Y Lucas añade un detalle que Mateo ha omitido: que la hija del jefe de la sinagoga tenía doce años y que hacía también doce años que la hemorroísa padecía el flujo de sangre. Así pues, el comienzo de la enfermedad de esta coincide con el nacimiento de la niña. Permanece en la incredulidad durante el tiempo en que vive la sinagoga, y el mismo momento es el fin de la salud para una y el comienzo para la otra[100]. Una muere a los doce años, la otra, al tener fe tras doce años de sufrimiento, es curada de la enfermedad «que ningún médico había podido curar».

En efecto, entre los paganos había muchos médicos que prometían la curación. Si te fijas en los filósofos, hacen profesión de tener la verdad e intentan sanar a los hombres. Pero esta mujer, después de haber gastado todo lo que tenía, «no pudo ser curada por ningún médico». Ahora bien, apenas tocó la franja de la túnica de Jesús –el único médico de

las almas y de los cuerpos[101]– fue curada gracias a su fe inflamada y ardiente.

Si consideramos nuestra fe en Cristo Jesús, pensamos en la grandeza del Hijo de Dios y en la persona que hemos tocado, veremos que por lo que se refiere a las franjas de su vestido no hemos tocado más que una; pero esa es la que nos sana y nos permite escuchar las palabras de Jesús: «Hija, tu fe te ha salvado».

Y cuando nos hayamos curado, la hija del jefe de la sinagoga resucitará también[102], porque cuando *la totalidad de los paganos haya entrado, entonces todo Israel se salvará*[103].

Lc 9, 25

Hay un pecado que provoca la muerte del alma, el que Juan llama *pecado para la muerte*[104]. Y hay también un pecado que consiste en una debilidad del alma y otro que es un «perjuicio» para el alma: en efecto, esta es la palabra utilizada. Esta expresión se encuentra también en el Apóstol: *Si su obra es consumada, sufrirá un perjuicio*[105].

Lc 9, 28

Los seis días[106] son imagen de la Creación[107], es decir, que esto de ahora (la transfiguración) ocurre después de este

mundo. Jesús, en efecto, hará subir «a la montaña elevada» a todo aquel que sea Pedro o Santiago o Juan. Porque ningún otro, salvo esos tres, sube para ver la transfiguración de Jesús y a Moisés y Elías, que aparecen glorificados.

Lc 9, 58

Si estás dispuesto, ¡hombre!, a ser como yo, uno que no tiene «dónde reposar su cabeza», escogerás siguiendo mi enseñanza la inseguridad de aquí abajo con la esperanza del Reino de los cielos, sin esperar ningún descanso aquí en la tierra, sino solamente en el siglo a venir. En efecto, mis discípulos, que practican la justicia, *tendrán que sufrir en el mundo*[108]. «Los malos y los charlatanes», que pueden ser comparados «a los zorros y a los pájaros del cielo», en esta vida *avanzarán por la vía de engañar y ser engañados*[109]. La frase «el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar la cabeza» concuerda plenamente con la palabra de Cristo que encontramos en Pablo: *Andamos de acá para allá*[110].

Lc 9, 59-60

Hay un sentido más elevado (de este pasaje)[111]. Al morir su padre, cuando este era un cadáver, fue cuando este hombre fue llamado por el Salvador. Yo pienso esto: que

igual que el mundo estaba crucificado[112] y era un cadáver para Pablo, puesto que las realidades del mundo estaban muertas para él y las consideraba como *visibles y temporales*[113], así también para todo hombre justo el diablo está muerto, mientras que estaba vivo cuando el hombre era pecador.

En efecto, todo aquel *que comete pecado ha nacido del diablo*[114]. Ese mal padre vive en todo hombre cuando peca y fija su mirada en las cosas de aquí abajo. Pero todo aquel que está muerto para el maligno, puede escuchar al Salvador, que le dice: «Sígueme». Y es sin duda el diablo el padre a quien, según esta interpretación espiritual, debemos odiar[115] si queremos ser dignos de Jesús.

Lo de «a los muertos enterrar a sus muertos» no tiene más que un sentido alegórico. Los muertos de algún modo entierran en sí mismos a sus propios cadáveres, ya que se han convertido en sus propias sepulturas y monumentos funerarios. El que obedece a Jesús abandona definitivamente al difunto y no lo toca más, porque sabe que tocar un cadáver ensucia[116].

Lc 9, 62

Cada uno de nosotros es su propio labrador y tiene como tierra su propia alma, que debe renovar trabajándola con el arado de la razón y conduciendo los bueyes que trabajan a partir de la Escritura incontaminada. Entonces rejuvenecerá su alma, envejecida en el pasado por culpa de la mucha pereza, que produce mucho mal y obras estériles. Una vez arrancado todo eso con el arado del Verbo y después de haber dejado su alma en barbecho, sembrará to-

mando la semilla en la enseñanza divina de la Ley, de los profetas, del Evangelio, repasándolas en su memoria e intentando ponerlas en práctica[117].

Por eso, el Dios de todas las cosas dice a través de la boca de Jeremías: *Renovad vuestras tierras con nuevos surcos y no sembréis en las espinas*[118]. Porque no basta con recibir una semilla divina para producir fruto, sino que además es necesario purificar enteramente el alma, liberarla de toda pasión, de las preocupaciones que conciernen a la vida terrena y de los placeres: todo eso son las espinas[119]. Por eso dice: *Evita el mal y haz el bien*[120].

Lc 10, 1

He aquí lo que dice Lucas sobre los setenta, mientras que Marcos dice que: *llamó a los doce y los envió de dos en dos dándoles autoridad sobre los espíritus impuros*[121]. Eso de «en grupos de dos» para servir a la palabra de acuerdo con la voluntad de Dios, parece ser algo antiguo, a partir de Moisés y Aarón, en tiempos de la *salida del pueblo desde Egipto*[122].

En efecto, Dios hizo salir a Israel «de la mano de Moisés y Aarón». Y *Jesús, hijo de Nave, y Caleb, hijo de*

Jefuné[123], ambos de acuerdo, aplacaron al pueblo sublevado por los diez. También Eldad y Medad, los dos puestos de acuerdo, profetizaban en el campamento[124]. Más tarde, asimismo Pablo y Bernabé fueron enviados en misión a los paganos[125] y eran un ejemplo de quienes unen sus voces «a dúo sobre la tierra»[126].

Hay una armonía entre esto y lo de: *El hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada*[127], y aquello otro: *dos hombres son mejores que uno solo*[128]. Esta repartición de los doce en grupos de dos es evidente también en la lista de Mateo, que los ha agrupado por parejas[129].

Lc 10, 27

Estas palabras[130] se dirigen contra los discípulos de Valentín y Basílides[131] y contra los de Marción[132], porque también ellos tienen estos textos en su evangelio. Y nosotros les diremos: si Jesús ha dado su aprobación a quien respondió: «Amarás al Señor tu Dios», expresando que este mandamiento enunciado en la Ley corresponde solamente al Creador, y le ha dicho: «Has respondido bien», ¿qué querrá que hagamos nosotros para vivir la vida eterna, sino amar con «todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con to-

das nuestras fuerzas e inteligencia»[133] al Señor del que hablan la Ley y los Profetas?

Lc 10, 30ss.

Vamos a explicar en pocas palabras el significado de la parábola[134]. Este hombre representa a Adán o la doctrina que concierne al hombre, la vida que llevaba en el principio y la caída provocada por la desobediencia. Jerusalén significa el Paraíso o la Jerusalén celestial. Jericó es el mundo. Los ladrones son los poderes enemigos, ya sean los demonios o los falsos maestros que se presentaron antes de Cristo. Las heridas son la desobediencia y los pecados.

La desnudez significa la pérdida de la incorruptibilidad y la inmortalidad, así como la privación de toda virtud. El hecho de que el hombre sea abandonado medio muerto muestra que la muerte afecta a la mitad de la naturaleza humana, ya que el alma es inmortal.

El sacerdote es la Ley; el levita, la palabra de los profetas. El samaritano es Cristo, que ha tomado carne de María. La cabalgadura es el cuerpo de Cristo. El vino es la palabra que instruye y corrige. El aceite es la doctrina de la caridad y de la piedad o misericordia. La posada es la Iglesia, y el posadero, los apóstoles y sus sucesores, los obispos y maestros de las iglesias o también los ángeles, que han

sido puestos para proteger a la Iglesia. Los dos denarios son los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, o el amor a Dios y al prójimo, o incluso el conocimiento del Padre y del Hijo. La vuelta del samaritano es la segunda venida de Cristo.

Lc 10, 38

Hay motivos para pensar que Marta simboliza la acción y María la contemplación[135]. Ahora bien, si la enseñanza moral para la acción no tiene como meta la contemplación, se priva a la vida activa del misterio de la caridad. Porque acción y contemplación no existen la una sin la otra. Dicho de un modo más exacto: Marta ha recibido la Palabra en su propia casa, es decir, en su alma, de una manera más corporal, mientras que María la escuchaba de un modo más espiritual aun estando «a sus pies»[136].

De acuerdo con eso, aquella que ha abandonado *lo que había de pueril*[137] en ella, ha dejado ya detrás de sí la catequesis introductoria, que prescinde aún de la exigencia estricta, aunque no haya alcanzado todavía la enseñanza perfecta[138].

Marta puede también representar la sinagoga[139], procedente de la circuncisión, que ha recibido a Jesús en sus pro-

pias fronteras y se alimenta de las numerosas ceremonias que exige la letra de la Ley.

María, por su parte, es la Iglesia de los pueblos, la que ha escogido «la parte buena» de la *ley espiritual*[140], que jamás «le será quitada», *que no será destruida*[141], como la gloria que iluminaba el rostro de Moisés[142]; ha escogido los pocos puntos útiles de la Ley y lo reduce todo al único mandamiento: «amarás».

Hay que entender el: «una sola cosa es necesaria» como: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*[143]; y el «pocas son necesarias» como: «conoces los mandamientos: no cometerás adulterio, no matarás», etc.[144].

Marta puede también representar a los fieles venidos de la circuncisión, que practican las costumbres judías y observan los preceptos de la Ley a la manera judía. A su vez, María, a los que han renunciado a la Ley, a los que son *judíos en su interior*[145] y a los que simplemente se sientan a los pies de Jesús *buscando las realidades de lo alto, no las de la tierra*[146].

Porque si uno reflexiona sobre esta historia, encuentra a Marta demasiado corporal, ocupada «en muchos asuntos», mientras que María se entrega exclusivamente a la contemplación y a las cosas del espíritu.

Lc 11, 2

Pienso que nadie puede llamar «Padre» a Dios si no está lleno del *espíritu de adopción*[147], y que un hijo puede dar ese título a Dios si lo glorifica y observa el mandamiento que dice: *Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y que hace llover sobre injustos y justos*[148].

Asimismo, uno nace de Dios cuando *practica la justicia*[149]. Quien ha recibido *en sí mismo la semilla*[150] de Dios puede pronunciar la palabra «Padre», porque no puede pecar en lo sucesivo[151].

También nacen de Dios –*y no de una semilla perecedera, sino por medio del Verbo de Dios vivo, que perdura por siempre*[152]– todos aquellos a quienes se aplica la palabra de la Escritura que ha pronunciado Juan: *a cuantos lo recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre ni de la voluntad de la carne ni del querer del hombre, sino de Dios*[153].

Estas palabras no significan que Cristo nos eleve a la naturaleza de Dios, sino que nos comunica su gracia y nos confiere su propia dignidad. En efecto, nos dice que llamemos padre nuestro a Dios.

A las palabras: *Padre nuestro*, Mateo añade: *que estás en los cielos*[154], porque habla del Reino de los cielos y describe que el Salvador se dirige a todos los asistentes cuando les revela las bienaventuranzas[155] y les enseña a rezar.

Lucas, que habla del Reino de Dios en todo su Evangelio, ha omitido el «que estás en los cielos» para mostrar que lo divino es una realidad por encima de cualquier expresión local.

Según él, Cristo dirige el pasaje sobre la oración personalmente a los apóstoles, porque estos están más adelantados que la multitud. Tampoco añade la petición: *líbranos del maligno*[156], como hace Mateo.

Lc 11, 2

«Venga tu reino», a fin de que sea destruido *todo principado, dominación y potencia*[157] e incluso todo reino de este mundo[158], así como el pecado que reina en nuestros cuerpos mortales[159], de modo que Dios reine sobre todas estas cosas.

Lc 11, 3

Los discípulos de Marción[160] mantienen el texto siguiente: «Danos tu pan supersubstancial de cada día». Nosotros, puesto que ellos rechazan las interpretaciones alegóricas y espirituales, les plantearemos la siguiente pregunta: ¿cuál es ese pan de Dios? Porque si entienden el texto como nosotros lo hemos interpretado, alegorizan sin ninguna duda. Pero si entienden por eso el pan corporal, entonces ¿cómo vie-

ne del Dios a quien ellos consideran bueno? En todo caso es necesario añadir: «de cada día». Porque nuestra verdadera vida[161] debe ser restaurada a fin de que el *hombre interior*[162] viva según Dios.

Lc 11, 5

Las palabras: «¿Quién de vosotros?» se dirigen a los discípulos, y la expresión «tiene un amigo» quiere decir que Dios es un amigo para los santos, como Moisés y Abraham[163]. «La medianoche» significa seguramente «el tiempo de esta vida, que es breve», cuando el exterminador penetra en toda casa de Egipto[164] –es decir, del mundo– cuyo dintel no esté marcado por la sangre de Cristo.

El discípulo pide a su amigo «tres panes»: quiere alimentar con la ciencia de la Trinidad al viajero que llega a su casa, según lo que Cristo dijo: *Sin mí no podéis hacer nada*[165]. Pero ¿cómo es que el amigo responde desde el interior: «no me molestes»? ¿Significa que nosotros, que *sufrimos y penamos bajo la carga*[166], cargamos nuestras penas sobre el Salvador, porque es *Él quien carga con nuestras enfermedades y es afligido por nuestra causa*[167]? ¿O quiere decir que Dios (Padre) carga con las penas que se depositan en Él, a la manera como se dice que está adormecido o irritado contra aquel que peca?

Lc 11, 24

¿Cómo hay que entender «ese espíritu malvado que recorre lugares desiertos buscando un lugar de descanso y no

hallándolo»? Esos lugares desiertos eran otrora los gentiles, pero ahora son regados por el agua divina y ya no permiten al espíritu malo reposar en ellos. Satanás vuelve entonces a su primitivo domicilio, los israelitas. En efecto, cuando estaban en Egipto, el espíritu malvado habitaba en ellos porque vivían de acuerdo con las costumbres y las leyes de los egipcios; pero cuando la misericordia divina los rescató por medio de Moisés, los abandonó.

Sin embargo, ahora, puesto que no han creído en Cristo sino que han rechazado al Redentor, de nuevo «el espíritu impuro» se ha apoderado de ellos y los ha encontrado sin ninguna presencia divina en ellos, estériles[168] y desocupados, dispuestos a ser habitados por él, y se ha instalado en ellos con toda su fuerza. Este último rasgo parece que se muestra en los «otros siete espíritus» que toma consigo.

En efecto, la Sagrada Escritura acostumbra a designar con este número[169] a una multitud, por ejemplo cuando dice que *la estéril ha engendrado siete veces y la que tenía muchos hijos se había agotado*[170]. Quienes no han creído en mi Hijo, no solo tienen el «espíritu impuro» que los poseía en Egipto, sino que están poseídos de otros espíritus malignos y para ellos «el fin es peor que el principio».

Ahora sufren más que en Egipto porque no han creído en Jesucristo, sino que *han dado muerte al príncipe de la vida*[171], y por eso han sido privados de la vida. Entre ellos, ningún profeta dice: *He aquí lo que dice el Señor*[172], ni hay milagro ni prodigio ni signo alguno de la manifestación y de la presencia de Dios. Los bienes se han trasladado a nosotros, que venimos de los gentiles, según la palabra de Jesús: *El reino de Dios les será arrebatado y entregado a una nación que dará sus frutos*[173]. Nosotros somos la nación a quien ha sido dado «el Reino de Dios», la ciudadanía de la Buena Nueva.

Lc 11, 34

Esto es lo que me parece significa la frase «la lámpara del cuerpo es el ojo»: la inteligencia es el sentido de la vista para toda el alma, para todo el hombre. Para que cuidáramos de ella, añade Jesús: *Estén iluminadas vuestras lámparas*[174]. En realidad, alumbramos nuestra lámpara cuando cuidamos nuestra capacidad de comprensión.

Algo análogo es también aquello de: «Nadie enciende una lámpara para colocarla bajo un celemín, sino para ponerla sobre un candelero». Se enciende una lámpara cuando uno se interesa por la sabiduría, la razón[175] y las realidades divinas con el fin de ser perfecto. Porque la perfección no se obtiene de otra manera que ejercitando los sentidos[176] con lo divino e inteligible, lo que Pablo expresaba claramente diciendo: *Conviene a los que son prefectos el alimento sólido, a aquellos que habitualmente disciernen el bien del mal*[177]. A

esos, a los perfectos, es a quienes se les puede revelar la sabiduría, de la que se dice: *Hablamos de la sabiduría entre los perfectos*[178].

El ojo designa exactamente la inteligencia que hay en nosotros: en ella se encuentra, en el hombre virtuoso, el principio de su sencillez[179], porque en él no hay ni duplicidad, ni engaño, ni ruptura, ni división, ni separación, mientras que, al contrario, para el hombre malvado la inteligencia es el principio de la perversión y de todo tipo de pecados.

Ahora bien, piensa si al «cuerpo» se le puede dar un sentido alegórico, como se ha hecho con el «ojo», y ver en él a toda el alma –aunque esta naturalmente no sea corporal[180]–, puesto que Dios ha colocado la inteligencia en el alma del hombre. O si el cuerpo designa el resto del hombre fuera de la inteligencia, es decir, el compuesto formado por el resto del alma y del cuerpo. Porque el alma entera está ante todo iluminada por la inteligencia, y se podría decir que el cuerpo se hace eco de la sencillez de la inteligencia cuando es movido por ella; o de su perversidad, cuando el alma se sirve del cuerpo como instrumento de pecado.

No tienes por qué sorprendente si en la frase: «el ojo es la lámpara del cuerpo» vemos en el cuerpo al alma en sentido alegórico, a pesar de que esta por naturaleza sea invisible e incorpórea, dado que ha sido creada a imagen del Dios invisible[181]. En efecto, las facultades del alma son designadas alegóricamente con los mismos nombres que los miembros del cuerpo, por más que no sean corporales.

Así, por ejemplo, en la frase: *Ilumina mis ojos*[182] no se alude a los ojos del cuerpo; y en esta otra: *Él me ha dado un oído*[183] no se trata del cuerpo, como tampoco cuando se dice: *El que tenga oídos para oír, que oiga*[184].

En el Cantar de los Cantares, los miembros del cuerpo de la esposa –ya se trate del alma humana en comunión con Cristo, su Esposo, ya de la Iglesia[185]–, son alabados uno tras otro por el esposo: sus cabellos, sus dientes, sus labios, su mejilla, su cuello, sus senos[186]. Si con la esposa se alude alegóricamente al alma, entonces hay que entender que las diferentes partes del cuerpo de aquella designan a las diferentes facultades de esta.

También la frase: *Que mi pie no tropiece*[187] debe referirse alegóricamente a la facultad del alma para moverse de un objeto a otro. Si reflexionas, puedes encontrar en las Escrituras muchos pasajes similares que permiten comprender sin error en qué sentido se alude al cuerpo en la frase «lámpara del cuerpo es el ojo» y expresiones análogas.

Los Proverbios prometen una *sensibilidad divina*[188], distinta de la que no lo es. La que no lo es la tenemos en común con los animales irracionales, que disfrutan de la vista, del oído, del gusto, del olfato y del tacto. En cuanto a los sentidos divinos, no todos los hombres tienen parte en

ellos; para ello es necesario hacer lo que se requiere para «encontrar una sensibilidad divina». Y puesto que los nombres de las partes del cuerpo son análogos a las potencias del alma, no tienes que sorprenderte de que la palabra «cuerpo», en la frase: «el ojo es la lámpara del cuerpo» haga referencia a toda el alma. Con eso naturalmente no queremos decir que haya que alegorizar todos los textos en los que se habla del cuerpo, porque sabemos que ese término se aplica también a otras realidades, como en: *No temáis a los que matan el cuerpo*[189] y en: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo*[190].

Lc 11, 34

En mi opinión, el sentido de la frase siguiente, «tu cuerpo estará iluminado», es este: todo tu cuerpo estará iluminado si nada oscuro hay ya en ti porque no pecas más.

Tu cuerpo se encuentra iluminado por completo porque tú estás iluminado por la luz del cuerpo. Por lo que respecta a esta iluminación, cabe comparar sus rayos a una lámpara que irradia claridad: si bien da luz, no destruye las tinieblas.

De forma análoga, la iluminación que procede de la inteligencia se asemeja a una claridad mucho más brillante que la luz que alumbra el cuerpo, que es tinieblas por naturaleza. Esta iluminación es semejante a una lámpara situada en el centro de la claridad, que resplandece cuando el cuerpo es conducido allí donde la inteligencia quiere[191].

Por tanto, si el espíritu, que es luz por su naturaleza, se convierte en tinieblas en las personas ignorantes e incultas[192], entonces el cuerpo entero –entendiendo por tal la parte del alma sometida a las pasiones, es decir, el alma irascible y concupiscible–, será todavía más tinieblas.

Lc 12, 35-37

Los que viven en la castidad tienen «los lomos ceñidos». Puesto que nuestra vida es una noche, necesitamos una lámpara[193] que es la inteligencia, el ojo del alma. Si el *hombre interior*[194] debe estar en vela, es necesario ciertamente que nos mantengamos despiertos en la mayor parte de las circunstancias de nuestra vida, o incluso en todas, por culpa de *los principados y las potestades*[195] que nos tienden trampas. Contra ellas debemos luchar a fin de *encontrar un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob*[196] y, cuando llegue el momento, para abrir al Maestro que llama[197].

Date cuenta de que a la vigilancia se le otorga una recompensa. En efecto, se dice: «se ceñirá» porque tiene «los lomos ceñidos», según aquello de que *el Señor se revistió de su poder y se ciñó*[198]. Al mismo tiempo hará que cada uno «se siente» a la mesa según su mérito y «servirá» a cada uno según su mérito, retribuyendo *a cada uno según sus obras*[199].

Lc 12, 52

En este relato evangélico hay seis personas, pero una de ellas –es decir, la nuera– desempeña dos papeles, el de hija

y el de nuera, según se oponga a su madre o a su suegra; por eso puede ocurrir que tres luchen contra dos y dos contra tres.

En un sentido espiritual, en esta casa única que es el hombre, antes de la llegada del Logos, los cinco sentidos se ponen de acuerdo para vivir en medio de placeres. Pero cuando Él está presente, se separan: por un lado, los dos que más tienden a la sabiduría, la vista, que nos permite ver el orden del mundo y admirar al Creador, y el oído, por el que nos alcanza el conocimiento del Verbo divino; por el otro, los tres restantes, el gusto, el olfato y el tacto, sentidos materiales que no están dotados para tender a la sabiduría. Estos son los tres que se oponen a los dos primeros.

La frase siguiente: «el padre estará dividido contra el hijo», debe ser interpretada a partir de otro principio, que no tiene que ver con el anterior. En sentido literal, este dicho se refiere a la separación entre fieles e infieles. En sentido espiritual, si embargo, «el padre», es decir, la inteligencia, «se opone al hijo», al razonamiento perverso que está en desacuerdo con él.

Con la frase «Y el hijo contra el padre» se alude al hijo que no entierra a su padre muerto[200].

Con «la madre contra la hija» se habla del alma que no acepta su mal fruto; en «la hija contra la madre», la madre es la materia, mientras que la hija es el alma que todavía no se ha unido a ella.

«La suegra contra la nuera» es la madre del alma que estaba sumisa a la Ley como a su esposo: me refiero al Espíritu Santo, que ha abandonado al pueblo de la circuncisión.

«La nuera contra la suegra» es el pueblo que se ha separado del Espíritu Santo por culpa del pecado.

Lc 13, 21

De otro modo, se puede tomar a esta mujer por la Iglesia, la levadura por el Espíritu Santo, las tres medidas por el cuerpo, el espíritu y el alma[201]. Están santificados por la levadura del Espíritu Santo hasta fundirse con él en una sola masa a fin de que *todo vuestro cuerpo, vuestro espíritu y vuestra alma se mantengan sin reproche hasta el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo*[202], como afirma el divino Pablo.

Lc 14, 12

Este texto nos exhorta, en sentido literal, a no invitar a amigos y vecinos, sino «a pobres, a tullidos, a cojos y a ciegos». Entendido en su sentido genuino y no en forma de una parábola –con el fin de ayudar a los más sencillos en la medida de lo posible– rechaza las convenciones. Porque no es propio de un hombre cuerdo invitar a pobres que no son creyentes, o no invitar a amigos creyentes que son pobres.

En sentido místico, amigos son los que disfrutan con su razón de la doctrina verdadera; hermanos son aquellos que comparten nuestros principios; y parientes, aquellos que se mantienen más alejados pero quieren acercarse a nosotros desde el punto de vista de la doctrina; finalmente, los vecinos representan a aquellos que no están lejos de las moradas de nuestras creencias.

El término «rico» hay que entenderlo en general: el que es rico en las doctrinas que cree verdaderas, cuando se le invita a abrazar la que es realmente verdadera, si se opone a la verdad es como uno que invita a su vez a aquel que le enseña.

Puesto que entre nosotros no hay *muchos sabios*[203], sino solo algunos, uno se puede preguntar si es necesario invitarlos. Quienes anuncian conferencias públicas invitan a los ricos, no a los pobres; pero el que está al servicio de la fe verdadera prescinde de discursos inspirados por la vanagloria.

Dice: «Invita a los pobres», es decir, a los que apenas tienen doctrina, para enriquecerlos; a los «tullidos», es decir, a los espíritus que están en el error, para sanarlos; a los «cojos», que tienen una doctrina titubeante, *para orientar sus pasos*[204]; a los «ciegos», que no tienen la capacidad de ver, para que contemplen la verdadera luz.

La frase «no pueden devolverte la invitación» significa que no son capaces de razonar por el método de pregunta y respuesta y conforme a la dialéctica[205].

La comida son las doctrinas introductorias, la moral, los textos del Antiguo Testamento; la cena son las doctrinas místicas de los adelantados, o las del Nuevo Testamento[206].

La *resurrección de los justos*[207] es la que Juan llama «primera» en el Apocalipsis.

Lc 14, 18 ss.

El que ha comprado cinco yuntas de bueyes y no ha probado desde el principio lo que ha adquirido es el que menosprecia la naturaleza inteligible y filosofa sobre lo que se capta con los sentidos, como los judíos ebionitas[208].

Ese ha entrado en el arca[209] sin tomar consigo siete parejas de animales puros, sino solo dos de animales impuros[210], mientras que el Salvador ha *fundido los dos en un solo hombre nuevo*[211] y ha dicho: *Mi Padre y yo somos uno*[212].

Si dos es la cifra de la materia, este hombre estima lo sensible y lo material[213]. Por eso se niega a tomar parte en el banquete de la inteligencia. De ahí que algunos manuscritos, en lugar de «Te ruego...», traen: «...por este motivo no puedo acudir». Quienes eligen lo sensible dicen que son incapaces de concebir lo incorporal.

Otro dice: «He tomado esposa». Es el que cree haber encontrado una sabiduría y, porque participa de ella, rechaza la verdadera sabiduría. O es uno que está unido a la carne y es más amigo del placer que de Dios[214]. *Los que están en la carne no pueden agradar a Dios*[215].

Lc 15, 16

El deseo que tiene el vicioso de saciarse con bellotas hay que entenderlo así: cuando la naturaleza racional cae en la sinrazón, desea llegar si no a las doctrinas más elevadas, al menos a algún tipo de doctrina. Ahora bien, las bellotas tienen un gusto dulce e hinchan el cuerpo[216], pero producen estreñimiento; son, al parecer, las doctrinas halagadoras de los materialistas y partidarios del cuerpo, que convierten el placer en un bien y *cierran los oídos a la verdad y los vuelven a las fábulas*[217].

«Y nadie se las daba». Los malvados no explican sus doctrinas perversas a los buenos por temor a ser rechazados. O más bien puede decirse que las doctrinas de fuera, por no ser nutritivas, no pueden llenar el estómago y no son digeribles, como los alimentos espirituales.

Lc 19, 24

«Quitadle la mina», dice a los asistentes, es decir, la gracia del Espíritu Santo, porque si la posee no puede ser castigado. En primer lugar debe ser despojado. «Y dádsela al que tiene diez minas». Dios nos devuelve sus dones añadiendo un suplemento. Al que ha hecho fructificar la mina y ha ganado diez, Dios le devuelve «las diez minas» con una más: la mina del siervo que no ha trabajado.

Lc 19, 26

Quien posee una virtud adquirida gracias a sus trabajos y sudores –dice Jesús–, recibe de Dios algo más. Así, por ejemplo, al que tiene la fe en la medida de sus posibilidades le será concedido el carisma de fe. O, dicho de un modo sencillo, quien tiene por naturaleza una cualidad innata y la mejora por su aplicación y desvelos, obtendrá de Dios lo que aún le falta. Por el contrario, el malvado que no ha trasmitido a la multitud la doctrina, será despojado de lo que tenía y además castigado.

Lc 19, 30

En efecto, es tarea de los discípulos que han soltado al pollino, llevarlo a Jesús una vez desatado, arrojar sobre él buena parte de los vestidos con los que se cubren –es decir, sus actos y sus palabras– y después hacer que monte Jesús, hacer que se siente y a continuación extender sus ves-

tidos sobre el camino a fin de que sobre ellos marche el pollino desatado, montado por Jesús[218].

Lc 19, 37.40

Cuando la multitud «de los discípulos alaba a Dios en voz alta», las piedras callan. Pero si la multitud de los discípulos calla –lo cual sucederá *cuando se produzca la apostasía*[219]–, gritarán «las piedras».

Lc 20, 36

La expresión *como los ángeles de Dios en el cielo*[220] no quiere decir que los hombres estarán en el cielo, sino que serán como los ángeles del cielo. Marcos lo dice con toda claridad: *serán como los ángeles en el cielo*[221]. La gran multitud de los ángeles no procede de un crecimiento por generación, sino de su creación, como ocurrirá con la enorme cantidad de los resucitados.

Lc 20, 38

Sabemos que los seguidores de Marción y los de Valentín atacan también este texto[222], al aplicar esta expresión a las almas: de ellas se dice que viven, y a propósito de ellas el Señor habría dicho que Dios es su Dios.

Por el contrario, hay que decir que la oposición de los saduceos no se refería a las almas, sino a los cuerpos; por

tanto, Jesús responde a este respecto. Y se afirma que el difunto resucita cuando el alma se vuelve a unir al cuerpo; en el tiempo intermedio no se disolverá, sino que estará en una especie de ociosidad y privada de todo lo que es propio de la vida de la que disfrutaba cuando estaba unida al cuerpo. En efecto, los dos juntos no forman sino una unidad –el hombre y la vida común– y ambos son necesarios para que reaparezca la vida a partir de la muerte.